FRAY MOCHO



"EL FAVORITO"

N.° 780

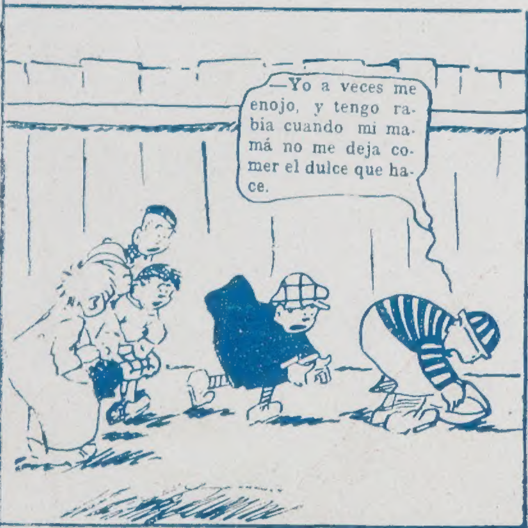
5.4.1927.

PAGINA INFANTIL   AVENTURAS DE PIPIRI









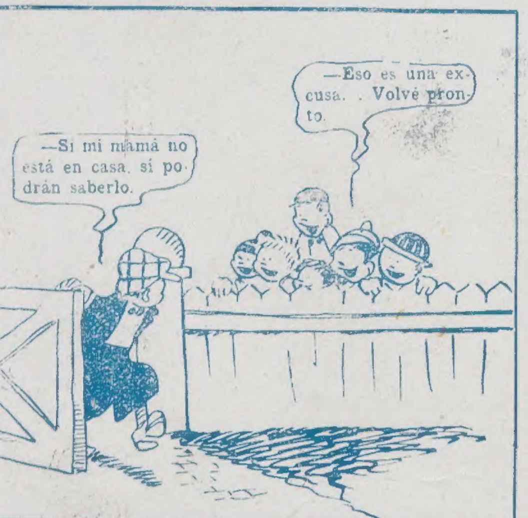


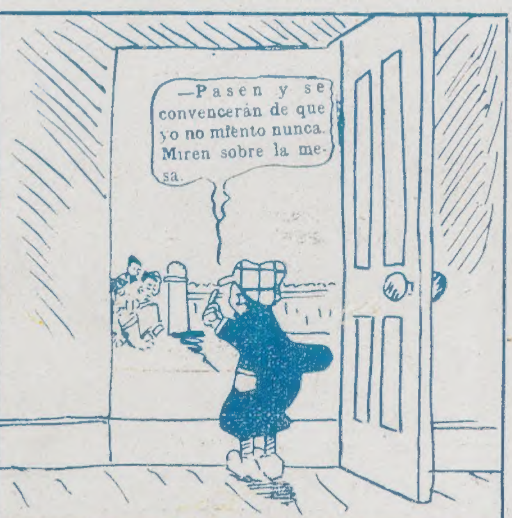














FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, 5 de abril de 1927 N° 780

De la semana, por Rojas



—La Conferencia de Gobernadores que se realizará el 5 de abril en La Rioja me preocupa mucho. Eso de estudiar los intereses de las provincias norteñas, terminará en una cosa práctica. No le quepa a usted duda.
—¿En cuál?
—En un suculento banquete...

—Los joyeros se quejan de la depresión que han sufrido los brillantes. Debe ser el motivo, las nuevas minas que se han encontrado en Africa.
—Pues hay que ir a Africa por "minas".



—De Pinedo sigue con su aeroplano tragándose kilómetros por encima del mar.
—El golpe hubiera sido, que en vez de volar por encima del mar hubiera volado por debajo.



—Me han dicho que en Tampico, unos fotógrafos fueron a retratar a unos chinos nacionalistas que se habían reunido en una vieja plaza de toros, y al derrumbarse ésta mató a varios de ellos. Si no me lo dicen, no sé lo ocurrido en Tampico.
—Ni yo tampoco.

—El rey de Inglaterra está muy enojado con el príncipe Jorge, porque en un baile dado en el "Góndola Club" de Cannes, ganó un campeonato de Charleston. Dice el rey, que para hacer cosas con los pies, ya tiene bastante con el príncipe de Gales.



LA ADMIRACIÓN

Por Jorge Pourcel

Una sonrisa, dos sonetos, tres palabras, y Rogelio Garidel conquistó a Susana para toda la vida. El era un poeta, ya conocido en los círculos literarios; ella, una provincianita, enamorada del amor y de la literatura.

Los primeros tiempos de su vida de casados fueron exquisitos. Ella vivió a los pies del ídolo, en el humo del incienso. ¡Era él tan hermoso! ¡Tan grande! Cada verso suyo era una copa embriagadora. Cada frase se volvía palabra del evangelio.

En los círculos literarios se divirtieron un poco con aquella mujercita, tan enamorada, que imitaba al "maestro" en sus palabras, su sonrisa, su manera de llevar la cabeza, que traducía sus entonaciones y cuya admiración intransigente se demostraba a cada instante.

—Susanita, vas a ponerme en ridículo — amonestaba él, sonriendo.

En el hogar ella vivía consagrada a él. Estaba allí cuando él levantaba la cabeza, ofreciendo sus bellos ojos como una rima de oro. El le leía cada capítulo de libro, cada poema terminado. Ella lanzaba gritos de entusiasmo, no imaginando belleza superior a aquella belleza, ni genio comparable a aquel genio.

—Tú — le dijo él un día — eres como ese buen público de las galerías que aplaude al actor antes de que abra la boca.

Ella quedó sorprendida al oír aquellas palabras y un poco apenada.

Rogelio Garidel escribía al presente una novela, que debía trazar en medio de la mediocre producción contemporánea, un surco luminoso.

—Vas a ver el efecto que produce esta piedra, arrojada en el estanque de las ranas — anunció arrogante. —La crítica me espera con su inteligencia acostumbrada.

—¿La crítica? ¡Qué pretensión! — se indignó Susana.

Todas las mañanas el correo traía recortes en los que el libro de Rogelio era disecado, laminado y, por otra parte, muy a menudo, elogiado.

—¿Eh? ¿Qué te decía yó, Susanita?

La joven señora estaba furiosa. Ella, por su parte, hubiera desgarrado con dientes y uñas a los críticos.

—¡Envidiosos! ¡Todos envidiosos e impotentes! — afirmaba el escritor.

Pero aquella certidumbre no lo consolaba y cada nueva banderilla penetraba en carne viva, hasta el corazón. Susana veía los sufrimientos de su gran hombre y hubiera dado su vida por evitárselos. Tuvo una ocurrencia ingeniosa.

Hábilmente, con medida, seleccionó los recortes, guardando para ella los artículos malignos y biliosos y no dejando llegar hasta el escritorio de Rogelio más que la crítica de buena fe, en la que el elogio era superior a la censura.

La confianza del escritor, un momento vacilante, renació con más fuerza.

—El verdadero talento — afirmaba — concluye siempre por imponerse.

Ella sonreía con un poco de amargura y corría a devorar las feas "ranas". Alimento doloroso que se le hizo pronto necesario. Encerrada en su pequeño salón, se embriagaba hasta el disgusto de aquel vino amargo; ataques pérfidos, alusiones socarronas. ¡Dios mío! ¡Qué mala era cierta gente!

Sin embargo, a veces, una palabra la detenía, un juicio del que sentía la justicia. Bajo los golpes repetidos de los demoledores, el ídolo se agrietaba, perdía su dorado. El novelista Garidel recobraba proporciones más exactas. Una nueva figura salía de los escombros. Se podía mirarla sin sentir deslumbramiento.

Susana sufría, con el alma desamparada, como un sacerdote que pierde la fe. Ya no creía ciegamente en su dios.

El, durante aquel tiempo, encerrado en su Olimpo, abandonaba más y más sus atributos humanos.

Susana pensaba:

—Encerrado en sí mismo, no ve nada de lo que lo rodea. No presiente el drama que me trastorna y amenaza destruir nuestro amor. En el fondo, no es muy inteligente.

Una noche, después de la lectura en voz alta de un capítulo de una nueva novela, Rogelio dijo con sencillez:

—Yo creo que esto es soberbio. Verdaderamente, ni Flaubert, ni Maupassant...

Susana, discretamente, aventuró algunas objeciones; pareció emitir ciertas reservas.

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Pero tú no entiendes nada, pobre hija mía! ¿O tienes la pretensión de saber más que los críticos profesionales?

Picada a lo vivo, Susana perdió todo dominio de sí misma. Se mostró acerba, virulenta; con encarnizamiento que lo destruía todo, se puso a demoler el libro de su marido con las mismas palabras empleadas por sus enemigos. ¡No! No era un gran escritor. Todo lo que salía de su pluma no estaba marcado con el sello de la perfección. Era un pequeño autor, bastante bien dotado, sin duda, que quizás algún día, a fuerza de trabajo...

El la oía petrificado, no queriendo creer a sus oídos, sin reacción que le permitiera detenerla. Ella, habiéndolo dicho todo, cerró de un portazo la puerta del estudio y huyó al salón.

Se arrojó sobre una silla, estremecida de cólera. A la mañana siguiente, el correo del gran escritor sería envenenado por flechas y dardos, ya que era así cómo se agradecían sus esfuerzos. No sería ella la única a quien heriría la dura verdad...

Poco a poco el tumultuoso corazón latió con menos fuerza. Su sangre se tranquilizó. No oyendo más en la habitación vecina, miró por la cerradura. El "maestro" volvía a leer el capítulo, con la frente ceñuda. Una vez que hubo terminado la lectura, arrancó las páginas con gestos rabiosos, las hizo una pelota y las arrojó al canasto.

Experimentaba el peor sufrimiento de un artista: dudar de sí mismo. Dos lágrimas subieron a sus ojos, sin decidirse a caer.

Susana advirtió aquellas lágrimas y se conmovió hasta lo más hondo. Nunca había visto a Rogelio tan emocionado. Nunca hubiera imaginado que un hombre tan superior a ella pudiera sufrir así por sus palabras. Era ella quien lo había hecho daño...

Quiso correr. Pero un tacto, muy femenino, le advirtió que era demasiado pronto, y que las lágrimas que hace verter el orgullo son las que más tardan en secarse. Mañana... más tarde...

Mañana con manos hábiles, recogería los pedazos del espejo que había roto..., el espejo en que miramos nuestra vanidad con complacencia infinita. Apenas si se distinguiría la rotura y se encontraría tan hermoso como antes.

Sí; era ella quien le había hecho mal, la humilde niñita perdida antes de admiración. Bajado su pedestal, Rogelio era más accesible y humano. Ella podría, en adelante, esclava vuelta en reina, atormentarlo, dominarlo, y hasta consolarlo.

Sonreía feliz contenta, consciente de su fuerza, y junto a aquel Sansón doloroso, sentía fermentar en ella el alma de la eterna Dalila.

Qué es hacerse la personalidad

De tres maneras se puede actuar, y, se actúa en el mundo: con el espíritu que uno tiene, y con el cual nace; con el que se hace, y con el espíritu de todos.

La mayoría de las gentes viven con el último; van locas a todas partes, y no poseen más eje ni más rumbo en sus movimientos que el común sentir. Tal es su brújula. Otras personas viven según ellas, y presumen de aristócratas tan sólo por que buscan en sí mismas las soluciones; pero su aristocracia resulta solamente en los procedimientos. Se explica: su espíritu está exhausto. ¿Qué importa que busquen en él y resuelvan según él? No podrá dictarles nada.

El segundo modo de vida es el único positivo y fecundo. Los que lo practican investigan también en sí mismos las soluciones; pero antes han nutrido y fortificado sus espíritus.

Esta fortificación es la ardua empresa donde generalmente se fracasa. Los falsos aristócratas creen tener bastante para serlo con apartarse de la vulgaridad, y esto es sólo aspecto negativo y estéril de la otra. Hace falta máss hacefalta edificar en el alma para poder cobijarse con seguridad en ella. El que recurre simplemente a su espíritu sin antes haber construído y trabajado en él, se expone a dormir a la intemperie por orgullo de no querer cobijarse en morada ajena. Pobre y orgulloso! Debéis apartaros de esta condición.

La obra gigantesca es llenar el espíritu de mundo, y es el dolor, sólo el dolor, quien hace esta trasiega. Es un gran guía y un gran maestro, que nos previene de la presencia del obstáculo y muestra la cuesta del peligro. El placer es un falso amante; desposaos con el dolor y que él os desgarre la virginidad. Sólo así lograréis entrar en la vida.

V. GARCIA MARTI








SINTÉTICAS

EUFEMISMO CIENTIFICO

Un diario metropolitano, "pulsando la situación comercial del país", recurre, como elemento de juicio, a "las revelaciones escuetas, pero irrecusables, de las cifras de la estadística", y, en consecuencia, reproduce el monto de los capitales pasivos, correspondientes al último trienio, los cuales se resgistraron en la proporción siguiente:

Año 1924	$ 87.987.917
Año 1925	„ 172.897.766
Año 1926	„ 201.590.773

Y añade a continuación:

"Esta escala ascendente en la que aparecen los capitales pasi-" vos, superándose en forma inusitada y sugerente de un año a " otro, debe aceptársela desde ya, como un síntoma inequívoco de "malestar comercial, pues sería ilógico admitir a nuestro juicio, que " esa inflazón no corresponde a horas anormales, a horas de incer-" tidumbre, cuyas ulterioridades no nos es dado predecir.

Nos parece que el colega aludido, formula un poco tarde el diagnóstico de la enfermedad que aqueja al paciente, pues ya hace tiempo que son tangibles los progresos alcanzados por la dolencia; y en cuanto se refiere a la clasificación patológica que hace de la misma, permitasenos creer que ella ha sido dictada por un criterio, demasiado optimista, pues

Decir que es un "malestar"
Semejante consunción,
Es lo mismo que llamar
Ataque de indigestión
A la tisis pulmonar.

BELLEZAS ADMINISTRATIVAS

El vecino de la capital federal, don Rafael Gentile Leonardis, nos escribe, enviándonos copia de una denuncia que acaba de presentar al señor Ministro de Hacienda de la Nación. De dicho documento transcribimos lo siguiente:

" Que desde hace tiempo me dedico a la revisación de los pa-" gos efectuados por particulares, comerciantes, Bancos y Socie-" dades Anónimas a las distintas reparticiones nacionales y muni-" cipales, habiendo notado, con muchísima frecuencia, lo que a " S. E. vengo formalmente a denunciar:

" Que la Administración de la Contribución Territorial, Pa-" tentes y Sellos de la Nación, cobra, en repetidas ocasiones, dos " veces la misma tasa, a las propiedades de la capital y a los inmue-" bles rurales en los Territorios Nacionales, por el mismo año y "por igual concepto: (contribución territorial), y no obstante ad-" vertir de inmediato el error, no se les devuelve a sus legítimos " dueños, las sumas pagadas, esperando que se aperciban los dan-" nificados para recién después de un largo trámite y un sinnúme-" ro de trabas, ordenar la devolución.

" Que en beneficio del buen nombre de la Administración, soli-" cito se practique urgentemente una prolija revisación desde hace "diez años; se citen a los propietarios a quienes correspondan di-" chas devoluciones, cuyos nombres y domicilios constan en los re-" gistros respectivos y, sin más trámite, se los devuelva el dinero " pagado por error y demás".

Dejemos a cargo del lector contribuyente, los jugosos comentarios que ha de sugerirle el punto. Entretanto, la voracidad fiscal se sentirá satisfecha, pues

Repartición de tal celo
Despliega por la exacción,
No hay duda que es un flagelo;
Más, para el fisco, es modelo
De sabia organización.

El chino del Dock Sur

Por Héctor P. Blomberg

I

El chino estaba melancólico.

Desde hacía más de un mes, los transeuntes, los vecinos y los vigilantes de la calle Colorado, lo veían inmóvil y meditabundo en la puerta del lavadero, fumando su delgada pipa de bambú, o mascando nueces de betel, con sus ojos de almendra, fijos en las arboladuras de los navíos próximos.

Pensaba en cosa vagas, confusas; las cosas que puede pensar un chino que trabaja en un lavadero de ropa de un barrio sucio y miserable de Buenos Aires... Pensaba en la inmensidad de la distancia que separa el Bund de Shangai y el Dock Sur de Buenos Aires; en lo turbias y amarillentas que eran las aguas del Río de la Plata, comparadas con las ondas nativas del remoto Yang-Tse-Kiang, en cuyas riberas cubiertas de ciruelos, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, etc., se ganaban la vida desde antes de la era cristiana, arrastrando los juncos cargados de arroz en el paso de los rápidos.

Honda melancolía llenaba su alma silenciosa y oscura. Había llegado hacía dos años a Buenos Aires, en la proa de un "Marú". Pero no había tenido suerte. Ensayó varios oficios, pero en todos lo persiguió su mala estrella, su destino maldito.

En el fondo de su tristeza cantaba, intensa y sutil, una nostalgia. A él no le importaba ser pobre, sumamente pobre, como lo habían sido sus antepasados, como lo serían sus descendientes, — si algún día llegaba a tenerlos. Un puñado de arroz hervido le bastaba, un jergón en el fondo del lavadero y un traje viejo completaban el programa material de su existencia. Pero...

¿Por qué no había en Buenos Aires, más grande que Sanghai, más rica que Cantón, más bella que Bombay, sótanos misteriosos donde jugar al faro los centavos del lavadero; sublimes fumaderos de "chanfú", beldades multicolores como las que hacían las delicias de los grandes puertos y las ciudades que había conocido?

Más de una vez había tratado el asunto con Yama Oji, un "yamato" de Nagasaki, que había venido hacía seis años al Río de la Plata, y vivía en la calle Wenceslao Villafañe, a pocos pasos del lavadero.

Yama Oji, que era dependiente de un almacén japonés de la avenida Almirante Brown, sonreía sin contestar. No. El no estaba de acuerdo con aquella nostalgia...

El chino, que se llamaba Wang, le había explicado muchas veces los sublimes sueños que le había producido el "Chanfú", allá en los fumaderos de Cantón y Shanghai. Le narró en inglés sin erres, — el principio del éxtasis, el ruido ensordecedor de cobres, después de las primeras aspiraciones, el silencio y la niebla azul que seguía, los rostros hechiceros, monstruosos, diversos, que iban apareciendo en la niebla azul cuando la pipa de bambú se caía de sus manos, las pagodas que veía en las orillas de los ríos fantásticos de su sueño, las garzas volando como inmensas mariposas sobre su cabeza...

Yama Oji movía la cabeza.

—No... Aquí no hay, — decía gravemente, — antes había uno, en la calle de Garibaldi, pero ya no está más.

Wang sentía que lo embargaba un desconsuelo profundo.

II

Siempre se había llamado Wang, así, a secas. A los dos meses de llegar un láscaro que trabajaba como cocinero en una fonda griega del Retiro le dijo que en Buenos Aires solamente los caballos y los perros tenían un solo nombre. Wang se quedó asombrado.

El cocinero le aconsejó que se inventara un nombre, dejando el Wang como apellido.

Entonces el asiático, después de mucho pensarlo y de consultar a todos los "yamatos" del barrio, adoptó el bíblico nombre de José. Y su nuevo nombre apareció en los periódicos, en unos avisos de servicio doméstico que decían así:

"Joven chino, sabe cocinar, coser, lavar ropa de toda clase; sólo habla inglés, se ofrece; escribir a José Wang, calle Colorado 1127".

Este aviso se publicó varias veces, en "La Nación", y en el "Buenos Aires Herald", en inglés y español.

Sólo recibió dos contestaciones. Una era de un caballero norteamericano que vivía en Belgrano, en cuyo servicio sólo permaneció Wang dos días, por que al segundo se le quemó horriblemente un pollo.

La otra carta era de un señor argentino, en cuya casa llegó a estar nueve días. Pero quiso la fatalidad que Wang viera un ídolo de marfil que el señor argentino había traído de sus viajes, y que tenía sobre su escritorio... y Wang se lo apropió tranquilamente.

Después vendió pañuelos de seda, abanicos de papel pintado, elefantitos de hueso, por las aceras y las terrazas. Pero le fué mal. Era tan mal buhonero como mal sirviente.

Wang comprendía que la culpa era suya. Todos los asiáticos que él conocía en Buenos Aires trabajaban mucho; unos estaban empleados en las fábricas de alpargatas y de gorras de Barracas, otros eran comisionistas de artículos exóticos, otros, principalmente los japoneses, los "yamatos", entraban a servir en las casas de los ingleses o de los argentinos, o eran mozos de café, o lavaplatos en los restaurants.

Pero él, Wang, no. Durante sus peregrinaciones por la calle Callao, Santa Fe, la avenida Rivadavia, se quedaba extático, añorando los paisajes y las alegrías de las otras ciudades que había conocido en una época venturosa y no lejana.

Se le resecaba la lengua y se le encogía el corazón pensando en todas las cosas agradables y bellas que había perdido al venir a esta ciudad tan grande.

Merodeaba por los antros ribereños, con sus pañuelos de seda, sus elefantitos de hueso y sus abanicos de papel a cuestas, desconsolado y solitario.

Se paseaba a lo largo de las vías populosas, mezclado entre las gentes, un átomo humano, andrajoso y melancólico, confundido entre las multitudes afanosas y apresuradas.

Y nadie reparaba en él, un pobre chino de ojos de almendra, mal vestido, de rostro color limón, que vendía baratijas por toda la ciudad, de la Dársena Norte hasta la plaza de Flores, desde el puente de Barracas hasta las barrancas de Belgrano.

¡Pobre Wang!

Y sin embargo con su miseria, con su color amarillo, con sus atroces nostalgias del opio, llevaba un soplo fuerte y extraño del Oriente por las calles de Buenos Aires.

III

Había ido a dar al lavadero por inercia, arrastrado por las circunstancias. El había considerado la evolución muy natural. En el lavadero obscuro, sucio, mal oliente, medio asfixiado por el olor a jabón, podía soñar a sus anchas. Cuando colgaba la ropa lavada y blanquísima en el negro patio del conventillo de la calle Colorado, podía evocar las visiones del río nativo, volcando sus aguas azules en los siete rápidos, las grandes garzas blancas volando majestuosas sobre los arrozales, los lentos juncos rodando sobre el Yang-Tse-Kiang en las madrugada de primavera, al canto lejano de los "coolíes".

En todo el barrio había muy pocos connacionales, pero en cambio abundaban los "yamatos". El no tenía el menor afecto por los hombres de aquella raza extranjera, pero los respetaba porque los consideraba superiores a él. Los respetaba en cierto modo, al verlos tan trabajadores, tan sobrios, tan silenciosos, que son — por lo menos estas dos últimas cualidades, — las virtudes más altas para los asiáticos color limón.

Por otra parte, no dejaba de despreciarlos. Los "yamatos" no sentían nunca nostalgias del "chanfú", del "bahng", ni siquiera del acónito y del betel, que son para los buenos chinos las muertes más dulces y pasajeras de la vida, las que sumen en maravillosos estupores, las que consuelan de la pobreza, del hambre, de la soledad, de la ausencia, y del olvido...

Wang estaba convencido de que en los cielos de Buda había fumadores de opio, donde mujeres de rizos negros y dorados servían las largas pipas de bambú; fumaderes vastos, llenos de perfumes y de músicas, no como los fétidos cuchitriles de Shanghai, de Cantón, de Singapur y de Bombay, llenos de negros enfermos de escorbuto, con sus inmundos jergones llenos de parásitos, apestando a sudor, a mugre y a muerte.

Y los japoneses conocían los pensamientos de Wang. Allá en las islas de las cigarras, le hubieran devuelto este desprecio; pero en Buenos Aires casi lo sentían uno de los suyos, por una afinidad misteriosa y lejana que acaso no era más que la afinidad del color limón.

Y Wang, — José Wang, para darle su nombre completo, — seguía lavando ropa, y pasando las tardes frías y lluviosas en la puerta del conventillo de la calle Colorado, mascando nueces de betel y contemplando la arboladura de los navíos con sus ojos de almendra.

La garza y el caimán

Como una garza real, triste y maravillosa,
la tarde se ha posado en el juncal sedeño,
e inmóvil, en hierática actitud majestuosa,
se abisma en la perfecta plenitud de su sueño.

Es la hora serena de suavidad intacta
en que el alma recobra su blancura perdida,
y deshecha en la gracia de una belleza abstracta,
cae en pétalos blancos sobre el agua dormida...

Más en las ondas quietas, los últimos reflejos
huyen sobrecogidos de alarma repentina...
y entonces, en la ciénaga que se oculta a lo lejos,
el Caimán de la Noche se despierta y camina.

El lodo disimula su viscosa presencia,
mientras boga en silencio por el negro juncal...
hasta que al fin, de pronto, víctima de su ausencia,
presa que da en sus fauces la pobre Garza Real.

Así en el alma humana el drama se condensa,
y cotidianamente enfrentándose están
el furor de la bestia con el ave indefensa...
la muerte es de la Garza, y el triunfo, del Caimán.

FERNAN FELIX DE AMADOR

Hasta que un día recibió una gran noticia, una noticia que durante tres noches le quitó el sueño y durante tres días le hizo quedar absorto y ensimismado sobre la ropa que tenía que lavar, y que permanecía sucia y abandonada.

IV

La verdad es que por aquel tiempo un gran amigo de Wang, el primero de los dos que tuvo en Buenos Aires, había muerto.

Era el láscaro que trabajaba como cocinero en la fonda griega del Retiro. Lo habían despedido de la fonda hacía varios meses, y el pobre láscaro había andado hambriento bajo las arcadas del Paseo de Julio, mendigando trabajo y pan, pero sin encontrarlo.

Un día había aparecido flotando en el dique, hinchado y horrible. Wang lo supo, pero no se preocupó mayormente. Pensó que el cocinero ya estaría en los lejanos fumaderos de Buda, olvidado de la fonda, de Wang, de sus islas remotas, mientras las beldades de rizos lujuriosos le servían la gloria de la vida en las pipas de bambú.

No. No era esa muerte obscura y anónima la que conmovía a Wang. Era algo extraordinario, estupendo.

En un rincón del Dock Sur, cerca del negro carbón de los navíos, próximo a las casuchas de hojalata donde vivían, sufrían amaban y morían las hormigas y las cigarras de la miseria, un coreano desconocido había abierto un figón lleno de dulces misterios...

A los cuatros días, en cuanto pudo abandonar el lavadero, allá se fué Wang en busca del oasis.

Obscurecía, y una lluvia lenta y finísima descendía sobre la aldea negra de la Boca, reavivando los olores extraños, despertando voces misteriosas en los muros de hojalata de las viviendas siniestras.

Esa tarde, en ese lugar, trajo a la memoria de Wang visiones del Bund del Shanghai. Las mismas callejas estrechas y lóbregas, los mismos olores penetrantes, los mismos pequeños de rostro enfermizo los mismos gatos muertos en medio de larroyo...

Caminaba lentamente bajo la lluvia monótona y fría, pensando en el bar del coreano. Acudían de nuevo a su memoria los recuerdos inolvidables de las ciudades lejanas las visiones de las urbes y los puertos remotos, mientras atravesaba las callejas misteriosas, mientras se hundía en el rezago de la Boca, y cantaba sus oídos el alma obscura de la barriada.

Orilló los muelles, negros y poblados de figuras confusas que se esfumaban en la humedad de la niebla. Pasó frente a los cafetines llenos de humo y de ebrios que cantaban. La voz aguda, estridente, de los gramófonos, le hirió al pasar.

Wang apresuró el paso. Temblaba de impaciencia. Sus piés resbalaban en las aceras húmedas que reflejaban la pálida luz de los faroles. Las lámparas de tormenta, que ya se habían encendido en los navíos, lucían en la sombra como pupilas enfermas.

Los acentos del barrio marinero avivaban sus memorias.

En la Boca ,en el Dock Sur, en el dique, todo tenía la negrura de las ciudades familiares de otros continentes.

La isla Maciel, sombría y misteriosa, se alzaba frente a él, con sus poblaciones dormidas, sus antros tenebrosos, sus perros desolados ladrando a la noche cercana.

Flotaba un viento de miseria, de crimen, de terror, en las barriadas ribereñas agazapadas en el crepúsculo. Y aquel viento estremecía el corazón de Wang.

del Asia llamando a los suyos a las orgías del opio y del morir...

Se acercó lleno de emoción. No le habían engañado. Los olores de antaño llegaron a su olfato, los olores del Oriente, a mugre y a muerte...



—Señorita; ¿podré bailar el proximo shimmy?
—Si encuentra compañera, seguramente.

De pronto entre las hileras de casuchas de madera y de zinc, escondida detrás de las siluetas inmóviles de los navíos, Wang vió una luz, una luz azul, vívida inequívoca.

Era el signo de China, la luna azul que los chinos desterrados encienden en sus barrios de los puertos del mundo, como el espíritu

Se detuvo un instante frente a la luna azul.

De adentro se escapó un rumor familiar, dulce, inolvidable: el son de un violín monocorde, como el que él oía tocar cuando era pequeño a los mendigos leprosos de las aldeas del Yang-Tse-Kiang.

Y Wang entró.

V

¡Oh, muchacha: los arroyos y las colinas sonríen en la gloria de la primavera: el luminoso sol envuelve las arboledas; la brisa se lleva las flores que caen; la nube solitaria se acerca a la colina y los pájaros se acercan a sus nidos; todas las cosas tienen un asilo donde ir: pero yo soy una hiedra que no tiene un árbol al cual enroscarse, ni un muro al cual asirse; pero eso, así, bajo la luna, canto a la fragante flor, y te estrecho junto a mí, ¡oh flor de las aguas, oh flor de luna...!

Era una canción de amor, que durante siglos habían cantado muchas generaciones de "coolíes" en las márgenes de los ríos tutelares en los arrozales pantanosos de China. Era una balada de Cheng Hueng, un ruiseñor del tiempo de Confucio, que cantaba entre la mugre y la sombra del Dock Sur.

Y el que cantaba era Wang. Wang, olvidado de su nostalgia y de su miseria, de la ropa sin lavar que lo esperaba en el fondo del conventillo. La cantaba con toda el alma, como la habían cantado sus antepasados, bajo los ciruelos en flor, como la seguían y la seguirían cantando todos los chinos andrajosos y errabundos en los puertos del planeta al resplandor de la luna azul.

El violín monocorde de los leprosos gemía en el crepúsculo del puerto, y los perros de la isla Maciel respondían aullando desde las casuchas de hojalata.

Pero Wang era feliz. Le parecía que un pedazo de la China había venido hasta él, en aquel rincón de Buenos Aires.

Las figuras extrañas, escuálidas, se esfumaban en las espesas nubes del humo de las pipas, porque todos fumaban en el interior brumoso y mal oliente de "La luna azul".

Aquí empieza otra etapa en la vida de Wang llevó en la vasta y maravillosa Buenos Aires.

En el curso de esta crónica contaremos cómo conoció a otros hombres y a una mujer, cómo se entregó a los estupores sublimes del "chanfú" en las veladas del Dock Sur, mientras sus connacionales, los emigrantes hambrientos de Tokien, los desertores de los "Ma[illegible]", tocaban los violines de una cuerda y se embriagaban con licores de Escocia, lo mismo que si estuvieran en Madrás, en Liverpool o en San Francisco.

Porque, oh lectores, oh Wang, la vida es cosa pasajera, — canta el versículo coránico, — y pasa como la nube. Y para que pase más pronto, Buda permitió que los hombres se murieran un poco sin salir del todo de la vida; a los hombres color limón y a los hombres de rostro blanco como la flor de los ciruelos...

VI

Era hija de unos andaluces miserablemente pobres que vivían, — o trataban de vivir, — en el barrio de los amarillos. El padre tenía el rostro prodigiosamente lleno de arrugas, y solía embriagarse con regularidad cotidiana. La madre, flaca y enfermiza, trabajaba todo el día como sirvienta en un hotelito del Paseo Colón, no muy distante del barrio, y la hija lavaba la ropa dominguera de los cargadores de la Dársena Sur y de sus mujeres.

ANÉCDOTA

Alfonso Pérez de Guzmán, llamado el Bueno, *encargado por el rey de la defensa de Tarifa, plaza sitiada por los moros que, a pesar de repetidos ataques no habían podido tomarla, fué sometido a durísima prueba. El infante don Juan, que cometió la bajeza de unirse a los moros, concibió la idea de apoderarse del hijo de Guzmán.*

Presentáronse los moros al pie de las murallas, precedidos de don Juan, que conducía al hijo del bravo capitán castellano. Hiciéronle la proposición de que se rindiera y entregara la plaza, amenazándole con matar a su hijo si rehusaba.

Guzmán el bueno dijo que no se rendía ni entregaba su gente, ni tracionaba a su rey. Y echando mano al cinto sacó su propio puñal y les dijo:

—Todo lo sacrificaré por mi patria y por mi honor, que es también, el de mi hijo; y si ha de morir él a manos de enemigos y bajo el puñal de villanos, matadlo al menos con el que no está manchado por el deshonor.

Y así diciendo les tiró el puñal desde lo alto de las murallas".



Se llamaba Lola, y su hermosura podía dar motivo a discusiones entre algunos. Pero a Wang le parecía que en aquel rostro moreno, picado de viruelas, nervioso y movible, estaba concentrada toda la hermosura humana.

La amaba, esta es la verdad. La amaba con toda la fuerza de su alma poética; porque, a pesar de todo, de la ropa sucia, de la miseria, de su color azafrán, de sus ojos de almendra, Wang tenía un alma de poeta.

Aquel amor databa de algún tiempo. A fuerza de verla en el patio del conventillo, inclinada sobre la batea, cantando sus coplas nativas, Wang había llegado insensiblemente a enamorarse de Lola.

Claro está que jamás se lo dijo, ni siquiera se lo insinuó en modo alguno. Era el suyo un amor secreto, que resplandecía en sus ojitos torcidos y brillantes cuando Lola, arrastrando sus chanclos, se dirigía a su batea con un montón de ropa sucia bajo el brazo desnudo, cantando:

Anda tú y dile a tu mare
Que no me quiere por probe;
Que er mundo da muchas güertas:
Ayer se cayó una torre.

En el cementerio entré,
Y dije al sepulturero:
Que Dios te dé la salú
Pa esperarme mucho tiempo...

No eran las coplas las que conmovían a Wang, que no entendía una palabra. Era quien las cantaba lo que estremecía su obscuro y poético corazón.

Se quedaba embobado, mirándola, mientras el agua corría sobre la ropa sin lavar y el jabón se disolvía.

Con un gran suspiro volvía al trabajo.

Lola no podía ver al melancólico chino sin soltar la risa. Le parecía tan cómico el espectáculo de un hombre lavando ropa desde el alba hasta el obscurecer. No era un hombre como todos los demás, claro, tan amarillo, tan flaco, con unos ojos torcidos, que parecía salido de un biombo; pero era un hombre, en fin...

Wang no acababa de comprender la risa de la muchacha. Pero pensaba que cuando se reía se volvía mucho más bella, con aquellos dientes tan grandes y tan blancos.

Cuando se dió cuenta de que el hombrecillo color azafrán la miraba con expresión amorosa, soltó la carcajada.

Y al llegar al patio, antes de que saliera el sol, cuando la dársena se llenaba de voces y de rumores, le soltaba coplas agudas, que arrullaban el alma soñadora del chino.

Pronto comprendió Wang que su amor no tenía esperanza. Y para consolarse, menudeaba sus visitas al Dock Sur. Después de conversar un rato con el coreano y con los "coolies" de Fo-Kien al lado del mostrador, se deslizaba como una sombra al interior de "La luna azul" y se tendía sobre un camastro de tablas. Alguna que otra figura encongida y cadavérica se perfilaba en los rincones del antro. Eran los devotos de "chanfú".

Y allí daba principio el éxtasis. Las voces de la Boca, los rumores de los diques, los cantos melancólicos que salían de las viviendas de hojalata se iban apagando lentamente con las primeras aspiraciones, hasta que comenzaba el estrépito de los cobres invisibles en el cerebro del dormido, y el antro se poblaba de nieblas azules.

Era el sueño familiar que había explicado tantas veces a Yama Oji en el conventillo; era el sueño mortal y dulcísimo de la droga asiática, que asoma a los miserables a los paraísos de Buda.

Wang se entregaba a estas orgías todos los sábados, al crepúsculo. El sueño se prolongaba breves horas, pero Wang vivía en ellas siglos de felicidad.

El antro nauseabundo se poblaba de rostros de mujeres, sonrientes y divinos, orlados por cascadas de rizos, las grandes garzas pálidas entraban volando por las ventanas de "La luna azul"; el dormido, inmóvil y rígido, oía los cantares nativos de los arrozales en la primavera.

Luego comenzaban las pesadillas. Eran horribles danzas, en las cuales los íncubos y los súcubos bailaban en torno suyo, se posaban sobre su rostro, sobre su cuerpo inerme....

Un gato escuálido, esquelético, un gato opiómano, se arrastraba entre los dormidos, olfateando las pipas de bambú que caían de las manos flacas de los fumadores.

Cuando Wang volvía a la realidad, le parecía que se iba a deshacer en pedazos. Entonces el coreano le servía un vaso de whisky apócrifo y ponzoñoso, que restauraba en parte sus fuerzas y lo hacía salir tambaleante de "La luna azul", por los muelles nocturnos, donde Wang iba tropezando con los roedores y pensando en la infinita sabiduría de Buda.

AYAX

Florecía el jacinto en los prados de Laconia y a márgenes del Tíber y había una especie de él cuya flor tenía estampados, sobre cada uno de los pétalos, dos signos de color obscuro. El uno imitaba el dibujo de una alpha; *el otro el de una i griega. La imaginación antigua se apropió de esto como de toda singularidad y capricho de las cosas. En la égloga tercera de Virgilio, Menalcas propone, por enigma, a Palemón, cuál es la flor que lleva escrito un nombre augusto. Alude a que con las dos letras del jacinto da comienzo el nombre de Ayax, el héroe homérico que, envuelto por la niebla en densas sombras, pide a los dioses luz, sólo luz, para luchar, aun cuando sea contra ellos.*

En tiempos en que Roma congregaba todas las filosofías, vivió en ella Lupercio, geómetra y filósofo. De un amor juvenil tuvo Lupercio una hija a quien dió el nombre de Urania y educó en la afición de la sabiduría. Imaginemos a Tipatia en un albor de adolescencia: candorosa alma de invernáculos sobre la cual los ojos habían reflejado tan intensamente la luz que parte de las Ideas increadas y baña la tersa faz de los papiros, como poco y en reducido espacio la luz real que el sol derrama sobre la palpitación de la Naturaleza. Nada sabía del campo. Cierto día, una ráfaga que vino de lo espontáneo y misterioso de los sentimientos, llamóla a conocer la agreste extensión. Dejó su encierro. Desentumida el alma por el contento de la fuga, vió extenderse ante sí, bajo la frescura matinal, el Agro romano. La tierra sonreía, toda llena de flores. Junto a una pared en ruina el manso viento mecía unas de color azul, que fueron gratas a Urania. Eran seis, dispuestas en espiga a la extremidad de esbelto bohordo, cuya graciosa cimbra arrancaba de entre hojas comparables a unos glaucos puñales. Urania se inclinó sobre las flores de jacinto; y más que con la suavidad de su fragancia, se embelesó con aquellas dos letras, que provocaron en su espíritu la ilusión de una Naturaleza sellada por los signos de la inteligencia. Aun fué mayor su hechizo al columbrar que, como impresión de la idea soberana, era el nombre de Ayax el que estaba así desparramado sobre los más limpio y primoroso de la corteza del mundo; segura prenda — pensó — de que, por encima de los dioses, resplandece la luz que Ayax pidió para vencerlos...

JOSE ENRIQUE RODO

VII

Frecuentaba el bar del coreano un hombre inquietante para Wang.

Era un chino gordo y grasiento, con tatuajes en las manos y manchas en el rostro. Gastaba mucho dinero y no parecía trabajar en nada.

En el centro del bar, volcado sobre una silla, este misterioso personaje contaba historias maravillosas.

Había estado en todas partes; había vivido en los barrios amarillos de Capetown y de Londres; había sido "coolie", marinero, comerciante, y hablaba fácilmente todos los idiomas.

Se llamaba Tai Lee.

Wang, temblando con los efectos de la droga, solía escuchar las extrañas historias que contaba aquel hombre. Le tenía miedo y admiración a un tiempo.

Pero Tai Lee no contaba la más interesante de sus historias: la de su venida a Buenos Aires. El había estado muchas veces en el Río de la Plata, cuando cocinaba o cuando era marinero en los navíos que iban del Pacífico a los puertos de Alemania o de la Gran Bretaña. Conocía la inmensa ciudad cuya leyenda había llegado al Asia. Cuando en los sótanos o en los muelles de Singapur, de Hong-Kong, de Yokohama, los "coolies" hambrientos preguntaban cómo era aquella ciudad prodigiosa y remota, Tai Lee los miraba con aire de protección y les decía que era más blanca que Pekín y más dulce que Singapur, pero que los buenos chinos deberían irse a Lima, a Méjico, o a Río de Janeiro.

Pero la ciudad que más amaba Tai Lee era Londres. Describía la vida de los buenos chinos, los "chinks", en los docks de las Indias Orientales, en la gran U. del Támesis; los barrios donde no se oían más que los dulces dialectos de Fo-Kien, de Tai-Ping, del Tan-Hai, con sus calles angostas y llenas del humo eterno de las quemas; las lunas azules encendidas día y noche frente a los inmensos navíos, o en el amparo de los callejones ciegos; las judías rubias del barrio de Shadwell...

La boca se le hacía agua al hablar de las judías rubias de los muelles de Londres; sus ojitos penetrantes y ratoniles se fijaban en Wang, que sentía escalofríos.

Después Tai Lee hablaba de otras ciudades, de otros países que había conocido en su vida errante y aventurera. Había trabajado como cocinero en los campamentos diamantíferos de Kimberley; había estado dn las islas Marquesas, en California, en Haway, que es el paraíso de los "chinks".

Solían llegar hombres de los navíos al bar de "La luna azul". Hombres rubios que bebían ríos de whisky y que hacían señas de interrogación al coreano, el cual contestaba siempre negativamente. No. El "chanfú" de 'La luna azul" era para la gente de su raza, silenciosa y discreta, que jamás lo vendería.

Frecuentaba también el bar un "yamato", el único. Vivía en la calle Colorado, pero estaba sumamente desconceptuado entre sus compatriotas por su inclinación fatal hacia los licores escoceses. Los demás "yamatos" se avergonzaban de él y lo consideraban un atorrante,, así es que el paria para consolarse se refugiaba en "La luna azul".

El atorrante amarillo solía trabajar de vez en cuando, para no perder la costumbre. Iba a vender por las calles centrales objetos que, según él, le regalaban sus connacionales de los "Marús", pero cuya procedencia inspiraba sospechas en el barrio.

Estas sospechas no carecéan de fundamento. Amiru, — que así se llamaba el paria, — había sido detenido varias veces por la policía en indagación de algunos hurtos. Nunca se le pudo probar nada, pero Amiru figuró en las estadís-

ticas policiales de Buenos Aires con un modesto I en el ítem de la delincuencia de su nacionalidad.

Wang, el honrado y poético Wang, justo es decirlo, nunca intimó con este personaje tan poco recomendable que era el principal admirador del corpulento Tai Lee y su gran amigo.

VIII

Lola seguía entonando sus coplas, mientras frotaba su ropa en el patio. Wang la amaba con igual silencioso ardor, quizá más que nunca.

Un día confesó a Tai Lee su pasión secreta, y Tai Lee le miró atentamente. En cuestión de mujeres, él...

Wang le enumeró los encantos de la lavandera, en su lenguaje siempre poético, y luego le narró las obscuras tribulaciones de su alma.

Tai Lee le dió un consejo, que Wang siguió con el corazón lleno de renovada esperanza.

—Si a ella le gusta cantar como las alondras cuando el sol ilumina los arrozales, — le había dicho Tai Lee, — entonces tú, oh Wang, debes cantarle también canciones más dulces que las flores del betel...

El enamorado pidió prestado un violín al coreano, un violín monocorde perteneciente a un "coolie" que estaba enfermo en el hospital, y una noche lo llevó ocultamente al conventillo. Pasó revista en su memoria a todas las baladas de amor que sabía. Recordaba muy pocas. La que mejor sabía era aquella de Cheng Hueng, que había aprendido cuando era pequeño, oyendo a los mendigos de las aldeas, en las riberas del río natal.

En la soledad mal oliente de su cuchitril afinó el violín y ensayó, tarareando, la balada de siglos.

Esperó al día siguiente. Poco después del amanecer, cuando la Boca despertaba en el trajín mañanero de las barriadas sórdidas, vió que la lavandera salía de su pieza.

Lola, que era una alondra de la miseria, y tenía que cantar o morirse todas las madrugadas hizo vibrar el patio soñoliento con una copla:

No vuelvas más a la reja
que la encontrarás cerrada:
el amor que se va un día
sabrás que no deja nada...

Si Wang hubiera comprendido mejor el español, aquella copla que vibraba en el aire frío de la mañana, le hubiera parecido un presentimiento.

Pero no la comprendía, y en su ignorancia era feliz.

Templó bien el violín, y cuando Lola terminó su copla empezó la balada de Cheng Hueng:

Oh, muchacha: los arroyos y las colinas sonreían en la gloria de la primavera; el luminoso sol envuelve las arboledas; la brisa se lleva las flores que caen; la nube solitaria se acerca a la colina y los pájaros se acercan a sus nidos...

Una carcajada sonora, irresistible interrumpió la balada.

Puesta de jarras en medio del patio, Lola reía con toda el alma, como sólo saben reír las mujeres de su raza ebria de sol.

El violín del "coolie" emitió una nota larga y plañidera, y se quedó silencioso en las flacas manos de Wang.

Cuando la hilaridad de la lavandera dejó de ser tan ruidosa, el enamorado continuó:

...Todas las cosas tiene un asilo donde ir; pero yo soy una hiedra que no tiene un árbol al cual enroscarse ni un muro al cual asirse...

Con los ojos cerrados, tratando de volcar toda su pasión en la canción viejísima de los idilios chinos, Wang prosiguió:

...Pero eso así, bajo la luna, canto a la fragante flor y te estrecho junto a mí oh flor de las aguas, oh flor de la luna!

Lola ya no reía.

Se había tornado seria, mirando al cantor con ojos de asombro.

—¡Toma! Y "eso" canta... —fué todo lo que dijo.

Wang la contemplaba lleno de renovada esperanza. ¿Le habría hecho efecto la canción antiquísima que en siglos que pasaron había hecho temblar de amor tantos corazones chinos, allá en las márgenes del Yang-Tse-Kiang, cuando los ciruelos florecían en la primavera?

Lola seguía mirándolo con la estupefacción pintada en su rostro de variolosa. Se resistía a creer que "aquello" podía cantar. Las palabras de la balada, naturalmente, eran un misterio para ella; la musiquilla trémula del violín de una cuerda no le había dicho nada.

¿Por qué iba a comprender la pobre Lola, que no sabía ni siquiera leer ni escribir, de la poesía intensa y sutil de aquel cantar de centurias que en una pasión de ánimo escribió un ruiseñor del tiempo de Confucio y ayudó a multiplicar la raza de los "coolies" en las márgenes del gran río de China?

Despues de mirarlo unos instantes se encogió de hombros y se volvió a su ropa, pues era mucha la que debía lavar aquel día, víspera de sábado.

A la tarde siguiente Wang devolvió el violín al coreano. Tai Lee estaba bebiendo whisky en un rincón ,y a él fué a contarle Wang cómo la muchacha se había reído cuando dió principio a la balada de Cheng Hueng y lo había mirado con asombro después.

Tai Lee apuró su vaso de ponzoñoso whisky, se enjugó sus labios gruesos y trémulos, y dijo:

—Oh Wang, todas las mujeres son iguales y el camino que conduce a su corazón tiene más vueltas que el Yang-Tse-Kiang cuando llega a los rápidos. Pero ella te amará, porque yo conozco a las mujeres, oh Wang...

Esa noche, allá en las profundidades del antro, fumó dos pipas de "chanfú". El rostro picado de viruelas, divino y lejano, de la lavandera, se le apareció durante el éxtasis, rodeado de garzas blancas y de lotos monstruosos.

El domingo al amanecer volvía tambaleando por los muelles.

De rato en rato se detenía a descansar. Le parecía que iba a dejar por el camino los brazos primero y los pies después.

En sus pausas se sentaba en el paredón de piedra y contemplaba los navíos. Uno de ellos le había traído un día, hacía más de dos años, del Bund de Shanghai, donde había sido feliz. ¡Ah! ¿Por qué había escuchado el consejo de aquel marinero de Pe-Chi-Li, de venirse al Río de la Plata? En cualquier otra parte hubiera estado mejor, en México, en el Brasil, en Lima...

Luego clavaba sus ojos de almendra en las aguas negras e inmóviles del dique, y pensaba en el láscaro muerto, hinchado y horrible el cuerpo, pero el espíritu libre y feliz en los fumaderos que Buda tiene establecidos en el cielo para los suyos.

¿Y si él también se arrojara a las aguas negras y quietas, hasta que su alma fuera a juntarse con las almas de sus antepasados?

¡Pobre Wang!

Temblando por los efectos del opio, desolado de amor, sintió revolar dentro de su alma obscura y humilde una gran garza negra que era la muerte.

Pero la garza negra se fué, y Wang se quedó allí, envuelto en el misterio de los navíos, perdido en los pliegues de la sombra. Acudían a su pensamiento y a su corazón todas las supersticiones y todos los sueños de su raza.

Cuando se puso de pie y echó a andar hacia el conventillo de la calle Colorado, las últimas palabras de Tai Lee volvieron a su memoria:

—Oh Wang, todas las mujeres son iguales y el camino que conduce a su corazón tiene más vueltas que el Yang-Tse-Kiang cuando llega a los rápidos...

IX

Un día, poco después, Wang observó que las gentes del conventillo lo miraban con malos ojos. El no les había hecho nada, nunca se metía con nadie, que lavaba ropa sucia durante toda la semana, hasta dejarla blanquísima, y se iba luego a fumar opio en el Dock Sur.

¿Sería por la balada de Cheng Hueng que un día le cantó a Lola en el patio, al son del violín de una cuerda?

Wang no lo sabía a ciencia cierta. Pero la verdad es que todos los "yamatos", incluso Yama Oji, al cual apenas ahora veía, se habían enterado de sus visitas semanales a "La luna azul". Toda la colonia asiática de la Boca sabía que allí

Tus ojos en el paisaje del campo

(Del libro en prensa "Luna nueva de Enero")

Lejos de ti como del mar lejano,
lejos de Dios, que nunca me responde,
camino entre los árboles del campo.

Ultimo hogar del caserío pobre,
la casa del pastor quema sus leños.
Está aguardando que el pastor retorne.

Cae la tarde con sus oros viejos,
y viene el horizonte caminando
porque no se le mira desde lejos.

Con la indolencia del cansancio humano,
se tiende en mis pupilas el paisaje
donde yo sueño con tus ojos claros.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

Santiago (Chile)

se fumaba "chanfú" y que Amiru frecuentaba el sitio.

Eso bastaba para justificar la mala opinión del barrio de los amarillos.

Pero Wang, feliz en su ignorancia, no lo sabía, y sábado tras sábado se iba a "La luna azul".

Tai Lee, el confidente de sus tribulaciones y sus pesares, había manifestado una tarde el deseo de ver al objeto de los amores de Wang, á fin de encaminarlo mejor en sus gestiones.

Y Wang, alma ingenua y enamorada, lo citó para un lunes.

Cuando el corpulento Tai Lee se presentó en el conventillo, el patio estaba en sesión plenaria. "Yamatos" y españoles e italianos hacían sus labores o vagabundeaban entre la ropa tendida a secar. Los pequeños de rostro enfermizo jugaban con los gatos en los rincones, y un mirlo tuberculoso se reía en una jaula, bajo la mirada hambrienta de los felinos.

—Allí está, oh Tai Lee,—dijo Wang, señalando a la lavandera, que cantaba junto a sus pirámides de ropa.

El chino errante la cotempló con atención.

—Decías la verdad, oh Wang — exclamó al cabo de un instante, — la mujer que amas es bella como la hija de un mandarín...

Los "yamatos" miraban con expresión hostil al gordo y grasiento personaje, que sólo tenía ojos para la andaluza.

Tai Lee abrigó la idea de acercarse a la muchacha y dirigirle la palabra, pero el ambiente glacial del conventillo le detuvo. Se volvió hacia Wang.

—Es necesario que hablemos, oh Wang — dijo, restregándose las manos gordas y suaves, cubiertas de tatuajes, y el pobre joven sintió un escalofrío.

Echaron a andar por los muelles. Los cargadores del puerto, en largas hileras, parecían hormigas gigantescas y sudurosas bajo el sol. Las sirenas de los remolcadores resonaban, agudas y angustiosas, en los ámbitos de la Dársena, y en la luz clarísima, violenta, de la media tarde, las aldeas de la Boca parecían más trágicas, más sórdidas, más miserables.

—Oh Tai Lee, mi lengua no te mintió cuando te dijo que la alondra de mi barrio era hermosa como las mujeres que uno sueña cuando ha fumado dos pipas de "chanfú"...

Tai Lee, sin contestar, lo miró de reojo. Su rostro color azafrán, lleno de bolsas, adquirió una expresión extraña, la misma expresión ambigua, inquietante, que se pintaba en sus ojillos brillantes y agudos cuando contaba historias de las judías rubias de los muelles de Londres.

Al pie del puente de los franceses donde la calle Pedro Mendoza describe una curva brusca y se alinean las obscuras tiendas de los "shipchandlers", Amiru les salió al paso. Estaba ebrio y los vigilantes lo miraban con sospecha.

Se unió a Tai Lee y a Wang y los tres siguieron caminando a lo largo del muelle.

Las balleneras del Paraguay descargaban los dorados frutos de los trópicos. Flotaban olores penetrantes de la zona tórrida, se oían voces guturales, rodaban los carros llenos de naranjas por la calle angosta y familiar.

Wang iba pensando que había hecho mal en llevar a Tai al conventillo. Se había dado cuenta de la pésima impresión que había causado su corpulento compatriota entre sus vecinos.

Por primera vez aquel temor vago, indefinible, que siempre le había inspirado Tai Lee, tomaba cuerpo...

Se acordaba de ciertas cosas que el grueso chino había dejado escapar cuando los licores de Escocia se le subían al cerebro; historias lúgubres, indecibles, fantásticas, de orgías lejanas en los barrios amarillos de puertos apartados, historias en las cuales aparecían rostros pálidos y atormentados en medio de las nieblas rojas del acónito y del bhang.

X

Hacía una semana que Wang no concurría a "La luna azul". Al día siguiente de la visita de Tai Lee, Yama Oji había interpelado al lavandero, y le había prevenido contra las malas compañías.

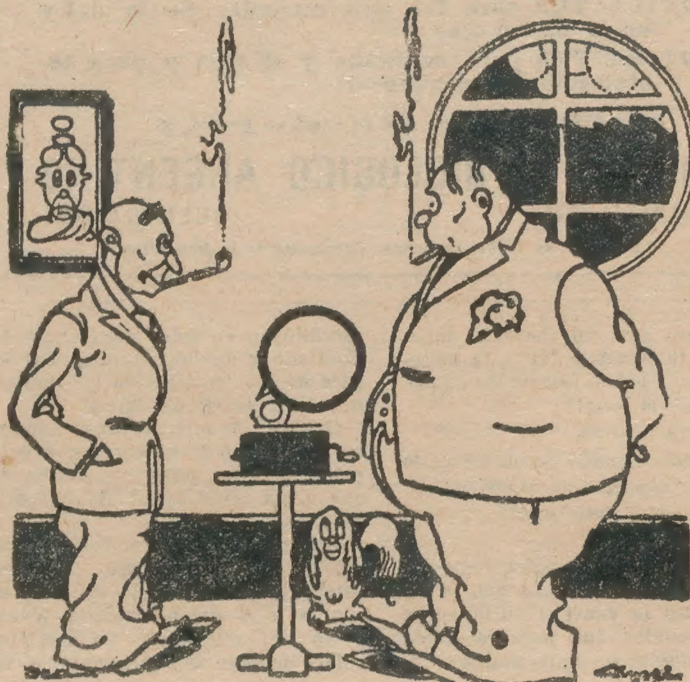
Al cabo de varios días, y varias noches, el anhelo del opio mordió las entrañas de Wang. Ya no podía más. La ausencia de la droga en su organismo le producía extrañas alucinaciones, le ponía enfermo.

Un sábado cerró su cuchitril después de entregar la ropa lavada y planchada, y se encaminó hacia el Dock Sur por el camino familiar.

Las barriadas ribereñas se dormían en la sombra naciente, y las voces se escapaban sordas, como veladas, del fondo de los antros.

El coreano fumaba junto al mostrador cuando entró en "La luna azul". Dos "coolies" bebían whisky y jugaban a las cartas en un rincón.

Wang observó que el sitio de Tai Lee estaba vacío y preguntó al coreano por su compatriota. El dueño de "La luna azul" se encongió de hombros. Ya vendría Tai Lee. Andaría merodeando por los antros, buscando aventuras y desparramando libras esterlinas. Pero ya vendría a beber whisky y a fumar dos o tres pipas de "chanfú", como todas las noches.



—¡Hombre! ¡Has impresionado un disco con la voz de tu mujer?
—Sí, para darme la satisfaccin de hacerle callar cuando se me antoje.

—Es un hombre malo, oh Wang — le había dicho, — y su mirada es ponzoñosa como la de las serpientes negras de los caminos.

Después le había aconsejado que no frecuentara "La luna azul", donde sólo iban atorrantes como Amiru y malos "chinks" cuya amistad no podía reportar nada bueno.

Wang lo había escuchado en silencio, y por espacio de varios días y varias noches no salió del conventillo. Cuando no estaba lavando ropa de los cargadores, se quedaba extático frente a Lola, que le volvía la espalda.

Una noche, al salir a la puerta, le pareció divisar la figura sinuosa y furtiva de Amiru en la calle Colorado. A la noche siguiente lo volvió a ver. Un día, más tarde, percibió la pesada silueta de Tai Lee deslizándose torpemente por la calleja mal iluminada.

¿Qué hacían merodeando por allí los dos "habitués" de "La luna azul?".

Wang no podía explicárselo satisfactoriamente. Pero como no los vió más ya no pensó en el asunto.

Esa tarde el opio no produjo más que horribles pesadillas a Wang. Entre el ruido ensordecedor de los cobres invisibles, en medio de las brumas lívidas de su sueño, veía el rostro angustiado de la andaluza, que ya no reía enseñando sus grandes dientes blanquísimos...

Era alta noche cuando salió tambaleando, sintiendo que se deshacía, de "La luna azul", después de rechazar el vaso de whisky que le ofreciera el coreano.

Nubes espesas, preñadas de tormenta, se perseguían en el cielo del río y la ciudad. Subía de las naves dormidas, de las casuchas tétricas, un murmullo sordo y velado, como el de muchas voces que hablaran al oído de la noche. La luna, una pálida luna de agosto, asomaba a trechos entre las nubes y envolvía por un instante el cuadro melancólico y solitario del puerto y las barriadas.

Wang sintió frío, un frío extraño, que paralizaba su cuerpo, que helaba sus miembros doloridos. Cada diez pasos se detenía al borde del agua, pensando que Tai Lee todavía no había aparecido por el bar del Dock Sur cuando él salía de su orgía de opio.

Tardó mucho tiempo en llegar al barrio de la calle Colorado. Nunca el camino le había parecido más largo, ni las callejas más negras ni la noche más lúgubre.

Al llegar a la esquina de la calle Wenceslao Villafañe sintió que se le doblaban las rodillas. Pensó que durante las útimas semanas había estado fumando demasiadas pipas de "chanfú", y que Buda, en su infinita sabiduría, lo llamaba al orden.

Se apoyó en uno de los muros de hojalata de las viviendas, sintiendo que sus miembros ya no le respondían. Voces y ruidos extraños retumbaban bajo su cráneo.

En ese instante las nubes fugitivas dejaron asomar la luna, y una claridad pálida iluminó la barriada. Creyó ver entonces dos figuras vagas, furtivas, que se deslizaban en la calleja, una flaca y sinuosa, otra corpulenta y familiar. Parecían salir de la sombra de una puerta. Marchaban juntas, y entre ambas Wang creyó divisar otra figura blanca que se debatía en una lucha silenciosa e impotente.

Un grito turbó el silencio de las aldeas negras de la Boca, un grito estridente, estremecedor, que despertó los ecos de los navíos dormidos, de las callejas envueltas en sombra.

Wang quiso incorporarse, correr hacia las figuras espectrales... La luna las iluminaba ahora claramente. Sobre sus cabezas se veía el letrero, escrito en caracteres chinos y españoles, de su lavadero.

Pero sus miembros se negaban a obedecerle. Las voces seguían retumbando, sordas y roncas, en su cerebro, voces de íncubos y súcubos, de dominios y de brujos, que se burlaran de su debilidad y de su impotencia.

Hizo un supremo esfuerzo para ponerse de pié y cayó de bruces.

Una gran nube negra pasó sobre la luna y la visión se desvaneció en las tinieblas. Los ecos lejanos del grito se habían extinguido en el profundo sueño de las barriadas ribereñas.

Caído en la acera, Wang parecía un enorme y grotesco muñeco al cual se hubieran roto los resortes y hubieran arrojado allí como un despojo.

El murmullo de las casuchas, de los navíos, del agua inmóvil, continuaba como un soliloquio de terror, de misterio y de crimen.

XI

Lo recogieron al amanecer unos cargadores que iban a las carboneras de Wilson y lo llevaron al conventillo.

Un desconocido le dió un medicamento, y esa tarde, cuando Wang salió al patio, vió venir a Yama Oji hacia él.

Al alba, poco después que lo hubieran hallado a él desvanecido a pocos pasos del conventillo, la policía había encontrado el cadáver de Lola en un terreno baldío situado cerca del Dock Sur.

Wang se quedó como un idiota. Todos los amarillos fueron detenidos por la policía en indagación del crimen, incluso él, hallado en circunstancias tan sospechosas.

Una vez en presencia de las autoridades, Wang, con ayuda de un

intérprete, contó sus sospechas, la visión de la noche anterior, la ausencia de Tai Lee del antro habitual, las orgías de opio...

Fué una historia larga. Se buscó a Tai Lee, y se le encontró flotando en el canal, hinchado, cubierto de manchas violáceas. Buda, en su infinita sabiduría lo había castigado, y el chino había preferido suicidarse antes de caer en poder de la justicia. Pocas horas más tarde Amiru era detenido en Barracas y confesaba todo.

La sombra del crimen cayó, sobre el conventillo de la calle Colorado. La alondra de la miseria, ya no cantaba en el sucio y obscuro patio. Los vecinos comenzaron a mudarse a otros conventillos, a otros barrios, ahuyentados por los espectros que flotaban allí.

Sólo quedaba Wang. Wang, que ya no se ocupaba de su ropa, apilada en sucias pirámides junto a la batea donde antes llegaba Lola, cantando como un pájaro, en las madrugadas del invierno y del verano.

Y un día Wang también se fué.

EPILOGO

Desde la borda del "Marú" que lo conducía a Kobe, Wang miraba las torres y los edificios cada vez más lejanos de Buenos Aires. Se iba a su país distante, a Shanghai, al Bund turbio y familiar; a las márgenes del Yang-Tse-Kiang, pobladas de ciruelos, a los arrozales sobre los cuales volaban lentas y graves las garzas simbólicas; se iba a arrastrar juncos, como sus antepasados, en el paso de los siete rápidos, al canto de los "coolies".

El puerto se perdía a la distancia. Wang tuvo una última visión de la gran ciudad que era más grande que Cantón, más dulce que Singapur, más bella que Bombay, y pensó en las negras viviendas donde había vivido más de dos años, añorando sus cielos nativos y sus dioses. No. Los buenos chinos debían quedarse en sus aldeas y en sus ríos. Buda, en su infinita sabiduría, castigaba a los que venían a América, a los que se alejaban de las almas de sus antepasados, y los hacía desgraciados.

Caía la noche sobre el río, y allá en las dársenas se iban encendiendo las luces de las barriadas sombrías donde vivían, amaban, sufrían y morían las cigarras y las hormigas de la miseria.

Eran las luces familiares, los faroles trémulos de los navíos, las lámparas de los figones y las casuchas, los arcos de las calles.

Sólo faltaba una luz: era la lámpara azul, que se había extinguido, acaso para siempre, en la mugre y la sombra del Dock Sur.

Terapeútica del cuervo

El señor Bouvet, en la revista científica *Pans. Medical*, señala la importancia que en los tiempos más remotos atribuían los pueblos al cuervo como elemento terapéutico.

"Plinio declara muy seriamente — dice el señor Bouvet — que para ennegrecer el cabello nada mejor que un huevo de cuervo batido en un vaso de cobre y aplicado sobre la cabeza, previamente rapada.

Pero esto no puede hacerse así, como así; hay que tener un buche de aceite en la boca, mientras la cabeza no está seca, porque de lo contrario también los dientes se pondrían negros.

Los cuervecitos, apenas han dejado el nido, eran muy apreciados y se reputaban como excelentes contra la gota y la epilepsia.

En la mayoría de las recetas para conservar la belleza femenina figuraba también la carne de cuervos jóvenes, porque creían que embellecía mucho la piel.

También creían los antiguos que llevando en un bolsillo un corazón de cuervo se combate la tendencia al sopor o modorra.

La hiel de este pájaro cura la presbicia, y algunas veces se colgaba en una bolsita pendiente del cuello de los niños, para curarles la tos. También servía para el dolor de muelas y para curar las neuralgias.

Una mezcla de sangre de cuervo y de vino tinto servía también para tintar el cabello, que es, ha sido y será una de las más grandes preocupaciones de la Humanidad.

Estando en boga semejantes recetas, es de suponer que los enfermos de entonces encontrarían en estos, al parecer fantásticos remedios, el alivio de sus males... Verdad es que en cuestión de remedios, lo importante es la fe...

La mentalidad de los delincuentes

En general los delicuentes profesionales son personas de inteligencia inferior a la normal. La observación hecha repetidas veces por detectives famosos para los cuales no existen delincuentes "hábiles e ingeniosos" ha sido confirmada por una investigación realizada en Londres con 200 delincuentes. Los más inteligentes de ellos son los estafadores y, sin embargo, su "edad mental" es de poco más de quince años. Los rateros tienen catorce años de edad mental, y los asesinos o autores de delitos por medios violentos son todavía niños en cuanto al desarrollo de sus facultades intelectuales, pues se les señala edad mental de 12 años.



El Quipildor de Kalisay

Por Fausto Burgos

Fuí por primera vez a Cochinoca, allá por el año 1918. Cochinoca es una aldehuela muerta, situada en la Puna Jujeña, a 3420 metros de altura sobre el nivel del mar y a cuatro o cinco leguas de Abra-Pampa. Por Abra-Pampa pasa el tren quebradeño que va de Jujuy a La Quiaca.

Cochinoca es una aldehuela muerta... Me contaba el señor Comisario, un buen amigo, que en tiempo de invierno, de terrible invierno, sólo quedan en la Cochinoca, cinco o seis familias. De barro bermejo son las casas; bajas las puertas bajitas; pajizos los techos; tortuosos, empinadas, las callejas.

En Cochinoca conocí a un tal Domingo Kalisay, ahora mi compadre, cerrero hasta de treinta años, color de café tostado, de pelo negro, dientes blanquísimos y labios bañados del jugo verdoso del acuyico. Domingo andaba siempre con el ovejón haldudo en la cabeza; vestía traje de picote azul, tela que tejía él, con sus manos.

—¿No tienes familia, Domingo? — le pregunté el primer día, apenas penetré en su casuca. Tejía él, a la sazón, en su telar incaico.

—Sí, señor.

—¿Y la mujer?... ¿Y los hijos?

—Con las cabras anda la Rosa, en el cerro, señor.

Sol alto llegó la mujer, con su guagua a cuestas; traíala en un costadillo hecho con su llicla o manto indio. De tal guisa cargan al niño las mujeres puneñas, siguiendo la primitiva costumbre de keswas y aymaras. Reparé en el chiquillo. Embolsado en la llicla, ni se movía. Era de la color de sus padres, de ojos negros, y labios bermejos. Me miraba indiferente, a ratos con ahinco, sin pestañear.

¡Qué tal guagua! — me dije. — ¡Pobrecito!...

Imaginé cuánto había sufrido metido todo el día en su costadillo—cuna del chiquitní pequeño—mientras la madre caminó y caminó, bajo soles y vientos, cuidando del hato de cabras lecheras, hilando a puishca, lana para picote blanco o para el barracán con dibujos de "ojo de perdiz". Y la guagua despierta ni se movió, ni lloró, ni se quejó... la mujer guisó, nos dió de comer y se fué al cerro a hilar y a cuidar del hato de cabras lecheras. Tornó a la oración cerrada, encendió la lumbre, acercó a ella el puchero de barro cocido, el pote u olla de tres patas, de hierro, locrera. ¿Y el chiquitín?: en su costadillo, tragándose el humo aromoso bravío de la tola...

Dormimos en sendos estrados — camas de adobe, arrimadas a la pared; — también el chicuelo descansó al lado de su madre, en tan duro lecho.

Volví a Cochinoca, pasados algunos meses. Penetré en el canchón en donde Domingo Kalisay tenía instalado su telar de palos de cardón.

—¿Y la mujer, Domingo?

—Con las cabras, señor.

—¿Y la guagua?

—Velay, por allí está, señor.

Volví la cabeza.

Descalzo, desnudas las piernas, enfundado el tronco en una camisita rabona, Dominguito Kalisay estaba sentado en el suelo, mirándome a su placer.

—Me lo debís dar... Domingo.

—¿Por qué pú, señor?

—Nosotros no tenemos hijos.

—No será la voluntad de Dios, señor...

Empezó a gatear, Dominguito (yo le llamaba simplemente Kalisay); gateaba voleando las piernitas, que me parecieron estevadas, de domador, o caminador incansable.

—Si nos lleváramos a éste, dirían que es hijo nuestro...

—Tu mujer es blanca, señor.

—Pero yo...

Gateando, gateando, Kalisay se aproximó a su padre; sentóse sobre las piernitas. Tenía la boca, las manitas sucias de polvo. Y miró a su padre. Se me ocurrió que le decía: Deja que me lleven estos abajeños...

Andaba agatas de un lado para otro; a ratos se entretenía mirando una piedra a una rama de tola.

—¿Me lo das, tatay...

—Nunca, señor.

Yo insistí:

—Te lo devolveremos hecho y derecho... Será entonces el doctor Domingo Kalisay...

—¿Y pa qué, pú, señor?...

—¿Quieres que sea tejedor como tú?... Por tejer una vara de picote blanco, te pagan treinta centavos...

—Como yo, señor.

Cuando torné a Cochinoca, Kalisay tenía dos hermanitos, el uno, andaba a gatas; el otro metido en su costalillo, acompañaba a la madre por todas partes. Klisy (Domingo Kalisay), salió a recibirme en cuanto sintió golpear las manos. Era yo su padrino, el padrino que le había ofrecido un traje de marinero, una gorra blanca y un espadín y una caja o wankara india, de esas que tañen los mozos alegres por carnestolendas.

Me vió y me tomó de la pierna. Tendría hasta cinco años, pero vestía cual un hombre hecho y derecho.

—¡Estás hecho un hombre, che!... ¡Qué sombrerito!... Este año te llevaremos a Buenos Aires...

El me oprimió la pierna con su manita tostada y sucia de polvo.

—Tienes cabeza de inteligente, che, chango...

Nos llegamos a Domingo, quien, a esa sazón, tejía picote.

—Velay tu padrino, hijito... Preguntale qué te lo ha traído...

Alzó los ojos el niño y me interrogó con su mirada cariñosa.

¡Cómo sería el traje de los marineros! ¿Y el espadín? ¿Y la gorra blanca?

—Pregúntale qùe te lo ha traído...

—Ya verá... ya verá...

—¿No sabís hablar?

Se abrazó a mi pierna cual un avaro a su talega.

—¡Ahijado! ¡ahijadito!

—Ya sabe cuidar las cabras.

—¿Ya?

—Sí, señor.

—Es un hombre hecho y derecho.

—Mañana de mañanita lo verá salir detrás de las cabras. La Rosa anda enferma, con el mal de aire...

—Tengo que decirte una cosa, tatay...

—¿...?

—Te interesa...

Ni dejó de tejer ni levantó los ojos.

—Compadre...

—Señor...

—Esta vez nos llevaremos al chango... Cuando vuelva, será doctor... ¿Qué más querís vos, Domingo Kalisay?

No siguió pasando tramas. Imaginó a su hijito en la ciudad del lujo y del oro. Un chico moreno entre tanta gente blanca y rubia. Un chico trajeado a la puneña, entre tantos niños vestidos elegantemente... Se reirían de su chango, y éste, asustado como las vicuñas monteses, pediría que lo llevaran nuevamente a su casuca de barro, a su cerro natal...

—Nunca... señor.

Tempranito en cuanto empezó a silbar el guaicho o pájaro arriero, salió Kalisay en pos de sus cabras lecheras. Ni que hablar: por las trazas, era ya un pastor de nota...

II

Hemos venido a llevar a nuestro ahijado...

Atravesamos una llanada cercada de cerros, por donde va el camino a Cochinoca. Aquí y allá, quipildores, montones de piedras, tumbas de los quemados por el rayo...

—Este es el quipildor de Dominguito Kalisay — me dice mi buen amigo Kanchis — deteniendo su mula.

No tenía cruz... La cruz cristiana no se pone en las tumbas de los que mueren quemados por el rayo... Un montón de piedras...

Por agosto es menes collpachar los quipildores, regándolos con chicha y poniéndoles su coca. Y luego... bailar... cantar...

—El chango había salido con cabras, señor. La nube se venía cerro abajo... Y se puso negro el cielo. Dominguito corrió con sus cabras. Se había sentado a descansar, cuando bajó el rayo... Quedó hecho carbón, sentadito en la peña...

AMOR VEDADO

La riqueza no te está vedada; pero la desdeñas.

El poder no te está vedado; pero no lo buscas.

En cambio te está vedado ya el Amor.

Las puertas del amor se cerraron para ti hace muchos años. Y en vano llamas y llamas. El aldabón resuena misteriosamente en la noche.

Pegas el oído a la cerradura y oyes tumulto alegre, risas de oro y de plata; convulso chasquear de besos.

Miras por el ojo de la gran cerradura y ves pasar túnicas blancas, rosadas, azules, que mal encubren formas estatuarias. Todo allí es promesa o realización, bajo la luz azulosa de la luna o los blandos clarores de los crepúsculos.

Pasa la rubia pasa la morena, y se llevan prendidos tus anhelos.

Te miran los ojos azules, los ojos verdes, los ojos negros, los ojos castaños, y tú imploras lo que parecen ofrecer esas miradas... Pero un fallo enigmático de tu destino, mantiene lejos de ti — el enamorado del amor — toda posibilidad de realizar lo que los hados parecían ofrecerte al elegir tu nombre.

Y comprendes que tus ansias son imposibles y anhelas el término de ellas.

Empero, por resuelto que esté tu Dios a impedir que te amen, no puede impedir que ames tú a todos los seres y todas las cosas. ¡Qué más! No puede impedir que le ames a El!

Cabe, pues, que repitas con el poeta francés:

"Mon Dieu, tout puissant que vous êtes, vous ne pouvez pas empecher que je vous aime!"

AMADO NERVO








"Emociones del camino"

«Libro en preparación»

MENDOZA

Claridad estelar hay en tu cielo
Y profundos abismos en tus ojos;
Fuego en tu boca de claveles rojos,
Y perfumes serranos en tu pelo...

Al lujurioso rito de tu Anhelo
Cedió la calidez de mis antojos,
Y he probado el ardor de los abrojos
Con que erizabas tu ferviente celo.

Hay un sabor de antaño en tus virtudes
Que despertó quiza las inquietudes
Que hicieron divergir nuestros destinos...

Para ungirme de paz y de consuelo,
Yo quisiera vivir bajo tu cielo
Y a la luz de tus ojos mendocinos...

TANDIL

(Manantial de los Amores)

He bebido en tu fuente cristalina
La dichosa ilusión de tu conseja,
Y ya no tengo el alma triste y vieja
Que traje hasta tu linfa cantarina.

Si el mago sortilegio no declina,
Yo encontraré la perfumada reja
Donde cantar la rumorosa queja
Que ya vibra en mi lira peregrina.

Si la virtud que se proclama es cierta,
Resurgiría la esperanza muerta
Que acompaña mi frágil carnadura...

Y volvería a amar una y cien veces
Bendiciendo la hora en que me acreces
Mi caudal infinito de ternura...!

SAN JUAN

En ésta paz cuyana, lujuriosa
Por la gloria del sol de la mañana,
Quiero decirte la canción profana
Que despertó tu magia venturosa...

Podrá la vida en forma presurosa
Precipitarme a la vejez temprana,
Pues en tus labios de vestal cuyana
Descubrí la Castalia milagrosa.

Amo tu forma gracil y estatuaria
Con la igual santidad de la plegaria
Con que contienes todos mis excesos....

Pero mi ansia pasional delira
Con reponer en mi vetusta lira
Una cuerda formada por tus besos...

SANTA FE

Grácil, esbelta, llena de armonía
A tu paso la Vida me sonríe,
Y un hálito de amor se me deslíe
Lascivamente, por el alma mía...

Hoy que te rindo justa pleitesía
Alborozado el corazón se engríe,
Y aunque modesta tu virtud porfíe
Proclamo tu triunfal soberanía...

Eres mujer llena de gracia: y eres
La más bella de todas las mujeres
Que ofician en el rito del Amor...

Quien te ha visto una vez, ama la Vida
Y teje la guirnalda consabida
Que nace del ensueño y se hace flor...

Florencio J. Amaya



Susto al claro de luna

Por Victor Montagne

—Créame, amigo Jorge, que en esa ocasión, noche embrujada, mis pocos conocimientos en zoología argentina se me derrumbaron lastimosamente. Claro está que fué solo por un momento. ¡Si yo le contara!...

—Siempre que la cosa no sea para llorar (ya sabe que cuando lloro lo hago reír) largue el hilo, compadre, que soy de los que sé escuchar con atención.

—Reconozco... Pues bien, suelto el rollo. Aquella noche el ojazo del cielo tenía las pestañas abiertas de par en par, desprendiendo suavemente su mirada blanca y fría sobre los bosques, las montañas y los valles de cultivo.

Eran mis compañeros de viaje dos peoncitos: Juan, que me hacía de asistente por saberse un inútil para todo lo que no fuera ensillarme el caballo o macho que montara, y Mario, un muchachote del pago, más artero que valiente, y que se nos había agregado en el camino para no hacer solito su vuelta al pueblo.

Mientras tanto mis edecanes perdidos bajo sus enormes chambergos cuyanos compartían en voz baja chistes y bromas desvergonzadamente, aludiendo a una moza semi-cotuda que ambos pretendían para sus corazones, yo iba dado a mis habituales contemplaciones de cielo, astros y montañas lejanas, impregnándome de grandeza, de misterio y de todo ese dulce sentimiento que emanan amorosas las noches plácidas y maternas de nuestra gran cordillera.

Nos dejábamos llevar al paso de los mancarrones que se habían aparejado para discurrir con sus orejas. Observando los animales, noté que el caballo que ensillaba Mario debía ser muy bruto por lo poco que se manifestaba con los de su casta. En cambio, el machito que montaba Juan parecía ser el más inteligente y comunicativo entre sus consanguíneos. El continuo juego de sus orejas expresivas; los colazos intempestivos; sus breves estornudos e interminables relinchos, con los cuales sabía en conciencia matizar su mudo lenguaje, y, sobre todo, aquella mirada profunda, vaga y mística, avezada en eternas lejanías, me convencieron de su enorme superioridad. Confieso ingenuamente que este asunto me tuvo preocupado, y que en ciertos momentos llegué a preguntarme si el machito entre sus semejantes, no haría las veces de un "causeur". Me eché a cavilar sobre este punto entretanto mis servidores se doblaban amodorrados sobre sus bestias.

Ibamos dando la vuelta a un recodo del camino, lugar solitario, de bordes altos y llenos de monte, cuando de improviso se levantó de entre las malezas una sombra gigantesca que viene hacia nosotros avanzando lenta, muy lentamente. A medida que se acercaba, nuestro asombro subía de punto, aumentándonos el temor la extraña actitud de los animales que se habían detenido bruscamente y temblaban como si estuvieran bajo la influencia de una corriente eléctrica. Ante aquella embarazosa situación, complicada por el espanto a que se habían entregado las cabalgaduras, hice un desesperado esfuerzo de ánimo, y volviéndome a mis compañeros, les grité:

—¡Adelante, muchachos! A ver qué alma es la que sufre por estos campos.

Un rugido formidable, brotado como de debajo de la tierra, contestó a mis palabras, y súbitamente los animales volvieron grupas lanzándose a escape en medio de la noche.

Demás estaba hacerles fuerza a aquellos brutos: disparaban azorados, atropellándose, bellaqueando y bufando como fieras. Fué en una de esas topadas que se menudeaban alocados el machito y mi mancarrón, cuando sin quererlo se volvieron sobre la marcha a toda carrera, en dirección al peligro, precisamente. En este entrevero Mario desapareció como por encanto, llevado más que por su caballo por el julepe que le había entrado. Viendo que la casualidad me llevaba otra vez hacia el lugar aquel donde estaba el motivo de nuestro susto, y notando que los animales se apaciguaban poco a poco, le dije a Juan que tratara de acercárseme para que pudiéramos hablarnos.



—Pero, Coquita... ¿No ves que el abuelo está esperando?
—En seguida estoy, mamá... ¿Por qué no vas a dar una vueltita con él para entretenerlo?

—Mirá, Juancito, cuando nos salga el fantasma hagámosle sonar las lloronas a estos brutos y castiguemos al mismo tiempo: la cosa es írsele encima. Yo quiero saber si es un alma en pena o algún bulto al que hay que hacer penar a guascazos. ¿Me oís Juan?

—Sí, que l'oigo, patrón. Mi machito es de coraje y valiente pa la topada. Ahura lo traigo mansitito y dispuesto a cualquier convidada.

—Pero no se te afloje el valor cuando llegue el momento; mirá qué...

—¡Nunca me han dao pánico las ánimas!

—...En este caso peligroso bueno es que te santigües.

—¡Ja, ja, ja!, qué güeno; me está creyendo calzón.

Llegábamos al recodo de la aparición. A poco de entrar en él me apercibí que de entre una espesura de pichana y pasto salado que había en el medio de la huella dos puntos redondos y brillantes como ascuas parecían mirarme. Aproximándome a Juan, le dije en voz baja:

—Sujetá el macho. Mirá, ¿ves aquello que luce como los ojos de un buho?

Fuertemente impresionado, me contestó Juan:

—¡Sí, sí, lo vide, dende que entramos en esta rinconada! ¡Atropellemos!

—¡Atropellemos!

Dicho y hecho. Nos largamos sobre el matorral con la furia de una tromba. En el momento que creíamos aplastar lo que allí había, se levantó rugiente y amenazadora una enorme fiera que al punto reconocía espantado. Era un oso!

—¡Ahí estaba, parado en dos patas, abierto de brazos y alumbrado por la luna!

—¡Cuidado, muchacho! — le grité a Juancito — no topés; seguí de largo; ¡te podría costar el cuero!

Pero el muchacho ni me contestó siquiera. Pasó como una exhalación. Yo, por otro lado, no podía sujetar mi mancarrón, que me llevaba y me traía a corcovos de un alambrado a otro. Sufría el pobre animal un fuerte ataque de nervios. Me debatía, pues, doblemente. Al par que deseaba calmar la horrible impresión que me había causado el inconcebible encuentro, del cual, por más que pensaba no podía descifrar su misterio, tenía que habérmelas con el animal que se alzó de golpe en furiosa carrera. Lo dejé disparar, esperando que se le agotaran las fuerzas y porque me llevaba rumbo a la querencia. Cuando se le pasó el chucho, se aplastó en un arenal vecino al pueblo. Allí me encontré con Juancito, que acompañado de unos soldados venía en mi socorro.

Apenas nos comunicamos me recibieron con una carcajada sonora y clamorosa, seguida de pullas intencionadas que se cambiaban maliciosamente los milicos. Entre risas y jarana me notificaron que aquel día, en el municipio del pueblo, unos saltimbanquis, gitanos de mala ralea, habían sacado permiso para hacer bailar un oso en la plaza de la villa.

Al oir aquello, mi caviloso estupor reventó en una formidable carcajada. Luego me indigné. Y no era para menos, pues si no se descubre la cosa a tiempo, anuncio a la sociedad científica el original hallazgo de un oso en los valles mendocinos.

¿Dónde está el mundo mejor?

Dios se encuentra al fin de todo. No lo neguemos y enseñémoslo todos: no habría ninguna dignidad en vivir, y todo esto no valdría la pena, si debiésemos aniquilarnos para siempre, si debiésemos eternamente morir. Lo que alivia a nuestra tristeza, lo que santifica el trabajo, lo lo que hace al hombre fuerte, justo, a un tiempo humilde, y grande, digno de la libertad, es tener en sí profunda y arraigada la perpetua visión del mundo mejor, que brilla al través de las tinieblas de la vida: el cielo.

VICTOR HUGO

Amor a primera vista

Por Franck Wedeking

Versión especial para FRAY MOCHO, realizada por el conocido escritor y traductor de literatura nórdica europea, don José Liebermann.

—Pero si Vd. no me conoce... Su impertinencia me ofende... Me ha visto Vd. en alguna fiesta, supo quien era y al día siguiente se viene y pide mi mano. Mi padre es conocido como millonario. Yo hubiera deseado que no fuera así, porque entonces por lo menos podría estar orgullosa y segura de que todo lo que se me dice es retalmente por mí...

La joven bajó los ojos, dándose cuenta que podía ofender con lo que dijo. En realidad, dijo sin pensarlo, porque aquella conversación, iniciada repentinamente, le agradaba bastante.

—Dice Vd. señorita que no la conozco. Es cierto, apenas recordé su nombre. Sin embargo la conozco mejor que todos los que hasta ahora se han encontrado con Vd. Le parece imposible. Yo vine aquí a demostrárselo. Ha tenido Vd. una muy buena educación, y sin embargo nadie le habrá dicho hasta hoy, que no hay diferencia entre lo exterior y lo interior del hombre. Dirá Vd. que no es cierto, pero yo le demostraré que ayer de noche, por su aspecto solamente, llegué a conocerla bien, su manera de sentir y de pensar, su manera de amar de sufrir y de alegrarse. Reconocí lo que hace años buscaba en la que ya no volveré a encontrar más. Ahora comprenderá Ud. por qué no perdí un minuto. Hubiera hablado ayer, pero Vd. desapareció repentinamente del salón con su mamá.

—Si en tres horas alcanzó Vd. a estudiarme toda, creo que ya pocos placeres podré proporcionarle en la vida.

—No es placer lo que busco en Vd., señorita Dios es testigo, de que es algo más. Un campesino, al casarse con una mujer, la valoriza, reflexionando acerca de lo que podrá producirle su trabajo. Un inútil se casa con una en la que espera encontrar placeres. Un espíritu noble, solamente se casa con una mujer *que lo comprende*, por pobre que ella sea de espíritu, por poco que ella comprenda del mundo, con tal que lo comprenda a él. Exige en su mujer un valor que solo para él lo sea, busca en ella la elevación de su propio ser, ella debe adorarlo. Todos son egoístas de segunda categoría. Pero aquel que comprende el valor de la mujer como tal, de lo que puede ser una mujer en este mundo, aquel busca lo más hermoso que pueda producir la vida, para llamarlo suyo; aquel ya no busca a la mujer que esté en relaciones con él y sea algo para él solamente, sino a la que es algo en sí misma: desarrollo, belleza, grandeza, anhelos superiores y sentimientos profundos, aquella que es capaz de ser feliz, que viva intensamente. Entaño vive él también y es feliz. Se lamentan muchos de que el destino no les trajo mucha suerte, pero no comprenden que son muy pequeños para poder sentir aquella gran felicidad por cuya ausencia se quejan. Hay muchas personas que consideran lindo a una mujer fea, no porque se equivoquen o no comprenden, sino porque la belleza es fea para ellos. podría Vd. apreciar a una persona con pequeños deseos? Vd. se conoce a sí misma. ¿Podría Vd. amar a un hombre que se satisface con menos de lo que es Vd.?

—Pero, ¿de dónde sabe Vd. que yo poseo todas las hermosas cualidades que ha nombrado!

—Esto es lo que quiero demostrarle, si Vd. me presta atención por un minuto más. Nadie me comprenderá mejor que Vd. Si en una noche oscura, o en un día de tiniebla, camina Vd. detrás de una persona toda envuelta en un manto, hasta los pies, sin que pueda vérsele nada, puede Vd., sin embargo, por medio de algo, hacerse un juicio del cuerpo...

—Por su manera de caminar.

—Cierto. ¿De dónde lo sabe?

—No lo creo. Me parece que es así, porque otra cosa no se ve.

—Ya aprenderá Vd. señorita, a creer. La marcha de un hombre no es algo ocasional. Depende de la estructura de su cuerpo. Si según nuestra manera de vestir, no se puede juzgar el cuerpo de la mujer mientras está inmóvil, cuando da los primeros tres pasos se puede hacerlo, con sólo observar la armonía de su líneas. Pero volvamos a nuestro tema anterior, de aquella silueta nocturna. La marcha de un hombre tiene su ritmo, que no se deja explicar con palabras, y que sólo puede sentirse. Según ese ritmo puede Vd., con un poco de habilidad, adivinar todo el cuerpo. Puede resolver fácilmente si el que le antecede es una figura arcaica, o del Renacimiento, o clásica o moderna. Es muy importante en la cuestión, si la línea de movimiento llega hasta abajo o se detiene en las caderas; si pasa esto último tiene Vd. delante de sí una figura inarmónica, lo que se puede evidenciar con un manto con muchos pliegues. Cuando ya se le aclaró la forma del cuerpo, trata de imaginar la expresión adecuada del rostro, ante todo de la boca y de la nariz. En realidad, puede juzgarse del paso de una dama acerca de la forma de su nariz, si es grande o pequeña, si tiene labios gruesos o delgados. Entonces ya puede Vd. comprender si la dama, en caso de conocerla, le hubiera amado o no. Pero de todo esto, no puede Vd saber, si la que está delante es una millonaria o una mendiga, una princesa o una cocinera. Sólo puede darse cuenta de la clase de persona, de su naturaleza y de sus cualidades. Si Vd. quiere entonces apresurarse un poco, alcanzar a la dama y mirarle la cara, se convencerá de que en muchas cosas...

—¡Se ha equivocado Vd., señor.

—Si me he equivocado, señorita, sé entonces que tengo ante mí a una criatura sin raza, que me engañará, como aquí, en toda mi vida y de la que no puedo esperar más que ingratitud por todas las penas de mi amor; y trato entonces de alejarme de ella. De caracteres así, hemos de mantenernos alejados, porque nada se obtendrá con ellos, aspirase a cualquier ideal en la vida. Las estrellas no mienten. Ahí donde mienten no hay cielo, sino laberinto del diablo. Es lo característico de los hombres que tienen raza, armónicos en cuerpo y alma en la cabeza, en las piernas, de tal manera, que un solo movimiento con la mano — como el que hace Vd. ahora permite adivinar el sentimiento del corazón; cuando son creados por un solo pensamiento; cuando son obras de arte en el completo sentido de la palabra, como debe serlo toda cración de valor. ya me hubiera enamorado de usted con sólo ver el movimiento de su mano o de su pie, o con recibir una carta de Vd., lo mismo como me enamoré, observándola durante una noche. La he visto hablar por lo menos, con 20 personas, las he observado y puedo decirle, si Vd. lo quiere, lo que piensa Vd. de cada una de ellas. Entonces juzgará si puedo conocer su naturaleza íntima o no, aunque según su opinión no tengo ningún concepto acerca de ella. Pero para mí, ha sido cualquier palabra suya, de la que alcancé a oir, una constatación de lo que se me ocurrió a primera vista, según su estatura esbelta y la forma heroica de su movimiento...

—¡Hum! El amor enceguece...

—El amor enceguece; pero ¿a quién, señorita? A los hombres que jamás han salido de su casa, que no conocen ni al mundo ni a las mujeres y creen que lo que eligen, lo es por su libre voluntad y no saben que se encuentran subordinados a un instinto animal. Si alguno de nosotros se enamora, sabe por qué; puede Vd. convencerme de que está orgullosa de no pertenecer a la clase de aquellas mujeres obtusamente apasionadas que se muestran celosas del pasado de su marido. Vd. se avergonzaría al casarse con un hombre que no supiera medir su valor, comparándola con las mujeres que ha conocido antes. La hé querido, ricurita, hace mucho tiempo antes de haberla reconocido. Si no, no hubiera llegado a los 36 años sin casarme. Pocas de sus amantes, podrán vanagloriarse con esta cualidad. Ahora permítame otra prueba de mi alto aprecio, de que no estoy ciego y no me equivoco con Vd., es Vd. una muchacha valiente y decidida; lo leo en sus ojos. Ahí donde ha encontrado lo verdadero, no titubea Vd. y entrega toda su persona. Gusta Vd. poner en juego toda su vida. No es Vd. de aquellas que esperan algo terrible, que no pueden resolver solas y tienen que buscar consejos...

La señorita Elly escondió su rostro entre las manos, luego se levantó con toda su majestad y acercándose al visitante, que se hallaba de pie, lo abrazó y lo besó. El juego de la vida estaba ganado.

LA MADRE

Por J. H. Rosny

I

El avaro Juan Richard estaba comiendo con extraordinaria voracidad, deseoso tan sólo de satisfacer de cualquier modo su glotonería.

Era rico; pero vivía casi miserablemente y, vestía como un mendigo.

Eduvigis su mujer, le tenía aquel día más miedo que de costumbre y con gran trabajo se arriesgó a decirle:

—¿No sabes que tu hijo está enamorado y que quiere casarse? El pobrecillo está en los huesos.

—Nadie se muere de amor; además, yo no le impido...

—Sí, señor — contestó Eduvigis, armándose de valor —. Es una muchacha muy guapa y muy rica, perteneciente a una de las mejores familias del país.

—¡Pues que se case con ella cuando quiera! ¿A mí que me importa? ¡Eso es cuenta suya!

—Pero el caso es que los padres no quieren dársela si nuestro hijo no aporta algo al matrimonio. No son exigentes, y les bastaría con la hacienda de Ministril

—¡Una friolera! ¡Esa finca vale ochenta mil francos!

—No llega eso a la cuarta parte de tu fortuna.

—No quiero desprenderme de nada de cuanto poseo. ¡Que le acepten por su linda cara y que se las arregle como pueda!

Eduvigis no pudo ocultar su indignación. Su humildad acostumbrada se convirtió de pronto en una tempestad de amor maternal.

—¡Eres una mala persona! — exclamó la anciana —. ¡Eres el hombre más miserable, más avaro y más injusto del país! ¡No has hecho más que daño durante toda tu vida, perjudicando y ofendiendo a tu mujer, a tu hijo y al todo el mundo! ¡Me has maltratado siempre, me has robado y me has hecho padecer hambre y frío, sin tener en cuenta que mi dote ha sido la base de la fortuna! ¡No he sido para ti más que una miserable criada!

Juan se levantó sin precipitación y dió una terrible bofetada a su mujer, que cayó sobre la mesa casi sin sentido.

¡Por haber hablado sin mi permiso! — exclamó el avaro —. Y en cuanto a tu hijo, has de saber que no le daré ni un solo céntavo. Eduvigis guardó silencio, echándose en cara el haber hablado. Y acudieron a su mente todos los recuerdos de su triste vida. Su única dicha consistía en aquel hijo de sus entrañas, mal nutrido y mal tratado en su niñez, y que sin embargo, había crecido sano, llegando a ser un hombre vigoroso, inteligente y honrado. A fuerza de constancia y subterfugios, la buena madre le había hecho educar e instruir de un modo suficiente para que lograra obtener el título de agrimensor, con el cual el chico se ganaba la subsistencia.

Cuando Eduvigis se enteró de la pasión de su hijo por la heredera de los Hovelaque creyó que con tal motivo su marido intervendría en el asunto y accedería gustoso a la celebración de la proyectada boda.

Pero según se ha visto ya, la buena madre se equivocó de medio a medio.

Juan Richard creía que los hijos no tienen derecho alguno a los bienes de los padres, y solía decir:

—¡No quiero desprenderme ni de un céntimo antes de mi muerte !

La anciana meditaba, con la mejilla aún ardiente a consecuencia de la bofetada. Y sin pensar en ella, sino en su hijo, decía para sus adentros:

—¡Si ese hombre se muriera!

¡ Pero desgraciadamente es capaz de vivir todavía quince o veinte años!

Eduvigis pensó en las enfermedades y poco a poco llegó a comprender que no había más que un medio de salvar a su pobre hijo.

II

Los dos esposos se acostaron, como de costumbre, en una cama vieja que amenazaba ruina.

Juan Richard se durmió en seguida. Eduvigis, sumamente preocupada, oía roncar a su marido y no podía conciliar el sueño.

La anciana, después de haber meditado largo tiempo, comprendió al fin que la idea que la dominaba había penetrado en todo su sér, y que no había más remedio que ponerla en practica.

Levantóse cautelosamente y cogió de la pared un revólver cargado que tenía allí su marido.

Armada de valor y de buena voluntad, colocó el caño del arma sobre una de las sienes del anciano y disparó.

La extraordinaria sencillez de la aventura la llenó de asombro.

No se oyó más que una detonación muy débil. El anciano apenas se estremeció y no tardó medio minuto en morir

Eduvigis contempló su cadáver sin remordimiento alguno y con la mayor serenidad del mundo.

Después se entristeció ante la idea de que estaba en el caso de hacer otro tanto consigo misma.

Muerto su marido, podría ser feliz y asistir a las bodas de su hijo. Pero no era posible pensar en eso.

Eduvigis no podía arriesgarse a dar lugar a un proceso que perjudicaría a su hijo y probablemente daría al traste con el matrimonio proyectado, mientras que si los encontraban muertos a los dos, nadie tendría nada que decir.

—¡Si al menos pudiera darle el último abrazo! — exclamó la desolada madre.

Pero tampoco era posible pensar en ello. Y hasta había necesidad de morir sin pérdida de tiempo, porque después de todo, alguien podía haber oído la detonación y llamar a la puerta.

La anciana volvió a acortarse al lado de su difunto marido, después de lanzar un profundo suspiro, apoyó el arma contra su frente.

Y dispuso del tiempo preciso para arrojarla sobre el pavimento.

EL PERRO Y EL CONEJO

(FÁBULA)

César, perro de muestra, así le llama
La fama; pero, lleno de amor propio,
Menos mérito tuvo que fama.

Un día, sorprendido en la carrera,
Un conejo infeliz, huésped forzado
Se vió de la perrera.
—¡ Ríndete a mí ! — le dijo el can airado
Con una voz de trueno
Que hizo temblar el monte y el vallado.
Yo soy César, y lleno
El mundo con mi nombre.

Al oirle el gazapo,
Encomendando el alma pecadora
A Júpiter Tonante,
Le dijo con acento vacilante:
—Poderoso señor, ¿ cuál es mi suerte
Si a tu poder me rindo?
—La muerte. — ¡ Desgraciado !
¿Y si huyera? — ¡ La muerte !
Replicó el roedor: Si de igual modo
A igual suplicio quedo sentenciado,
De tu piedad espero
Benéfico perdón; salve la vida,
Puesto que huir no quiero.

Huyó al hablar así, cómo un "valiente";
Acaso de Catón merecería
La crítica: yo digo
Que obró muy cuerdamente,
Porque del cazador la puntería
Tuvo un pequeño yerro:
Enfilando al conejo, mató al perro.
Nuestro buen La Fontaine acaso siga
Esta moral sin duda:
"Dios, si te ayuda, te dará su ayuda".
Y tiene hasta razón el que esto diga.

NAPOLEON I

Los intelectuales en Mar del Plata

El doctor Manuel María Oliver formula interesantes declaraciones sobre la ciudad balnearia.

Mar del Plata es por excelencia la Meca argentina donde convergen en la estación estival infinidad de caravanas de los más variados aspectos. La República tiene volcada en la llamada ciudad azul sus representantes dilectos. Cada provincia argentina se halla en distinto conjunto de personas distinguidas que aquí como en un congreso enorme, singular, único, acerca los corazones y estrecha los sentimientos de la gran familia nacional.

En la Rambla nos encontramos con una figura familiar de Mar del Plata; el doctor Manuel María Oliver, profundo psicólogo, talentoso escritor, periodista notable, al decir de Blasco Ibañez, y poderoso propulsor del progreso moral de la maravillosa ciudad. . . . .

El fotógrafo enfoca. El doctor Oliver, que va acompañado de su esposa la señora Adela Lojo Salgado, dignísima dama, sonríe, con esa sonrisa buena, transparente que ha sido su divisa perenne e inconfundible y con la que ha pulverizado a los nefastos y levantado a los débiles caídos en la lucha.

—¿Cómo encuentra a Mar del Plata?

—Muy bien; esta maravillosa ciudad se ha democratizado en tal forma que hoy, y no es exageración, ricos, medianos y pobres pueden disfrutar de sus encantos. La Colonia de Vacaciones de Niños Débiles con su estadía en esta y asunto del cual me ocupé en "La Razón", marca un sonado acontecimiento de este año. Pocas veces emocionó tanto mi espíritu argentino y de educador como cuando contemplé el bello espectáculo de esas pequeñas naturalezas, tonificarse, revivir espléndidamente con el aire purísimo de la playa. Es en realidad una lástima que un centro tan importante se despueble despiadamente en otoño, estación en que Mar del Plata ostenta atractivos de la naturaleza iguales y quizás mayores que en la temporada oficial.

Le recordamos sus preocupaciones y desvelos por el adelanto de la ciudad, durante su actuación pública en la provincia, como secretario de la gobernación en los períodos del general Arias y el Coronel de la Serna.

—Llegué a visitar por primera vez esto en mi primera juventud. Es necesario recordar con justicia la memoria del gran estadista Pellegrini colaborador eficiente y sincero que bregó por el embellecimiento y adelanto de lo que llegaría a ser como ustedes ven el orgullo de Sud-América, de la Nación y el vigoroso corazón donde palpita en los meses de descanso, con formidable diastóle y sístole el alma argentina con sus más elevadas exquisiteces.

—¿Escribe usted mucho aquí?

—Mucho. Es para mí un amplio campo de observación, un gabinete experimental, donde recojo impresiones que luego utilizo en mis comentarios.

—Muy enjundiosos por cierto...

—Trato de ajustarme a lo real, ser exacto; saco consecuencias estando frente al sujeto, anhelando extirpar lo que es gangrena, e inoculando ironía como una terapéutica de efectos inmediatos para que se desarrugue el entrecejo y las gentes sonrían a la vida.



Doctor Manuel María Oliver y su esposa, señora Adela Lojo Salgado.

—Este es el mes que empieza la emigración marplatense.

—Sí, el mes que aprovechan los ingleses, seres que no transan con modalidades antípodas de las suyas y cuyo clásico "humour" es digno de ser considerado. Ya ven ustedes lo que ha ocurrido con el Golf: los ingleses, flemáticos, no pudiendo resistir la empalagosa presencia de snobs, nuevos ricos e hijos del país que no han entrado en lastre en materia de sociabilidad turística y veraniega, se fueron de él. Y mientras lo que ellos conceptúan importunos permanezcan allí, no concurrirán, a la espera, seguramente, de fin de temporada, cuando se les brinde la magnífica soledad ansiada para jugar con pasión al noble juego y fumando una pipa llena de Virginia legítimo extasiarse en la contemplación del infinito mar.

Citamos sus iniciativas tan bien recibidas por la opinión, la cración del colegio nacional, su presidencia del Club de Regatas Mar del Plata, su creciente actividad por el beneficio de la ciudad atlántica. Pero el doctor Oliver trata de eludir la mención de su obra. Ha luchado por el país entero desde los catorce años, labrando en todas partes el progreso, y su modestia ejemplar, impide que se le haga justicia como se merece.

—Ven ustedes que hermoso espectáculo es el mar.

Miramos hacia el piélago gigantesco y observamos las magníficas tonalidades que adquiere influenciado por los rayos solares.

—No hay pincel capaz de reproducir fielmente esos colores de ensueño.

Saludos, voces amigas, apretones de manos; la sociedad de Mar del Plata respeta y quiere hondamente al doctor Oliver y a su señora, sobresaliente personalidad femenina por sus excepcionales condiciones de caracter y privilegiada inteligencia. Comprendemos que ya hemos abusado bastante de la peculiar gentileza del entrevistado y nos apresuramos a finiquitar la conversación.

—Saluden ustedes por intermedio de *Fray Mocho*, en mi nombre, a sus lectores y no olviden de decir que conservo en mi corazón el recuerdo de ese estupendo escritor que se llamó José S. Alvarez, cuyo espíritu está sintetizado en su glorioso seudónimo, *Fray Mocho*.

Roque Cepeda Veron.

Un papel de lucimiento

Por Andrés Mycho

Agenor Terval, actor dramático sin contrata, se encontró un día a su compañero Candry, el cual le dijo con gran interés:

—Si no tienes ahora trabajo ven a verme al teatro de Pompadour, del que soy representante. Yo no te he visto nunca representar, pero tengo algo que te convendría.

Y al decir esto Candry miraba con gran atención a Terval.

—¡Lo que vale — se dijo Terval con orgullo — tener un físico a la altura de un buen papel!

Este físico, sin embargo, no tenía nada de ventajoso para su dueño. Los ojos de Terval eran muy pequeños, su nariz demasiado larga; su barbilla, prominente; sus mejillas, hundidas; los pómulos, muy salientes, y su frente, deprimida. Pero si alguien hubiese dicho a Terval que era feo, no sólo le hubiera indignado, sino sorprendido, pues se creía de buena fe un chico guapo.

Al día siguiente se presentó en el teatro de Pompadour. Candry condujo inmediatamente a Terval al despacho del empresario, un hombre gordo y solemne, sentado ante una mesa abarrotada de papelotes.

—Patrón — dijo Candry —. Este es el compañero de que le hablé para nuestra próxima revista.

—Siéntese — dijo el director a Terval, señalándole una silla frente a su mesa. Y gritó:

—¡Carbonel! ¡Carbonel! ¡Venga en seguida!

Candry se sentó a la derecha del empresario, y poco después entraba un tercer personaje, que tomó asiento a la izquierda del patrón. Era el director de escena.

Terval, muy itimidado, creía estar ante un Tribunal de justicia; impresión que aumentaba al verse contemplado larga, fría y silenciosamente por aquellos tres hombres.

Después de medio minuto, el empresario interrogó al asesor de la derecha.

—¿Y bien?

—Ya le he dicho lo que pensaba — contestó Candry —. Y cuanto más lo miro más me convenzo de que es el hombre que necesitamos para hacer el papel.

Estas palabras tranquilizaron a Terval, que lanzó a Candry una sonrisa de agradecimiento.

—¿Y usted, Carbonell?—preguntó el empresario inclinándose a la izquierda.

—Opino lo mismo que Candry. ¿Y usted, patrón?

—Yo lo encuentro asombroso.

—Creo que me contratan — se dijo Terval.

—Queda la cuestión de sueldo — añadió el empresario —. Le ofrezco a usted cuatrocientos francos.

—¿Cuatrocientos francos? — contestó Terval espantado —. ¡Pero eso no llega a quince francos por función!

—Es posible. ¿Pero no le ha dicho Candry el papel que tiene que desempeñar? Tenga usted en cuenta que es un papel mudo.

—¿Un comparsa? — preguntó Terval con la misma indignación que si estuviera acostumbrado a hacer sólo papeles de protagonista.

—¿Quién habla de comparsa? Al contrario, va usted a interpretar el papel de efecto de nuestra revista, que se titula: ¡Caramba! ¡Un mono!

—Y el mono serás tú — añadió Candry.

—¡Hermoso papel! — suspiró el director de escena.

—¡Un papel magnífico! — exclamó el empresario.

—Vas a tener un éxito loco — añadió Candry.

—Acepto — dijo Terval, seducido con la esperanza de un éxito —. Pero debo decirles que no valía la pena de contratar a un actor como yo para salir a escena con una careta.

—¿Cómo una careta? — dijo el director —. ¡Usted representará su papel con su misma cara!

Al oír esto, Terval, humillado y furioso, salió del despacho sin despedirse.

Y a raíz de este contratiempo fué cuando abandonó la carrera artística para entrar en un establecimiento de pompas fúnebres.

Curiosidades

Las plantas verdes de los acuarios desprenden oxígeno en el agua y este oxígeno es el que los peces que hay en ellos respiran.

* * *

En las bodas que se verifican en Oriente, muchas mujeres llevan todavía la cara cubierta con un velo, y el marido no ve el rostro de la novia hasta después de la ceremonia.

* * *

La asociación de productores de nueces de California, para evitar que sus producots puedan ser mezclados con otros, utilizan una máquina marcadora. Esta puede marcar 1.000 nueces por minuto con un gasto insignificante.

* * *

En los tiempos actuales colocamos símbolos de muerte sobre nuestras puertas. Los antiguos anunciaban los nacimientos en la misma forma. En Grecia, una rama de olivo colocada en el exterior de la puerta, indicaba que el recíen nacido era niño, y un listón de madera que era niña.

* * *

En la exposición americana del Gran Palacio Central se exhibió una máquina, por medio de la cual, el paciente mismo puede modificar su talla en uno u otro sentido, mediante unos cojinetes eléctricos que actuan sobre la espina dorsal del paciente.

* * *

Casi todas las obras estrenadas en los teatros de París durante el pasado año, han sido escritas por autores de menos de treinta años.

* * *

Existe una variedad de arañas acuáticas que pueden atravesar una extensión líquida, valiéndose de unos flotadores neumáticos que tienen en las patas.

* * *

Desde 1830 hasta después de la guerra civil, los veleros yanquis llevaban hielo de Boston a la India. Al descubrirse los métodos de refrigeración artificial, esta clase de comercio desapareció.

* * *

La elefanta cuida a su hijo hasta los veinticinco meses, y después el jóven paquidermo tarda veinticuatro años en adquirir su talla adulta, y hasta este tiempo se cría muy delicado:

Todos los que se han querido criar artificialmente han perecido; más delicados que la especie humana en sus primeros años, nada puede reemplazarles la leche materna.

* * *

La luz de un arco voltaico produce una sombra de líneas definidas, mientras que la luz del sol produce una sombra difundida. Esto es debido a que la primera se produce prácticamente desde un punto y la segunda desde un gran cuerpo.

* * *

La fortaleza de San Pedro y San Pablo, de Leningrado, célebre prisión del tiempo de los zares, se ha convertido en un museo histórico.

* * *

Recientemente fué obstaculizado el tráfico de un ferrocarril sudafricano porque un tanque que contenía melaza iba soltando ésta, "engrasando" los rieles y hacía imposible la marcha de la máquina.

* * *

China consume más cohetes en un año que ninguna otra nación. Los emplean con motivo de actos sociales, religiosos y militares, y también con ocasión de funerales y nacimientos.

* * *

Se calcula en treinta años el tiempo necesario para reconstruir la catedral de Reims.

Los mineros de las explotaciones de azogue pierden la dentadura en pocos años.

* * *

El trigo es el grano de mayor cosecha en el mundo; el maíz es el segundo y el arroz es el tercero. Los Estados Unidos producen el 20 por ciento de la cosecha de trigo; el 75 por ciento de la de maíz y el 1 por ciento de la de arroz.

* * *

En los últimos seis años los ladrones han robado del servicio postal de los Estados Unidos, aproximadamente 50.000.000 de dólares.

* * *

Uno de los más valiosos documentos que se conservan en Somerset House es el testamento de Shakespeare.

En Inglaterra se han intentado varias veces aprovechar la tumba como reclamo; pero las autoridades no lo han permitido. La viuda de un fabricante de específicos quiso elevar una especie de monumento funerario con el relato detallado del descubrimiento de cierto medicamento que constituía el principal negocio del difunto, y llegó a esculpirse en mármol; pero no pudo conseguir el permiso para ponerlo.

* * *

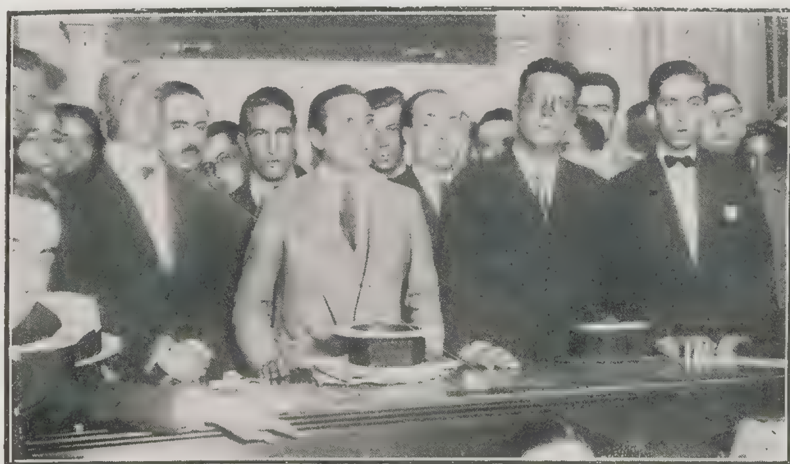
Hay dos industrias cuyo secreto está tan bien guardado por sus posesores que parece que no hay probabilidad de que trasciendan al vulgo Uno de ellos es de origen chino y se refiere a la fabricación del bermellón y el otro de origen turco es el de la incrustación en el acero más duro de plata y oro.

Centenario de la muerte de Beethoven

Por iniciativa de la Asociación del Profesorado Orquestal realizóse en la iglesia metropolitana un solemne funeral en memoria del insigne compositor Luis María von Beethoven, con motivo del centenario de su fallecimiento. El ministro de Alemania señor Gneist, que presidió el acto, acompañado de monseñor Fortunato Devoto, saliendo de la catedral después de la ceremonia



Asamblea de los estudiantes de medicina





Convocada por el Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina realizóse la asamblea de los alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas como consecuencia de la cual, la Federación Universitaria de Buenos Aires, resolvió la abstención a clase de todas las Facultades, por el término de 48 horas. A la izquierda: el presidente del Centro de Estudiantes de Medicina, haciendo uso de la palabra. A la derecha: vista parcial de los asambleístas

Colegio de la Santísima Virgen Niña, de Villa del Parque





Con asistencia del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro tuvo lugar la ceremonia de la bendición de las salas dormitorios y aulas para clases recientemente construidas en dicho establecimiento educacional. A la izquierda: el arzobispo acompañado de monseñor Devoto, señor Mayorgi, señora de Ruisomando, superiora madre R. Bernasconi, R. P. V. Rigoni y señor Biaggio. A la derecha: las niñas del colegio durante el acto.

Carrera ciclista de medio fondo por el campeonato rioplatense



Los competidores argentinos y uruguayos llegando a la meta, al final de la carrera.



El ganador del campeonato Antonio Malvasi, argentino, llevado en andas después del triunfo.

LAS REGATAS INTERNACIONALES REALIZADAS EN EL TIGRE



F. Landa, J. Vernazzano, H. V. León, C. Rhese, L. L. Iturrieta, J. B. Piaggi, C. A. Murillo, J. L. Godio, y L. A. Necchi, del Club, Hispano Argentino, ganadores de la sexta carrera



J. Barral, F. F. González, J. A. Fernández, P. Vaccario y L. A. Necchi, del Club Hispano Argentino, que triunfaron en la cuarta prueba.



Juan W. Behreusen, del Rowing Club, ganador del "Senior single scull"



Un aspecto del río Luján, mientras se realizaban las pruebas



Clemente Carri y Antonio Giorgio, del Rowing Club, vencedores en el premio "Bucintoro"

"LA REVUE DE LA DANSE"



Un detalle de "La Revue de la Danse", espectáculo recientemente estrenado, con éxito, por el elenco que actúa en el Teatro Casino

VIDA JUDICIAL



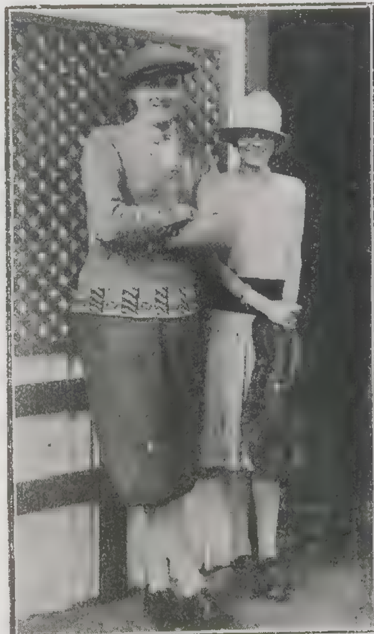
Señor Emilio Urtizberea, Comisario del Palacio de Justicia. (Caricatura de Ferrari).



MARPLATENSES


Señorita de Madero y señor José Demaría Soules


Familia de Kaiser


Señorita Sara Madero Unzué y señor Maneco Demaría


Señores A. Galli, el pintor vasco Bicandi y Federico Perea


Señoritas de Olivari y Ezcurra


Señorita de Masty y de Gueret





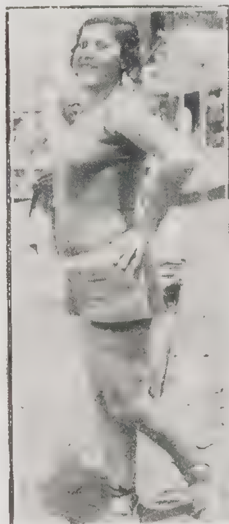




Una estupenda representación del elemento femenino bañista.

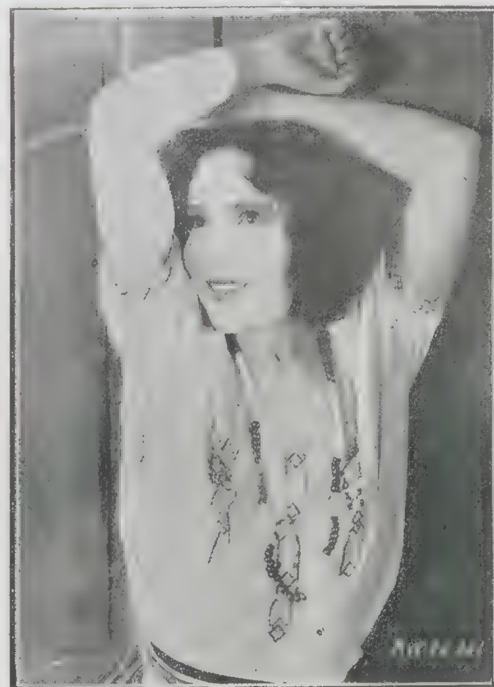
Fots. Bonnin e Iris







ACTUALIDADES CINEMATOGRÁFICAS







Dolores del Río y Víctor Mac Laglen, en tres distintas escenas de la notable película Fox "El precio de la gloria", super extraordinaria con la cual esta casa ha abierto su temporada.





Belle Bennet en una escena de "Stella Dallas" o "Madre y Mártir", la famosa creación de H. King, que Artistas Unidos estrenará este mes



Richard Talmadge y su "leading lady" Ena Gregory, en "A casa de nobles" film que la New York exibe desde el domingo.



... que aparece en el film "El rey de Jauja", que la Universal está exhibiendo.



Escena de "Más sueldo, menos trabajo" que la Fox estrenará pasado mañana



Viola Dana en "El amor de Ketty", film que la General estrenó el domingo.



El enano Little Billy (Pulgarcito) es la nena de "Vaya una chiquilla", cómica cinta que la Universal estrenará el jueves próximo



Elena Dumbal y José Schildkraut en "Le presento al Príncipe", que Glücksmann estrenó el viernes.



Theda Bara tal como reaparece en "Madame Mystery" que está exhibiendo la General.



Sandra Milhovanoff en el rol de Fantine de la nueva versión de "Los Miserables" que Glücksmann exhibe con tanto éxito (2o. y 3er. epis.)



SOCIALES



La señorita Mercedes Jacobé y el señor Rafael Cullen, después de la bendición de su enlace.



Señorita María Arminda Bianco, cuyos desposorios con el señor Pedro Casado, se realizaron el día primero del corriente mes.



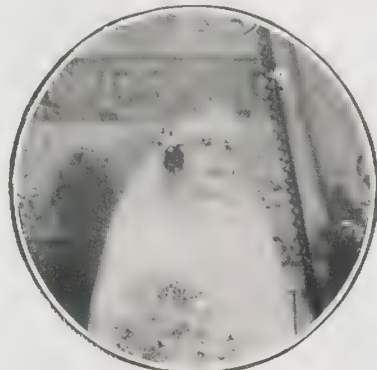
Enlace de la señorita María del Carmen Ford con el señor Juan Francisco Dillon.



Señorita María Rosa Sassi, recientemente desposada con el señor Carlos Bonifacini







Señorita Angélica Cánepa que contrajo matrimonio con el señor Luis Alfredo Cánepa



La señorita Emilia Rodríguez Remy y el arquitecto, señor Julio Vago después de la ceremonia nupcial.



La señorita Julia Giacosa y el señor Casiano L. Cremona cuyo enlace se realizó ultimamente

GENTE MENUDA





Luis Claudio Saracco Raimondo



Generosa Sánchez



Roberto R. Molteni Jacomelli

María Elena Visconti

Después de cuatro siglos de contienda jurídica, salpicada de trágicos incidentes, se resuelve el famoso pleito de la aldea de San Nicolás, en Canarias. — El gobierno español, con aplauso unánime del país, falla el litigio en favor de los aldeanos, evitando un inicuo despojo.



El ministro de Gracia y Justicia, don Galo Ponte (1); acompañado del gerente de la Compañía de Correos Interinsulares don Emilio Ley Arata (2) y del capitán del vapor "Palma", señor Mora (3)

Las notas gráficas de actualidad en Canarias que acompañan a estas líneas, tienen, en la presente ocasión, un elevado interés público en España. La visita del Ministro de Gracia y Justicia a este Archipiélago, con amplios poderes del gobierno, obedeció, principalmente, a la sentida necesidad de solucionar el pleito de la Aldea de San Nicolás, en la isla de Gran Canaria.

Las persecuciones y los despojos de que los llamados propietarios de la aldea han venido haciendo víctima a sus vecinos, durante tantos lustros, tuvieron, en estos últimos meses, una culminación trágica.

Arrancan los derechos de los pretendidos propietarios de una falsa inscripción en el Registro de la Propiedad obtenida, con apoyo de sus influencias, por el Marqués de Villanueva del Prado; quien también logró de su hermano político, a la sazón Gobernador Civil de Canarias, la destitución del Ayuntamiento de la Aldea, que sustituyó con los deudos y servidores del Marqués. La nueva autoridad local, siguiendo las inspiraciones de su amo y señor, incendió, en complicidad con el Secretario, el Archivo de la Municipalidad, destruyendo así los únicos elementos probatorios de que disponían los aldeanos para impugnar de falsa la inscripción obtenida por el Marqués. El secretario fué asesinado.

Con todo eso, el propietario, no tenía el pleno dominio de la tierra, sino la mitad de los frutos o productos obtenidos, a condición de facilitar a los aldeanos semillas, instrumentos, abonos, caballerías y aperos de labranza.

Por sucesivas trasmisiones de este derecho restringido, conocido por el nombre de "medias perpetuas", llegó la finca de la Aldea a manos de un trust, donde no faltaban ciertos elementos que habían hecho traición a la causa de los aldeanos. Y este trust, egoísta y sin escrúpulos, acudió a los Tribunales, y poco a poco, fué obteniendo el desahucio de los aldeanos y la entrega de las tierras, reduciéndolos a la más espantosa miseria.

En cada uno de estos actos de despojo, se sucedían las escenas de violencia. De una parte, el pueblo en masa, apoyaba al aldeano despojado y, de otra, los fusiles de la Guardia Civil imponían el mandato de los Tribunales de Justicia.

Todos estos hechos, llegaron a conocimiento del Gobierno, reflejados en actas notoriales, quien, comprendiendo que no se trataba simplemente de una cuestión de Derecho privado, sino que se sale de él, porque el pleito de la Aldea no es un simple litigio de partes, ni es tampoco un asunto de interés local, sino que por interesar tan vivamente a la sociedad y arrastrar la atención de la Nación, entra en los cauces del Derecho público y exige la intervención del Gobierno, comisionó al Ministro de Gracia y Justicia, prestigioso funcionario de la carrera judicial, para dar solución a este asunto.

Y el Ministro, recogiendo la voz del pueblo, reflejada admirablemente en el Memorial de Fray Lesco, ha dicho clara y diafanamente: — "El poder público no puede tolerar los desmedidos egoísmos de los propietarios; la "Gaceta de Madrid" sabrá amparar a los aldeanos."

J. del J. Franco.

Las Palmas, marzo de 1927.



El ministro y el alcalde de la aldea de San Nicolás, dirigiéndose, en camello, hacia el valle en litigio.



El vecindario de la aldea de San Nicolás esperando la llegada del miembro del gobierno español.



La comitiva, encabezada por el ministro en marcha hacia la aldea de San Nicolás
Fotografías del señor Maisch especialmente tomadas para "Fray Mocho"



De Miramar



Familia de Sampayo.



Señorita Elena Lubier



Senador nacional, doctor Armando G. Antille y señora.



Familia del señor Jesús García de la Riva





Señor Víctor Candelon y familia

De Alta Gracia



Señor Angel Adán y señora



Señora Amanda P. de Flesca, sus hijitas Blanca Nelly y María Rosa y señorita Amalia R. Flesca.



Señor José Morera y señora



Señora de J. P. Young



Señores Luís Delfo Castagnino, ingeniero Eugenio Recagno y doctor Guido Castagnino y señoras



Señorita Dolly Lagos

HILDA

Por Eugenio de Ochoa

Hay en la orilla izquierda del Rhin una fortaleza de piedra de que era señor hace trescientos años un barón muy poderoso. Tenía este barón una hija de diez y seis abriles. Hablando de ella, decía en la crónica que escribió de aquella época el capellán del castillo, hombre ya asaz contaminado con las nuevas doctrinas de Lutero, estas palabras: 'La condesa Hilda es una viva imágen de su madre, la baronesa Matilde, que pasaba por la mujer más hermosa del imperio; sus ojos son del color del cielo en una mañana de primavera: su rostro delicado tiene la palidez de la luna; en su cabello, de un color rubio ceniciento, brillan reflejos argentinos cuando los hiere la luz del sol; su cuerpo es tan airoso y flexible como una palma oriental. Hay además en toda su persona un no sé qué de aéreo e ideal, que revela una celeste naturaleza. Tal es la condesa Hilda, hija única del barón Steinlonberg'.

No es extraño, pues, siendo tan perfecta Hilda, que estuviera su padre tan orgulloso con ella, y que la destinara allá en su mente a los más brillantes partidos. Cuando la veía el anciano barón, en los escasos momentos que le dejaba libre la costumbre feudal de vivir en perpetua guerra con sus vecinos, arrodillada al pie de un crucifijo, cruzadas las manos sobre el pecho y los ojos húmedos de lágrimas, pedir al cielo que conservara la vida de su padre y rezar con fervor por por su difunta madre; cuando la oía cantar con una voz tan dulce como la de los ángeles, inclinada como una azucena sobre su arpa de ébano, las dulces baladas tirolesas, o la veía descifrar con una paciencia benedictina, para disipar los cuidados que anublaban la frente del poderoso barón, las crónicas de sus antecesores manuscritos en iluminados pergaminos; cuando consideraba, en fin, que aquella delicada flor, aquel arcángel de luz era el solo consuelo de su ancianidad, la única criatura que sabía con una sonrisa o una mirada de amor despejar su frente sombría como un cielo de invierno, entonces se la hubiera negado aún al mismo emperador de Alemania.

Al emperador de Alemania tampoco le hubiera dado Hilda su mano voluntariamente, y en esto a lo menos era de la misma opinión que su padre. Pero la hermosa niña amaba ya con aquella ternura inefable con que se ama a los diez y seis años, y cuando lo supo el barón penetró en su alma la más profunda amargura. Hasta entonces el había sido el único objeto de los pensamientos de Hilda, el único ser por quien alguna vez se había despertado sobresaltado en medio de la noche. Cuando conoció al que amaba su hija, sintió hacia él un odio implacable, y le maldijo en el fondo de su corazón.

Arturo, sin embargo, no era digno de ser aborrecido; Hilda le hacía más justicia amándole con toda su alma. Era este uno de aquellos jóvenes, blanco como la nieve, apasionados y novelescos, de que tanto abunda la novelesca Alemania; uno de aquellos seres sublimes y melancólicos, cuyo tipo se encuentra en Schiller y en Mozart, especie de ángeles desterrados del cielo, condenados, por una injusta fatalidad, a vivir entre los hombres. tal era el joven Arturo.

Así que inútil será decir cuanto se amaban Hilda y Arturo; sus almas se comprendían como dos hermanas gemelas, y hasta cierto punto formaban parte la una de la otra. Separarlas hubiera sido destruirlas, hubiera sido cortar el lirio de su tallo, arrancar al laúd sus cuerdas sonoras. Sus dos almas unidas formaban una misteriosa armonía; su amor era una predestinación, un efecto del irresistible influjo de las estrellas.

Estaba el cielo cubierto de nubes; algunos relámpagos amarillentos desgarraban de cuando en cuando su negro velo; un viento agudo y sonoro sacudía las altas ramas de los pinos, gigantes embozados en sus capas de escarcha. El reloj de un monasterio vecino acababa de dar las seis de la tarde, cuando atravesaba Arturo un bosque contiguo a la morada del soberbio barón. Caminaba el joven a muy buen paso, pero volviendo atrás la cabeza continuamente y parándose para percibir el menor ruido; la palidez natural de su rostro estaba entonces aumentada por el temor supersticioso que le causaba la soledad de aquellos sitios.

¡Triste soledad! — Arturo no temía hallarse con una partida de salteadores, ni ver de repente brillar sobre su pecho el puñal de un asesino; no temía extraviarse en aquel laberinto de árboles que tan perfectamente conocía; la próxima tempestad solo le causaba un leve sobresalto, y, sin embargo, su corazón latía apresurado como el de un ruiseñor cautivo entre las manos de un niño.

Porque cada árbol cubierto de nieve que veía a lo lejos le parecía un fantasma evocado de su sepulcro; a cada golpe que le daban al andar las ramas de los arbutos, creía sentir sobre su cuerpo la mano helada de algún duende. Y no extraño que así fuera: Arturo vivía en el siglo XVI, siglo de candor y de fe, de supersticiones y de creencias. Iba, pues, andando Arturo con no poco miedo, cuando llegó éste en su corazón al más alto punto, al ver brillar entre las ramas, a la repentina luz de un relámpago, un bulto metálico que despedía reflejos de color de sangre.

Entonces toda la suya se heló en las venas y quedó inmóvil, sin que le fuera posible dar un paso ni adelante, ni atrás; los reflejos azules de sus cabellos negros como el azabache se veían cubiertos de un sudor casi cuajado. La obscuridad crecía por instantes, y con ella el rumor del viento que arreciaba; volvió a herir la luz de un relámpago en el bulto metálico, y Arturo se estremeció de nuevo hasta la médula de sus huesos, porque en efecto era supersticioso y débil como una mujer .

No le era posible seguir adelante, y sin embargo, sabía que Hilda, le aguardaba en su ventana, desde la cual le había prometido hablarle aquella noche por estar ausente su padre. Se lo había prometido en una carta que, confiada a un mensajero infiel, llegó primero a manos del barón de Steinlonberg que a las de Arturo. Este, por fin, se resuelve a seguir adelante; después de haberse encomendado a la Virgen María con todo fervor, arrodillado sobre la hierba encanecida por la escarcha, sigue su camino hacia el castillo, cuyas altas almenas se desprendían apenas a lo lejos del fondo adusto del horizonte.

Sus labios pronunciaban el dulce nombre de Hilda; el sobresalto le hacía volver la vista atrás a cada instante, y apenas podían sostenerlo sus rodillas.

Cada vez que algún relámpago le descubría el objeto de su terror, cerraba los ojos como un hombre que conoce el peligro y se resuelve a no oponer resistencia. Al cabo de pocos momentos, al volver una senda, vió delante de sí, tan cerca que podía alcanzarle con la mano, un guerrero armado de punta en blanco: este guerrero era el barón de Steinlonberg.

—¿A dónde vas? — le dijo con voz tan bronca y destemplada que Arturo creyó oír junto a sí la explosión de un arma de fuego. ¡Imprudente! ¡Pensabas poder arrebatar a un anciano el único consuelo de su vida!... ¡Oh! ¡Maldición sobre ti! — Apenas oyó estas palabras, sintió el desgraciado joven entrar en su pecho la punta helada de un puñal, y cayó al suelo como una flor arrancada por el huracán; un instante después exhaló el último suspiro, con un sonido tan tenue y fugitivo como el que forma resbalando sobre las cuerdas del arpa una mano moribunda. Caía la lluvia a torrentes, y apenas tocó el suelo el cadáver de Arturo, le arrebató en sus aguas un arroyo desprendido de la más cercana colina... Entonces tembló a su vez el soberbio barón; un terror supersticioso embotó por un momento todas las potencias de su alma.

En la noche de aquel mismo día, estaba el padre de Hilda en un salón del castillo, acompañado del capellán cronista, que con una voz lenta y monótona iba leyendo en alta voz las sublimes palabras de la Biblia; heréticamente vertida en lengua vulgar. Ardía una encina entera en la inmensa chimenea de la estancia, y la lámpara de hierro que pendía del techo, bañaba las paredes y los trofeos que le adornaban con una luz macilenta.

Frontero al sitial que ocupaba junto a la chimenea el padre de Hilda había un sitial vacío,. Entreabrió el barón los ojos al cabo de una hora de sueño, y no sería fácil decir lo que sintió, al ver delante de sí, sentado en el sitial frontero al suyo, un guerrero vestido de

armas negras, estrechando entre sus brazos a la hermosa Hilda, y al oír los nombres de ¡Arturo! ¡Hilda! suspirados con amor por aquellos dos jóvenes enamorados. Al mismo tiempo resonaban en los oídos del barón estas palabras de la escritura, pronunciadas lentamente por la voz severa del capelián: "Y el señor le dijo: Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita desde la tierra hasta mí. Por lo cual ahora serás maldito en esta tierra que ha abierto su boca para tragar la sangre de tu hermano derramada por tí".

Es el caso que todo esto debía ser una ilusión de aquel padre celoso, porque Hilda entretanto estaba sola en su estancia, tendiendo la vista por el balcón abierto sobre el espeso bosque, que hasta donde podía alcanzar la vista rodeaba el castillo. Apoyada la frente en la palma de la mano, cargados los ojos de ternura y de anhelo, llena su alma de inquietud, esperaba a su Arturo la dulce niña, sin saber a quien atribuir aquella tardanza.

Muchos motivos tenía Hilda para estar inquieta; pero era el mayor de todos saber que debían estar prontos a entrar en campaña para el día siguiente todos los vasallos en edad de tomar las armas, dependientes de aquella gran baronía; su señor feudal lo había exigido así para terminar de una vez sus contiendas con otro barón no menos inquieto y belicoso que él. Arturo era vasallo del padre de Hilda, no porque hubiera nacido en sus dominios antes bien, nadie sabía quienes eran sus padres, ni cómo o cuándo se habían establecido en aquellas cercanías; pero se hallaba en ellas, estaba en edad de tomar las armas, y fuese noble o villano, cosa que nadie sabía tampoco, era menester que al día siguiente, al primer toque de los clarines, estuviese formado con los demás vasallos delante del castillo, bajo las banderas feudales del barón de Steinlonberg.

A la tempestad de la tarde había sucedido una de aquellas noches blancas y frías que tan generales son en los países del norte; parecía que la bóveda celeste reflejaba el color de un suelo cubierto de nieve. Más de una hora hacía ya que estaba Hilda en su balcón, sumergida en mil vagas ideas, cuando vió a lo lejos acercarse al castillo con toda velocidad un bulto negro, que luego distinguió ser un hombre y un caballo que a toda carrera se adelantaban. Estaba el hombre cubierto de armas negras, y era el caballo del mismo color del caballero. En su gallardo porte, en la gracia de sus movimientos reconoció al joven Arturo; pocos instantes después una escala de seda reunió a los dos afortunados amantes. El caballo quedó atado a una argolla debajo del balcón de la doncella, golpeando las guijas del suelo con su ferrado casco.

Creyó Hilda hallarse bajo la influencia de un sueño, cuando de repente, sin acordarse de haber salido del castillo, se halló sentada a la grupa del caballo negro que montaba Arturo, y sintió sobre su cintura la presión de una mano cubierta de hierro que fuertemente la sujetaba; esta mano era la de Arturo. El y su amada cruzaban a caballo con la rapidez del relámpago colinas y selvas, y llanuras inmensas, acercándose más y más a un horizonte obscurísimo donde serpeaban en rápida vislumbre algunas ráfagas de luz. El cielo por lo demás estaba, como antes, puro, blanco y sereno; pero la pobre Hilda se hallaba en una angustia inexpicable; pálida como la muerte, los ojos desencajados, seca y fría, los cabellos erizados, violentamente oprimida su linda boca con ambos puños cerrados, temblaba la hermosa niña en los brazos de aquel misterioso espectro como la tímida gacela entre las garras del tigre...

Después de haber andado dos horas por lo menos, llegaron Hilda y Arturo a la entrada de una gruta; bañaba la atmósfera una media luz semejante al último crepúsculo de la tarde. Apeóse el caballero de las armas negras, y con gentil cortesía, puesta una rodilla en tierra y la otra doblada a guisa de estribo, ofreció su mano a Hilda y la ayudó a apearse del negro corcel.

Estaban los dos jóvenes a la entrada de la gruta, Hilda palpitando aún de terror, Arturo grave e inmóvil como una estatua de bronce. — Hilda, Hilda — dijo este con una voz tan triste y cavernosa que parecía salir de un subterráneo. — ¡vamos a separarnos para siempre' — Dame tu mano, Hilda, — deja que estampe mis labios en los tuyos.

Y quitándose la manopla de la diestra, presentó a su amada los dedos largos y nudosos de una mano de esqueleto, — y levantando con la izquierda el casco guerrero, dejó ver el cráneo pelado y la expresión sardónica de una calavera, cuyas huecas facciones, vistas a la luz de la luna, formaban un conjunto verdaderamente espantoso; — aquella calavera movía sus labios de hueso como si quisiera articular algún sonido. Dió entonces el espectro un paso para acercarse a Hilda; pero ésta, lanzando un grito de horror y sacando nuevas fuerzas de aquella sensación profunda, corrió hacia la gruta y penetró en ella, delirante, frenética como penetra en los abismos un criminal, acosada por los espíritus infernales. Pues, sin embargo, aquella sensación tan violenta como rápida, pues familiarizada ya, por ciertos así, con las impresiones sobrenaturales de aquella noche, se recobró pronto y volvió la vista atónita a todos lados para reconocer el sitio en que se hallaba. ¡Cuál fué entonces su admiración! Vió que era aquella un gruta fresca y hermosa, cubierta de algas y conchas marinas, en que se respiraba un ambiente puro como el que refresca en las noches de verano el rostro de las hermosas sobre las aguas de los canales en las góndolas venecianas.

Oyó Hilda a corta distancia los ecos de una dulce armonía, lenta, melancólica y sublime; un concierto de arpas e instrumentos desconocidos unido a la acorde modulación de algunos acentos mujeriles. Era un himno funeral, un canto de muerte lo que tan dulce sonaba; y a la horrible agitación que hasta entonces se había encontrado Hilda, sintió esta suceder en su pecho un sentimiento de lánguida tristeza, inefable y profunda. Continuó adelantándose hacia el sitio de donde salían aquellos sonidos; pero sin duda debía estar muy lejano, o ir retrocediendo lentamente y sin que ella lo advirtiera, porque, aún después de haber andado mucho, siempre se hallaba a igual distancia del término de la gruta. Sentía Hilda una especie de mareo, de aturdimiento; pero ni padecía, ni se sentía desgraciada. Empezó de nuevo a circular la sangre en sus venas, y dos lágrimas de ternura humedecieron sus párpados. Llegó en fin al término deseado y penetró en una estancia cuyas paredes eran tan diáfanas y cristalinas, que no parecía sino que el éter del cielo las circundaba por todas partes. En un lado de aquella estancia vió una escena capaz de conmover un corazón de roca.

Un grupo de mujeres hermosas como serafines, reclinadas sobre arpas de cristal y veladas con blancos cendales y largas cabelleras argentinas, rodeaba un túmulo rodeado de conchas y hierbas, sobre el cual yacía el cadáver de un joven. Una mujer, más hermosa que todas las mujeres, reclinado el cuerpo sobre el cadáver, le miraba con amor, humedecía con el aliento de su boca sus cárdenos labios y la frente pálida del mancebo, derramando al mismo tiempo sobre él un torrente de lágrimas. En el rostro de aquella brillaba la ideal belleza de las ondinas; era una ondina en efecto.

Al ver el espectáculo que tenía delante, sintió Hilda abrirse de nuevo todas las llagas de su corazón, porque en aquel joven muerto reconoció a su desgraciado amante Arturo. En su rostro, privado de vida, reinaba aquella serenidad celeste que tanto le embellecía en tiempos más felices.

—Ven, ven — dijo a Hilda la mujer que lloraba sobre el cuerpo de Arturo; — ven: por tí murió este mi desgraciado hijo. Yo le recogí en mis brazos, porque me hallaba entre las aguas del arroyo junto al cual le asesinó tu inícuo padre. Ven, fatal mujer, ven; contempla tu víctima. ¡Mi víctima! — exclamó Hilda. ¡Oh! ¡no! ¡no! — y diciendo esto voló con los brazos abiertos hacia el fúnebre lecho; pero no bien hubo tocado el frío cadáver, cuando desplomándose a la voz de la ondina la gruta y el lecho, se sintió arrebatada llevando entre sus brazos a su perdido amante por una corriente impetuosa.

Terrible fué la batalla en que el barón de Steinlonberg, resuelto a terminar de una vez sus desavenencias con otro caballero tan poderoso como él, perdió la mayor parte de sus soldados y todas las posesiones de su baronía, excepto el fuerte castillo situado en la orilla izquierda del Rhin. Al fin de la prolija relación de ésta batalla, inserta en la página 542 de la ya citada crónica del capellón, se lee lo siguiente: "Serían las siete de la tarde, cuando el barón perdida ya toda esperanza, se retiró del campo de batalla, seguido de algunos escuderos y del autor de esta crónica, No menos rendido de cansancio que su señor, estaba el hermoso alazán andaluz del barón; tuvo, pues, este que detenerse en un espeso bosque, distante como hasta tres millas de su fortaleza. Sentóse sobre la hierva a la margen de un arroyo y mientras estaba sumergido en sus amargas meditaociones, aumentó de repente la espantosa lluvia que durante todo el día habían estado despidiendo las nubes. La corriente acrecida del arroyo junto al cual descansaba el barón, trajo al cabo de pocos momentos entre sus aguas y depositó a sus pies dos cuerpos abrazados; uno de ellos era el de su hija única, la hermosa Hilda. No fué ya posible ocultarle el terrible secreto que yo sabía ya por acaso, y que hasta entonces había podido guardar. ¡Infeliz!... La noche del día anterior entré en la estancia de la condesa Hilda, pero demasiado tarde por desgracia para evitar su temprana muerte. Aún no había yo pasado el dintel de la puerta, cuando a la claridad de la luna, ví a la hermosa joven precipitarse desde su ventana en un raudal que corría a los piés del castillo, y en cuyas aguas vió la infeliz, que acababa de despertar de un largo y agitado sueño, el cadáver de un joven a quien amaba con toda su alma. Cuando acudí a sacarla de las aguas, a ella y al joven se los había llevado ya la corriente. Oculté esta cruel nueva al barón, esperando siempre que no sería mortal para su hija aquella caída, y tomando las más minuciosas precauciones para descubrir su paradero. ¡Pero todo fué inútil! Cuando volví a verla en el bosque donde estaba su padre ya era cadáver... el desgraciado barón, al verla, perdió enteramente el juicio, y pocos meses después murió de pesadumbre en el castillo de sus mayores".

LA PROMETIDA

Ya el otoño llegó, y aún busco aquella
novia lejana, cuyo cuerpo leve
es un algo de rosas y de nieve
en que embrujada se quedó una estrella;

y aunque no pude ni encontrar su huella
y los inviernos de la vida en breve
escarcharán mi sien, algo me mueve
a seguir caminando en busca de ella.

Más pienso a veces que quizá no existe
y que jamás sobre la tierra triste
podré con ella celebrar mis bodas,
o que este loco afán en que me abraso
la busca en una sola cuando acaso
se halla dispersa y difundida en todas...

EDUARDO CASTILLO

(Con la publicación de esta importante obra, su autor, el distinguido jurisconsulto y publicista, doctor José Bianco, ofrece un valiosísimo aporte al mejor conocimiento de la ilustre personalidad del doctor don Bernardo de Irigoyen, en las diversas fases con que este esclarecido ciudadano se destacara en vida. Por considerarlas verdaderamente interesantes, y ser ésta, la característica, acaso menos conocida del eminente repúblico, transcribimos algunas de las páginas del libro de referencia, donde su autor condensa, en forma de hábil reportaje, trazado con mano maestra, los admirables esfuerzos e iniciativas de "pioneer" de la industria y del comercio, que don Bernardo llevara a cabo durante su laboriosa existencia).

"Don Bernardo de Irigoyen, Estadísta y pioneer. (1822-1906)"

Por José Bianco

EN LA "CHOZA"

Los rasgos fundamentales de la actuación del doctor Irigoyen, sintéticamente esbozados, se entrelazan con sus esfuerzos de *pioneer*, cuyas peripecias de agricultor, ganadero y comerciante — faceta ignorada de su actividad mental y de su fortaleza física — pudieran creerse incompatibles con su proverbial cultura de hombre de salón. En las amenas tertulias de su casa de la calle Florida, cuando su espíritu se expande en el seno de las confidencias íntimas, suele una que otra vez, hacer alusión a sus días de "ruda" labor campestre en el desierto solitario...

—Es una página interesante de su vida — le dijimos una noche en que refería un incidente de sus grandes compras de tierra en la provincia de Santa Fe. — Queda comprometido con nosotros — agregamos — para narrarnos debidamente sus episodios de *pioneer*.

Quizá algún día en la "Choza" — contestó — puede ser que satisfaga sus deseos, aunque mucho me temo que esos recuerdos poco interesen.

Practica la hospitalidad el doctor Irigoyen con patriarcal sencillez. En su estancia de General Rodríguez tiene siempre una habitación disponible para el amigo que llega "sin previo aviso". El dueño de casa sonríe amablemente cuando alguien lo sorprende en traje "rural" revistando sus hermosos planteles de animales puros o contemplando las espléndidas alamedas de su parque.

En nuestras frecuentes visitas a la "Choza", el doctor Irigoyen había retardado complacer nuestro insistente pedido. Pero uno de estos días llegamos "sin previo aviso" y al tendernos cariñosamente la mano:

—Señor don Bernardo — le dijimos — esta vez o nos relata usted sus episodios campestres o nos instalamos en la "Choza" hasta...

—Prefiero lo primeno — nos respondió sonriente, antes de que nosotros termináramos la frase. — No quiero — agregó con fina ironía — hacerme responsable de su estada en el campo.

Momentos después reclamamos la promesa. El noble anciano nos invitó a recorrer las avenidas del parque. Y a la sombra protectora de aquellas alamedas, cuyas plantas tienen cada una su historia que indica una alegría o rememora una tristeza, nos refirió, con la modestia de los grandes y la hidalguía de los fuertes, las peripecias de su vida de agricultor, ganadero y comerciante.

EL HABER HEREDITARIO

—Terminada en 1852 la misión que después de la batalla de Caseros me confió el general Urquiza, cerca de los gobiernos de las provincias del interior — empezó el doctor Irigoyen — regresé a Buenos Aires. Poco después ocurrió la revolución encabezada por el general Lagos y me trasladé a Montevideo. Encontrándome en aquella ciudad, falleció repentinamente mi señor padre. Volví a Buenos Aires y me hice cargo de la liquidación del escritorio que tenía, que comprendía negocios muy importantes en aquel tiempo administraba fuertes sumas pertenecientes a la casa de los señores Antonio Arcos e hijos de París y de otras personas acaudaladas. Practiqué esa liquidación sin la más mínima dificultad y los señores Arcos, don Nicolás Anchorena, don Juan Terrero ,don Manuel Cobo, don Juan Bautista Peña, don Justo Villegas, don Eduardo Lumb y otros caballeros de fortuna, siguieron acordándome la confianza que habían depositado en mi padre. comisionándome para diversos asuntos.

En 1843 había recibido el grado de doctor, ingresando a la academia teórica-práctica de jurisprudencia. Interrumpí mi asistencia por haber sido llamado a desempeñar la secretaría de la legación en Chile, que decliné sin que fuese admitida la renuncia. Solicité en 1853 de la Cámara de Justicia, señalara día para rendir los últimos exámenes, pero no se hizo lugar a mi petición, declarando que estaba obligado a asistir a la academia práctica, el tiempo necesario para reparar las faltas de asistencia durante los años que residí en Chile. Fué ésta, una hostilidad propia de aquellos tiempos, pues contra el ausente en servicio público, no corrían penalidades por causa de término. No me era posible aplazar durante un año y medio el ejercicio de mi profesión: carecía de otros medios de vida.

Se ha creído equivocadamente que heredé una cuantiosa fortuna. Los bienes que me correspondieron por herencia, ascendieron a 25.000 pesos oro. Al fallecimiento de mi señor padre encontróse una carta dirigida a mí. Era un verdadero testamento. Fijaba el valor de los bienes que poseía y los distribuía, destinándome una parte de la finca calle Florida, estimándola en seis mil pesos oro y dando las razones de estimación. La esquina Tucumán y Florida y la esquina Lavalle y Maipú, adjudicándolas a mis hermanos Luis y Fermín. Y surgió entre éstos, una generosa disconformidad conmigo, que se la referiré, porque siendo contraria a lo que generalmente sucede, honra a mis dos hermanos que eran en esos tiempos muy jóvenes.

Yo declaré, que agradeciendo mucho a mi padre la mejora que importaba el valor asignado a la casa y dándola por aceptada, quería recibirla en 24.000 pesos en vez de 6.000 en que estaba avaluada. Mis hermanos negáronse terminantemente, sosteniendo que la resolución de nuestro padre, era muy justa por las consideraciones en que la fundaba y que debía cumplirse. Costóme mucho trabajo que condescendieran con mi resolución. Tal fué el cariño y desprendimiento que caracterizó siempre nuestras relaciones. Recibí, pues, en 24.000 pesos oro, la finca que mi padre y hermanos querían adjudicarme en 6.000. Esa propiedad y 200 cuadras en esta estancia, fué el total de mis bienes hereditarios.

En la dificultad de atender con eso a mi familia y apercibido de que la situación política me era adversa, lo que no permitía, en aquella época, fundar esperanzas en el ejercicio de mi profesión, resolví ensayar algún negocio. No disponía de capital. Lo único que me favorecía era el venerado nombre que había heredado y al que debo cuanto he adquirido y soy.

CONFIADO EN EL PORVENIR — LAS PRIMERAS OPERACIONES

El recuerdo de una conversación que tuve en Mendoza, vino a sugerirme un proyecto. Regresando a Mendoza a fines de 1850, al llegar a Saladillo de la Orqueta, en la provincia de Santa Fe, rompióse el carruaje en que venía. Un señor Correa, propietario de aquello lugares, me indicó que para reparar el coche tenía que llegar al Rosario y fué indispensable seguir esa indicación. Tres días tardaron en la reparación y los pasé recorriendo la entonces pobre villa del Rosario y especialmente las barrancas de aquel río, en el que sólo se veían seis u ocho buques de cabotaje, y en la costa dos o tres tropas de carretas del interior que conducían frutos de las provincias.

Monsieur Pelletan, viajero francés, obligado a regresar de Colombia a Francia, resolvió conocer las Repúblicas del Pacífico y la Cordillera de los Andes. Alojóse en mi casa de Mendoza durante quince días, mediante una recomendación que me presentó del señor don Mariano Fragueiro. En nuestras conversaciones, me refería que en los Estados Unidos se habían hecho grandes fortunas, comprando tierras y principalmente las situadas en las márgenes de los ríos. El recuerdo de aquellas referencias vino a mi mente, durante mis solitarios paseos en las barrancas de Rosario y pensé que la adquisición de terrenos en aquel punto, en Santa Fe y en otras provincias que conocía, sería una operación segura y lucrativa.

En 1853 me dirigí en la Capital a los amigos más íntimos de mi padre para proponerles la compra de tierras en el Rosario, Santa Fe y Entre Ríos. Procuré demostrarles la seguridad de aquellos negocios. Todos me oyeron con absoluta indiferencia. Lejos de aceptar mis indicaciones, se empeñaron en desalentarme.

Visité al señor don Eduardo Lumb, padre de los señores Carlos y Alfredo Lumb, comerciante de gran fortuna y muy distinguido en esta sociedad. Le expuse el pensamiento que me preocupaba, los precios de los terrenos y el porvenir de ellos. Me escuchó con atención, manifestándome que aun cuando no participaba plenamente de mi convicción, estaba dispuesto a ayudarme. Preguntóme qué suma solicitaba y habiéndole contestado que aceptaría la que él señalase, me respondió que me entragaría mil onzas de oro, agregando que en ese negocio quería ofrecer participación a Mister Tomás Armstrong y que yo tendría la tercera parte de las utilidades.

Acepté su proposición y me embarqué sin demora en el patacho *Diana*, de un señor Palma, dirigiéndome al Rosario. Catorce días tardamos en el viaje, pues estuvimos diez amarrados en unas islas a cau-

sa de vientos contrarios. Al subir la barranca empecé a dudar del éxito de mi proyecto. Tal era la soledad de aquella localidad. Inicié, sin embargo, mis operaciones. Cuatro meses después, las había terminado, regresando a Buenos Aires y dejando adquiridos distintos terrenos, todos perfectamente situados. Es de advertir que las compras las hice a personas de fortuna, como los señores Domingo Correa, José Caminos, Grandoli, Zeballos, Fayó y otros, lo que prueba que ellos mismos no tenían la fe que yo en el porvenir de aquella ciudad.

Voy a referirle un incidente, para mostrar hasta dónde se desconocía en Buenos Aires ,el porvenir de la República. Cuando regresé de Santa Fe, muy satisfecho de las compras que había hecho, se presentó en mi casa el señor don Juan Bautista Peña, íntimo amigo de mi señor padre, y tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Anoche he sabido en la tertulia de Guerrico — me dijo el señor Peña — que usted ha ido a comprar tierras en Santa Fe. Usted quiere *fundir los pocos ladrillos* que le ha dejado su padre y vengo a decirle que se deje de todo eso y que si quiere trabajar y le falta dinero me avise que yo se lo proporcionaré.

Agradecí su ofrecimiento, que *nunca acepté*, y en muestra de aprecio por su consejo, quise explicarle cómo las tierras que había comprado eran de seguro valor. No me dió tiempo para hablar una palabra más, agregando al retirarme: "converse usted con Guerico y oirá lo que le dice."

Como la navegación en aquel tiempo, era únicamente de buques de cabotaje, traté empeñosamente de iniciar una sociedad, para establecer una línea de vapores remolcadores hasta el Rosario y Paraná. No encontré ni un accionista, ni quien me escuchara con atención.

LA ESTANCIA DE SAN FERMIN — EL SOCIO HABILITADOR

Terminada la operación en el Rosario, debí pensar ya en una ocupación definitiva y me dispuse a establecer una *estanzuela* en las 600 cuadras de terreno que poseía mi señor padre y que forman actualmente parte en la estancia San Fermín. Nada entendía de campo. Habíame educado en los colegios, en la universidad y en los círculos sociales. Mi señor padre conservaba ese pequeño terreno sin ocuparse absolutamente de él. El año 1852 esto nada valía. Vendíase la legua a 3.000 pesos oro. Desde Merlo hasta esta estancia, sólo se encontraba un pequeño rancho sobre el arroyo del Durazno y los viajes se hacían a caballo o en carreta: no había diligencias ni carruajes de alquilar.

Cuando manifesté a mis amigos la resolución de trabajar en el campo, ninguno creyó que ese propósito fuera serio, ni yo capaz de realizarlo. Sin embargo, tenía el presentimiento de que me iría bien y me sentí con fuerza para todo trabajo, antes que andar solicitando empleos, ni favores. Me dirigí nuevamente al señor Lumb y le manifesté que si quisiera ayudarme, facilitándome una suma reducida, estaba resuelto a ensayar un negocio de ganado, poniendo el campo, administrándolo yo y entregando a la persona que me facilitase ese dinero, el cincuenta por ciento de las utilidades que el negocio produjera.

—¿Cuánto necesitaría usted — preguntó — para el ensayo que propone?

—Cinco mil pesos plata — contesté.—He pensado destinar cuatro mil a la compra de ovejas y mil para construir corrales, bebidas y unos cuartos con techo de paja, porque no tengo medios para hacer otra cosa.

—Bien — terminó el señor Lumb — cuente con los cinco mil pesos.

La principal dificultad estaba salvada. No entendía, como he dicho, de campo, ni de negocios rurales y pensé que debía comprar las ovejas a algún amigo para no ser engañado. Me fijé en el doctor Marcos Paz, padre de los señores Máximo y Marcos Paz, que tenía entonces un establecimiento importante en Lobos y al que me ligaban relaciones de amistad y afinidades políticas. Lo informé de mi resolución y de los recursos que tenía. Le pregunté si podía venderme y remitirme al terreno de la "Choza", cuando le avisase, las cuatro mil ovejas que necesitaba.



—¡Vá usted muy lejos?
—No sé; eso pregúnteselo al caballo.

Contestóme afirmativamente y el negocio quedó concluído, dejando que el precio él lo determinara.

Con estas bases salí de Buenos Aires, por supuesto a caballo. Dos peones mendocinos me acompañaban. Y al llegar al lugar en que iba a fijar mi residencia y la de mi familia y al encontrarme en medio de aquella soledad, *sin un sólo árbol*, encerrado entre inmensos cardales, teniendo por única habitación, un rancho de cinco varas de luz, me sentí desalentado y pasé más de una hora caminando y contemplando con profunda vacilación aquel silencio y las privaciones que iban a reemplazar las academias, los salones y las comodidades en que me había criado. Dominé, no obstante, aquellos desalientos. Miré cien veces, me parece el rancho y el terreno. Averigüé la distancia a que se hallaba el arroyo que cruza esta estancia, hice hablar a dos vecinos, antiguos amigos de mi padre, para que me aconsejaran, resolviendo con ellos, que no habiendo cómo hacer habitaciones de adobe ni de ladrillo, siguiese la indicación de los peones mendocinos que traía conmigo y la casa se levantase de tapia con techos de paja. Pocos días después emprendí el trabajo y con la cooperación de esos vecinos, don Gabino Alvarez y el señor Cruz Casas, que hoy habitan en Rodríguez y Luján, levanté dos ranchos para mi familia, uno para el capataz y otro para los útiles e instrumentos de trabajo. Construyóse así aquella verdadera "choza", venciendo como pude las dificultades con que se luchaba en esa época. Una rondana, un metro de tabla y hasta un paquete de clavos, era necesario traerlos de Buenos Aires o de la villa de Luján. La casa tenía piso de tierra. Las puertas consistían en listones de tablas que personalmente corté y aseguré, lo que me fué bien fácil.

El coral para los ovejas y los pocos caballos que compré, lo hice allí — nos dijo, señalando uno de los jardines que hoy tiene esa estancia, a veinte varas de la casa.

PENURIAS DE LA EPOCA — LA NOBLE COMPAÑERA

Terminados los ranchos y recibidas las cuatro mil ovejas enviadas por Paz, mi señora, que tenía veintidós años, quiso conocer aquel *chalet*. Me presté a sus deseos, alquilé en la capital un carruaje, llevé una tropilla de caballos y nos trasladamos a San Fermín. Cuando descendíamos del carruaje, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Qué dices de ésto? — le pregunté.

Volvió la vista a los cardales que rodeaban la población, miró los ranchos y sus techos de espadaña y contestó:

—Esto no es malo. Me parece alegre. Y ni una palabra tuvo, en aquella época de privaciones, que importase descontento ni exigencia de mejora alguna.

Esa prolongada calle de eucaliptus — insistió el doctor Irigoyen, mostrando una avenida de 600 metros que conduce al puente del río de la "Choza" — fué dirigida muchos años después por mi señora. Personalmente la trazó e indicaba a los peones planta por planta, las que debían colocarse. Entonces no se hablaba de jardines, ni de agrónomos, ni de parques. El que deseaba tener árboles, los plantaba él mismo como podía. Recuerdo que siendo niño, en 1853, fuí por unos días a la chacra de general don Matías Irigoyen, tío mío, situada en Matanzas y él me agregó al grupo de sus hijas, para que saliéramos a sembrar carozos y clavar estacas de álamos en distintos lugares de su propiedad. En aquel tiempo se carecía de todo y la vida de campo imponía muchas restricciones. Se viajaba a caballo, en carretas o en malos carruajes, llevando siempre, como yo lo hacía, tropillas de caballos. Las comunicaciones con la Capital eran tan morosas, que establecí un correo semanal y los pocos vecinos que por aquía había, mandaban sus cartas *a mi correo*, que era gratis. Se agregaron otros pequeños pedidos. Dispuse que el correo marchase con un caballo de tiro, con árganas, para conducir mis encomiendas y las de los vecinos, que no pasaban de seis. Así se estableció aquí una aduana libre.

Por supuesto que los diarios llegaban con diez días de demora y diré a usted, aunque se ría, que pasaba a veces semanas sin diarios y sin noticias políticas, lo que no me contrariaba. Quiero advertirle que todos los hacendados vivían como yo o con mayores privaciones. ¿Cree usted que daban banquetes, habitaban palacetes y recorrían sus campos en coche con yuntas de razas extranjeras? Nada de eso. Muchos ni pan ni galleta tenían, porque no había donde comprarla. Y así, con esas economías y contracción, es que han dejado cuantiosas fortunas a sus hijos, algunos de los que, si no trabajan y viven en la opulencia, es como ha dicho el presidente norteamericano Mister Roosevelt, porque sus antepasados trabajaron de más.

ENSANCHE DE LOS NEGOCIOS

Planteado así mi negocio, empecé con los mejores resultados, en ovejas y ganado vacuno. Compraba al corte, vendía lo grande, quedando generalmente como beneficio lo chico, que pasaba a otros campos que arrendé. Dos años después me extendí a hacer acopios de lanas y conté siempre para éstas y otras operaciones, con fondos que Mister Lumb me adelantaba y que yo le devolvía con el producido de las ventas. Las utilidades las distribuímos por mitad.

En ese movimiento, que seguí mucho tiempo, hubo año en que recibí de Mister Lumb para compras de lanas y haciendas, alrededor de dos millones de pesos papel moneda. Para dar colocación a los ganados, que aumentaban anualmente en esta estancia, propuse a Mister Lumb que comprásemos a una casa francesa (Roguin y compañía) doce leguas de tierra, en las que se halla hoy la valiosísima colonia Irigoyen, en Santa Fe. El precio en que podíamos obtenerlas era muy bajo, comparado con lo que valían ya los campos en Buenos Aires. Verificada la compra, me trasladé a aquel lugar y a Santa Fe, donde permanecí cinco meses para tomar posesión y hacer mensurar las tierras. Todas eran desiertos y empecé la población enviando ganados de esta estancia y comprando algunos en Santa Fe. Seguí ese negocio poniéndolo bajo la administración de don José María Bustamante, habiendo llegado a tener en aquella estancia 16.000 cabezas vacunas que vendí en su mayor parte al señor don José María Cullen.

Años más tarde, compré seis leguas linderas con las anteriores y fundé la colonia que allí existe, que es una de las más prósperas. Acabo de visitarla y he venido sorprendido de su progreso. Hay colonos que empezaron en 1882 comprando las concesiones de veinte cuadras a trescientos pesos bolivianos, pagaderos en cinco años y hoy algunos son dueños de grandes fortunas.

Para dar ensanche al ganado lanar que tenía en San Fermín, arrendé, en sociedad con mi primo don Fermín de Irigoyen, un terreno en Mercedes, a una legua de la ciudad: era de propiedad de don Angel Morales.

Proseguí comprando lanas en los partidos inmediatos. La enviaba por carretas a la barraca de Mister Lumb. Allí se enfardaban y se remitían a Europa, donde se vendían. Como de costumbre, dividíamos las utilidades.

LOS PRIMEROS ALFALFARES

En 1854 y 1855, establecí en esta estancia la agricultura y grandes plantaciones. No eran para recreo ni adorno, que no podía costear, sino por negocio, porque he creído y creo que el aumento de población en esta provincia, carente de bosques, hará cada día más necesarios los árboles para combustible, construcciones, sombra y abrigo de los campos. Esto último es urgente. Si viene un invierno inclemente, los hacendados experimentarán enormes pérdidas.

Instalé, también, una fábrica de manteca que me dió poco resultado. Sembré en 1860 extensos alfalfares, como los que había visto en Mendoza. Creo que fuí el primero o uno de los primeros que han sembrado alfalfa en cantidad y con destino al engorde de haciendas. Cuando el señor Sarmiento tuvo noticias de mi empresa, manifestó al señor Manuel Ocampo el deseo de visitar los alfalfares, pues creía excelente la idea. Mi casa era "criolla", los antiguos ranchos de paja y el menaje modestísimo, por no decir muy pobre. Como no estaba en condiciones para recibir personajes, eludí delicadamente la recepción.

—¿Y le fué bien — preguntamos — con los alfalfares?

—No — respondía. — Entonces no había exportación de hacienda. La única salida eran los mercados de abasto y los saladeros. No se pagaba la diferencia del engorde de alfalfa con el de los pastos de campo. Además, en esta provincia, los alfalfares conservan durante el invierno mucha humedad. A veces los rocíos de una noche se juntan con los de la siguiente. La hacienda al caminar inutiliza la alfalfa.

Cuando la guerra del Paraguay, pude vender a los señores Arteaga y otros proveedores cinco o seis mil toneladas. Después no he atendido preferentemente ese negocio. Entorpece mucho los trabajos de una estancia. Manejado por capataces y peones produce poca utilidad. Es muy buen negocio para los hombres que personalmente trabajan con economía y auxiliados por sus familias. Hoy tengo alfalfares precisos para los ganados finos y planteles que consumen mucho. Aquí se gastan anualmente 2.500 fanegas de maíz y más de mil toneladas de alfalfa verde y seca.

OTROS ESTABLECIMIENTOS

Alentado por los beneficios obtenidos en los primeros años, continué en negocios de haciendas. Recibí de Inglaterra en 1857, por medio de Mister Lumb, animales Durham y carneros Lincoln, cuyas razas he conservado, haciendo venir periódicamente ejemplares escogidos. Tenía en 1868 doscientos seis animales puros. Durante el cólera que asoló la campaña y en el que todos los establecimientos quedaron desiertos, el plantel puro quedó reducido a 27 animales.

Compré y exploté muchos años una estancia regular en Ramallo, en sociedad con mis amigos los señores Luis y Juan Manuel Argerich. Este último reside actualmente en San Nicolás. La liquidamos por fallecimiento de don Luis. Adquirí, años más tarde, otras valiosas tierras desiertas en Rojas, informándome de la calidad de ellas por el general Lagos. Las poblé formando dos buenas estancias, las que puse bajo la administración de don Manuel Navarro y don José Coria. Diez años después las vendí a los señores Ham y hermanos, por consejo de mi amigo don Saturnino Unzué. Compré, también en sociedad con Mister Lumb, la estancia "Las Mercedes" en San Lorenzo, sobre el río Carcarañá y la poblé, remitiendo de ésta los ganados lanar, vacuno y caballar. Puse ese establecimiento bajo la administración de Mister Dónovan, tío del doctor Daniel J. Dónovan. Por fallecimiento de aquél, al señor Juan Jackson, actualmente en el Rosario. Desde 1882 a mi hijo Manuel, quien adelantó mucho ese establecimiento, que por su situación y calidad de los pastos, es uno de los mejores de Santa Fe.

Adviértole que en las estancias de Rojas me ocurrió hacer un *trabajo hidráulico*. Hice cavar una zanja de 2.000 metros de longitud, en el centro de un terreno bañado, y la zanja se convirtió en un arroyo permanente, lo que me decidió a prolongarla. Este hecho fué resultado de una casual observación. La primera quinta que en 1853 formé en esta estancia, tuve que defenderla con zanjas, pues no se conocían los alambrados. Recorriéndola un día, me sorprendió ver que sin haber llovido estaban llenas de agua. Examiné cómo se había producido esto. Reconocí que era el simple drenaje del terreno que abarcaba la quinta. Trasladé la operación al bañado de Rojas con buen resultado. En mi reciente visita a mi estancia en Santa Fe, he dejado iniciado un trabajo de la misma índole.

En sociedad con mi hermano Fermín, arrendamos en 1863 y compramos, años después, una valiosísima estancia en Carmen de Areco, en la que pusimos 36.000 ovejas y ganado vacuno. Los resultados fueron satisfactorios, a pesar de tener tres años malos por la depreciación de las haciendas. Al fallecimiento de mi hermano, que dirigía el negocio, tomé la administración directa. Cuatro años después lo vendí al señor don Miguel Duggan, de acuerdo con mi hermana política la señora Carolina Peralta.

HUMORISMO INGLES

Y le referiré la forma algo original en que se realizó el negocio. Visitóme en mi estudio Mister Duggan y me propuso comprar ese establecimiento, contestándole, por mi parte, que estaría dispuesto a venderlo. Pidióme el precio y al día siguiente se lo dí.

—Es muy caro — exclamó.

—Sí — le contesté. — es caro.

—Usted pide un millón de pesos (papel moneda) más de lo que vale.

—No tanto, pero no hay duda que es caro y sólo así lo venderé.

Retiróse y volvió dos días después, continuando el diálogo:

—Es muy cara su estancia y usted lo reconoce.

—Es verdad.

—¿Y usted qué haría en mi caso?

—¿Yo?... Con la gran fortuna que usted tiene y dado el porvenir que tiene esa estancia, la compraría.

Guardó silencio durante algunos minutos y lo interrumpió para decirme:

—Bueno, queda hecho el negocio.

Al bajar la escalera de mi estudio se encontró con un amigo, Mister Fraser, quien le preguntó si andaba con pleitos.

—No — le contestó. — Vengo de estar con este señor. Dicen que es buen abogado. Yo no sé eso, pero creo que es mejor comerciante.

Y, sin embargo, no darían hoy los herederos de Duggan la estancia que les vendí, por una suma cinco tantos mayor de la que él me pagó.

MÁXIMAS

—Pocos cobardes se dan cuenta de la magnitud de su miedo.

—Pocas satisfacciones tendríamos si nunca pudiéramos alabarnos a nosotros mismos.

—El que vive sin cometer locura alguna, no es tan sabio como él se imagina.

—A medida que nos hacemos viejos nos volvemos más sencillos y más sabios.

—Por mucha que sea la diferencia entre la fortuna de los hombres, hay siempre una especie de compensación entre el bien y el mal, que los hace a todos iguales.

—La fortuna nos libra de algunas faltas que la razón no puede desterrar.

—Dicen siempre que es ciega la fortuna los que no han recibido sus favores.

—Debemos hacer con nuestra fortuna lo mismo que con nuestra salud: gozar de ella cuando es buena, tener paciencia cuando es mala, y no aplicarle remedios violentos sino en casos de necesidad.

—La razón de que seamos tan volubles en nuestras amistades es, que se hace muy difícil conocer las cualidades del corazón y muy fácil las de la cabeza.

—Más deshonroso es desconfiar de un amigo, que ser engañado por él.

—No merece el nombre de bueno el que no tendría alientos para ser malo; toda otra bondad obedece casi siempre a la pereza y a la impotencia de la voluntad.

—Un tonto no posee los elementos necesarios para constituir un hombre bueno.

—La causa de que nos equivoquemos con respecto a la intensidad de la gratitud a que somos acreedores es que la soberbia del otorgante y del beneficiado no pueden nunca ponerse de acuerdo sobre la importancia del servicio.

ROCHEFOUCAULD

¿Murió Shelley asesinado?

Shelley murió ahogado durante una tormenta en el Golfo de Spezzia, el 8 de julio de 1822.

En el invierno del mismo los Shelley vivían en Pisa, en un cuarto vecino al que ocupaba el gran lord Byron, todos los cuales formaban el núcleo de un círculo, muy distinguido, de amistades.

El director de la revista *Discovery*, ha hecho público recientemente un incidente que puede ser de suma importancia para explicar la desgracia del 8 de julio, incidente que ha sido pasado por alto por los biógrafos de Shelley.

Cierto día, el sargento mayor encontró una partida compuesta de Byron, Shelley, Trelawny y otros, que regresaban de una excursión de "pistolas" en las afueras de Pisa. Se desarrolló entre ellos una disputa, que no hablaba en favor de los ingleses, ni del italiano que fué herido en la pelea y curado poco después, Mazi que no quiso aceptar dinero de lord Byron y ocultó su deseo de venganza, con la idea de realizarla cumplidamente más tarde.

Como el calor apretaba, la colonia inglesa se trasladó a la costa, marchándose los Shelley a una casa a orillas del mar, cerca de Spezzia.

No podían Shelley y su amigo Williams presentir la catástrofe; pasaban casi todo el día a bordo del "Ariel", una embarcación construída por su amigo el capitán Rogers. El bote era de 28 pies de largo, pero tenía un defecto: carecía de cubierta y su primer dueño hacía resaltar, en vano, que el bote no debía ser empleado en días de temporal o mar movida. Además, necesitaba dos toneladas de lastre para llegar a la línea de flotación.

El tiempo, en la mañana del 8 de julio, estaba inseguro. Parecía como si una tormenta fuese a poner término a la sequedad y calor reinantes. Las nubes volaban de prisa y el sol, brillando a intérvalos, lucía como si fuese de cobre bruñido.

A las tres de la tarde, salieron rumbo a San Terenzo, una aldea a pocas millas de distancia, en el "Ariel", Shelley y Williams. El barco desapareció a poco entre la niebla y el viento amainó, como ocurre cuando se avecina una tormenta. El capitán Rogers se alarmó y, subiéndose a la torre del faro, descubrió la embarcación como una manchita a unas diez millas en alta mar. Con los gemelos pudo observar que quitaban las gavías, cuando la niebla de la tormenta les alcanzó.

Trelawny, no pudiendo resistir el calor, se había refugiado en la cabria del "Bolivar", y no se despertó hasta las seis y media, cuando ya no tenía salvación su amigo. La borrasca duró unos veinte minutos.

Hay que hacer constar, que el día anterior a la catástrofe, lord Byron había prestado a Shelley 50 libras que estaban en el barco cuando se sumergió.

¿Fué el hundimiento del barco originado por el temporal o fué atacado el barco? En este último caso, ¿fué por accidente o intencionadamente?

Lo último parece ser lo más probable, porque muchos años después un pescador de Spezzia, en su lecho de muerte, reveló al confesor, con la promesa de este de hacer pública su confesión después de su muerte, que el formaba parte de la tripulación pirata que atacó al pequeño "Ariel", creyendo que el pasajero era lord Byron que llevaba una considerable suma abordo.

El plan había sido abordar la embarcación y matar al lord inglés. El destino lo decretó de otra manera, y, con la tormenta, el ligero bote embarrancó, hundiéndose enseguida y siendo Shelley la víctima de una fatal equivocación.

Esto es tan evidente, que hoy día nadie puede creer que el accidente fuera solamente originado por la tormenta. El bote, en el fondo del mar, fué enganchado por una red de pescar y arrastrado por marineros hasta Leghorn, donde se sacó a la orilla. Los dos mástiles habían sido arrancados, el bauprés roto junto a proa, y la borda desfondada. Un exámen más detenido demostró que muchas tablas del armazón, en la popa, estaban rota, lo que indica que fué abordado por popa.

Después de todo lo expuesto, cabe suponer que el barco de Shelley fué abordado. En primer lugar, el barco fué seguido por dos botes que se hicieron a la mar con intención de asesinar a Byron y robarle; luego el barco fué abordado por detrás por uno de los botes, pero a causa del lastre de hierro, el "Ariel" perdió el equilibrio y se hundió antes de que el robo pudiera realizarse.

La confesión del viejo marinero es bien clara, en cuanto a que la intención era abordar, no hundir, el barco y asesinar a Byron.

El cuerpo de Shelley fué hallado en la costa de Tuscan, cerca de Viareggio, el 17 de julio y quemado allí mismo por sus amigos.

El gran poeta Shelley había nacido en Field Place, condado de Sussex, el día 4 de Agosto de 1792. Hijo de un rico coronel inglés que no se ocupó mucho de dar a su hijo una preparación adecuada, se educó primeramente en Sion-House, y a los trece años de edad pasó a Eton en donde, casi exclusivamente, se dedicó al estudio de la Filología alemana y de las ciencias naturales. Sentía un gran entusiasmo por todas aquellas ramas que se relacionan con el origen y desarrollo de la humanidad.

En el colegio, Shelley pronto se puso en contra de sus maestros y entabló una lucha desigual pues empezó a refutar las doctrinas de aquellos. Su conducta dió lugar a que se le expulsase del colegio y se vió solo y sin recursos.

Entonces se formó un código de moralidad que siguió fielmente. En 1811, renunció a una herencia de su abuelo y se casó, divorciándose en 1813. Más tarde se casó con la hija de Godwin con la que salió de Inglaterra en 1816. Viajó por algunos países del sur de Europa, y su gran afición a la navegación le hizo ir a vivir a Spezzia. Allí se encontraba cuando Leigh Hunt, unido con lord Byron y Shelley para la publicación del "Liberal", empresa que nunca lograron los tres poetas hacer popular, fué a visitar a los dos amigos, sus colaboradores. Pasaron reunidos, planeando asuntos, algunos días y poco después, Shelley encontró la muerte según relatamos en otra parte de este artículo.

Las cenizas de Shelley fueron enviadas por sus amigos al cementerio protestante de Roma.

Las principales composiciones de Shelley son: "La necesidad del ateismo", "Poemas póstumos de mi tía Margarita", "La reina Mab", Elena y Rosalinda" y "La sublevación del Islam".

Canción de Primavera en Otoño

Purpúrea llama en los rosales...
Hermosa púrpura otoñal!
Reflejada en los manantiales
De limpia luna de cristal.

Violentos ocres, tintes bermejos
Todo el paisaje es un sangrar
Que se refresca allá a lo lejos
En el oasis del pinar.

Otoño vive, Otoño impera
Prende dos alas en mi cantar
Su paz exalta mi primavera.
Soy otra hoja que hace volar!

El ha extendido en la alameda
Manto de púrpura real
Y desprende sobre la seda
Que me viste, púrpura igual.

Es de oro vivo la ladera
Flota un áspero olor frutal...
Otoño vive, Otoño impera!
Y es tibio y dulce como un panal.

Removeré los manantiales
Cruzaré en juvenil andar
Los bosques todos y a raudales
Mi verso de agua ha de brotar:

Otoño vive, Otoño impera
Su paz es fuego bajo cristal.
Ciñe guirnalda de primavera
Aun cuando yerga la hoz fatal!

MARIA ALICIA DOMINGUEZ

Por dónde viene la suerte

Una vez..., un joven aprendiz de sastre se cayó por las escaleras de su casa y se partió un brazo. El joven se llamaba Adón Hoffmann. El accidente le incapacitó para seguir ejerciendo su oficio. Cavilando, cavilando, se le ocurrió que podría trabajar todavía con sus pies. Meses después presentaba a sus amigos una máquina para planchar trajes, movida con las extremidades inferiores.

Sus amigos no le hicieron el menor caso, y hasta se burlaron de él. Pero él no se desanimó y siguió adelante con su invento, hasta que hubo , no sólo perfeccionado su máquina, sino también imaginado otra que podía ser movida a vapor.

Con su máquina se planchaba un traje en la cuarta parte del tiempo necesario para hacerlo a mano. A pesar de todo, los compañeros de Hoffmann seguían tomando a chacota su invento.

En la actualidad, las máquinas para planchado mecánico se usan en el mundo entero. En quince años, la compañía Hoffmann ha aumentado sus ingresos anuales desde 19.000 libras a 800.000.

El primero que expuso su traje a las contingencias de la máquina fué un agente de Seguros, atraído por un letrero que decía: "Se planchan trajes en el acto. — No hay más que aguardar unos minutos".

Entró en la tienda, se quitó el traje y se sentó a esperar.

Su terror no tuvo límites al ver su traje desaparecido por la boca de un extraño aparato, que parecía la boca de un caimán.

Hoffmann logró tranquilizarlo, y el cliente quedó tan satisfecho, que fué el quien adelantó el dinero para las primeras operaciones de la Compañía Hoffmann, que tanta riqueza y fama ha producido al en su día modesto aprendiz de sastre.

EL TÍO RUBÉN

Por Selma Lagerlöf

Una vez, hace unos ochenta años, había un niño pequeño que fué a la plaza del mercado y se puso a jugar al trompo. Llamábase Rubén y no tenía más que trece años; pero manejaba su pequeño látigo tan bien como cualquier otro, y al bailar su trompo lo dejaba caer en el punto que se le antojaba.

Aquel día, hará unos ochenta años, hacía un hermoso tiempo de primavera. El mes de Marzo había llegado y la población se dividió en dos mundos: el uno, claro y templado, donde dominaba el sol, y el otro frío y oscuro, donde imperaba la sombra. Todo el mercado pertenecía a la luz del sol, excepto una estrecha faja, a lo largo de una hilera de casas.

Ocurrió entonces, que el niño, a pesar de ser vigoroso, se cansó de bailar su trompo y buscó en torno. algún sitio donde descansar. Esto no era cosa difícil; no había bancos ni asientos, pero todas las casas tenían escalones de piedra en el umbral. Rubén no pudo imaginar cosa más acertada.

Era un rapazuelo muy escrupuloso. Tenía una vaga idea, de que a su madre no le agradaba el que se sentase en los escalones de personas extrañas. Eran sumamente pobres; pero por esa misma razón se hacía necesario que nadie pudiese nunca sospechar que pretendían ocupar nada que no fuese suyo. Por eso fué a sentarse en el escalón de su propia puerta, porque ellos habitaban también en la plaza del mercado.

Los escalones estaban a la sombra y hacía en ellos mucho frío. El pequeñuelo descansó la cabeza, sobre la balustrada, extendió las piernas y se colocó en posición tan cómoda como nunca adoptara en su vida. Durante un corto rato estuvo observando como cambiaban de posición las sombras del mercado, cómo corrían y bailaban sus trompos los muchachos; después cerró los ojos y se quedó dormido.

Durmió seguramente más de una hora. Cuando se despertó no se encontraba tan bien como al quedarse dormido; por el contrario, todo le parecía terriblemente molesto. Entró llorando a ver a su madre; conoció ésta, que se había puesto malo y lo metió en el lecho; a los dos días el niño había muerto.

Pero aquí no concluye la historia; porque aconteció que su madre lo lloró desde lo mas profundo de su corazón, con una aflicción que desafiaba los años y la muerte. Tenía otros varios hijos, y muchas pesadumbres ocupaban su imaginación y su tiempo; pero siempre quedó un lugar en su corazón donde se albergaba su hijo Rubén, sin que nadie ni nada pudiera desalojarlo. Para ella estaba vivo siempre. Si veía un grupo de niños jugando en la plaza del mercado, lo contemplaba entre ellos con los ojos de la imaginación; y si daba la vuelta a la casa, estaba plenamente convencida de que el niño dormía aún, sentado en aquellos peligrosos escalones. De fijo, ninguno de los hijos que le vivían estaba presente con tanta constancia en la imaginación de la madre como el muerto.

Algunos años después de su muerte, tuvo Rubén una hermana, y cuando creció lo suficiente para poderse escapar corriedo a la plaza del mercado para jugar al trompo, ocurrió que también hubo de sentarse para descansar en el escalón de piedra. Pero en el mismo instante sintió la madre como si alguien le tirase de las faldas. Salió fuera sin demora y dió a la niña tan fuerte pellizco al levantarla, que se acordó de él, toda su vida.

Tampoco pudo olvidar nunca el semblante descompuesto y la voz temblona que su madre le dijo: —"¿No sabes que tenías un hermanito llamado Rubén, que murió por haberse sentado en esos mismos escalones, donde cogió un enfriamiento? ¿Quieres morir también y dejar a tu mamá, dí Berta?

Pronto llegó Rubén a estar vivo para sus hermanos como para la misma madre. Era ésta de tal manera, que sus hijos sólo veían por sus ojos, así, que pronto fueron también ellos, capaces de verlo sentado en los escalones de piedra. Y como es natural, a ninguno se le ocurrió nunca sentarse allí. No sólo esto, sino que, cuando veían a alguien sentado en un escalón de piedra, o en la piedra de una verja, o en las que suele haber en las márgenes de los caminos, sentían una punzada en el corazón y se acordaban de su hermanito Rubén.

Además, resultó que, cuando hablaban entre sí, daban siempre a Rubén un lugar muy por encima de todos ellos, pues todos comprendían que era un lote demasiado molesto y fatigoso, y que sólo ocasionaban cuidados e inquietudes a su madre. Todos creían que ésta no habría sentido tanto la pérdida de cualquiera de ellos; y cuando aun estaba tan afligida por Rubén, no cabía duda de que debía ser mucho mejor que cualquiera de sus demás hermanos.

Con frecuencia pensaba alguno de ellos: "Oh, si cualquiera de nosotros pudiese ser tan agradable a mamá como nuestro hermano Rubén!" Y, sin embargo, ninguno sabía de él otra cosa, sino que había jugado al trompo y cogido un enfriamiento en los escalones de piedra. Pero sin duda alguna, debió ser algo notable, cuando su madre le tenía tan gran cariño.

Demasiado notable, fué el que, de todos los hijos, causó mayores alegrías a su madre. Quedóse viuda y abrumada de cargas y necesidades; pero los hijos tenían una fe tan grande en la pesadumbre, que su madre sentía por el niño de tres años, que estaban persuadidos de que si viviese el solo, no se habría afligido por sus desgracias. Y siempre que veían llorar a su madre se imaginaban que era por la muerte de Rubén, o tal vez por no ser ellos como aquel. Pronto empezaron a acariciar en su interior un deseo, cada vez más grande, de rivalizar con el hermano muerto en la afección de su madre. No había cosa que no fuesen capaces de hacer por su madre, por sólo conseguir que ésta pensase en ellos tanto como en el otro. Y en consideración a este anhelo, es por lo que creo que Rubén fué para su madre el más útil de todos sus hijos.

¡Considerad cuando el mayor de ellos ganó las primeras monedas pasando el río en su barca a un extranjero, y vino a entregárselas todas a su madre, sin guardarse un sólo céntimo ! Su madre se mostró tan satisfecha, que él se hinchó de orgullo y no fué capaz de ocultar la desordenada ambición que le había impulsado, diciendo:

—"Mamá; ¿no soy ahora tan bueno como mi hermano Rubén?"

La madre fijó en él una mirada escudriñadora. Pareció estar comparando su fresca y sonrosada cara con la otra tan pálida que aún veía allá fuera, sobre los escalones de piedra. Y aunque no cabe duda que huebiera querido contestarle que sí, no le fué posible.

—"Tu madre piensa mucho en tí, Juan; pero tú no serás nunca lo que era tu hermano rubén".

Era insuperable; todos los muchachos lo comprendían así, y sin embargo, no podían evitar el intentarlo.

Crecieron hasta hacerse hombres o mujeres, adelantaron en riquezas y consideraciones, mientras su hermano Rubén continuaba aún sentado en los escalones de piedra. Pero todavía les llevaba ventaja; era imposible alcanzarlo.

A cada adelanto, a cada mejora, que, por grados, les era posible ofrecer a su madre, para formarle un buen hogar, lleno de comodidades, tenían que conformarse con obtener por toda recompensa el que su madre les dijese: —"Ah, si mi pobre Rubén pudiese ver todo esto!..."

Rubén acompañó a su madre durante toda la vida; y aún en su lecho de muerte, él fué quien mitigó las amarguras de su agonía, porque se consolaba pensando que, mediante ellas, iba a verlo otra vez. En medio de sus mayores sufrimientos, la madre sonreía ante la idea de que iba a reunirse con su hijo Rubén.

Y así murió la que, en su tierna afección, había exaltado y deificado al pobre hijo de trece años.

Pero ni aun con esto terminó la historia del pequeño Rubén. Continuó siendo para su hermanos el símbolo de los días de rudo trabajo en el hogar, del amor a su madre, de todos los recuerdos conmovedores de los años de luchas y penalidades. Cuando hablaban de él, había siempre en sus voces cierto cariño y afección. Había fiestas y aniversarios dedicados al niño de tres años.

De esta manera, llegó a introducirse también, en la vida de los hijos de sus hermanos. Su madre lo había engrandecido. Y los grandes influyen y enseñan a las generaciones sucesivas.

Su hermana Berta tuvo un hijo que vino a estar en íntimo contacto con el tío Rubén.

Tenía cuatro años, cuando se sentó un día en el bordillo de la

PRUDENCIA MUNDANA

Uno de los hijos de Harún-ur-Rushid acudió furioso a su padre, quejándose de que el hijo de un oficial había hablado irrespetuosamente de su madre. Harún preguntó a sus ministros qué castigo merecía aquella ofensa. Uno opinaba que le condenase a muerte; otro que se le cortase la lengua; y otro que se le impusiese una multa y se le desterrara. Harún dijo:

—Hijo mío, la caridad exige que le perdones; pero si no tienes suficente valor para ello, insulta a tu vez a su madre, pero sólo lo preciso para vengarte, pues si pasases este límite, seríamos nosotros los culpables.

En opinión de los sabios, no es valiente aquel que combate con un elefante furioso, sino quien, estando encolerizado, no pronuncia palabras insultantes. Un hombre de mala disposición injurió a otro, y éste lo soportó pacientemente, llamándole joven de gran porvenir, y añadiendo:

—Todavía soy peor de lo que dices, pues conozco mis propios defectos mejor de lo que tú los podrías posiblemente descubrir.

SA'DI

acera, contemplando la acequia, que venía llena con el agua de la lluvia. Palos y pajas navegaban por el pequeño canal, dando vueltas prodigiosas. El niño se entretenía en mirarlas con aquel tranquilo placer que la gente disfruta contemplando la arriesgada carrera de los otros, mientras ellos están seguros.

Pero sus pacíficos razonamientos fueron interrumpidos por su madre, que en el momento de verlo, no fué dueña de evitar que el recuerdo de su hermano y los escalones de piedra de su casa acudiesen a su mente.

—"¡Ay, hijo de mi alma!! — dijo, — 'no te sientes ahí! ¿No sabes que tu mamá tenía un hermanito, llamado Rubén, que tenía cuatro años, como tú tienes ahora, y murió por haberse sentado en un bordillo como éste, en el que cogió un enfriamiento?"

Al muchachito no le agradó que viniesen a interrumpirle sus agradables pensamientos. Continuó filosofando sentado en el mismo sitio, cayéndole sobre los ojos su rizado cabello color de oro.

Berta sacudió entonces a su niño con el mayor rigor, cosa que sólo por el recuerdo de su hermano habría sido capaz de hacer. De esta manera fué como su hijo aprendió a respetar al tío Rubén.

Otra vez sucedió que hallándose fuera de casa, este niño de lindos cabellos se cayó en el hielo. Otro muchacho travieso y ya crecido le había derribado por rencor, y él se echó a llorar, para hacer creer que se había causado mucho daño, con tanta mayor razón cuanto que su madre no podía estar lejos.

Pero había olvidado que ésta era ante todo, hermana del tío Rubén. Cuando vió a Axel sentado sobre el hielo se llegó a él, no con palabras dulces y consoladores, sino con su eterna taravilla:

—"¡No te sientes así, hijo mío! Acuérdate del tío Rubén, que murió cuando tenía cinco años, como tú tienes ahora, por haberse sentado en un ventisquero".

Levantóse el niño sin demora al oír hablar del tío Rubén, pero sintió frío en el corazón. ¿Cómo era posible que su madre se pusiese a hablar del tío Rubén, cuando su hijo se hallaba en una gran aflicción? A Axel le tenía sin cuidado que se hubiese sentado y muerto donde le viniera la gana; pero ahora le pareció que el muerto venía a robarle el cariño de su madre, y Axel no podía consentir tal cosa. Así fué como empezó a aborrecer al tío Ruben.

En el extremo superior de la escalera de la casa de Axel, había una balaustrada de piedra, en la que daba gloria sentarse. Debajo y a gran profundidad, estaba el piso del zaguán, y el que se sentase a horcajadas sobre ella, podía imaginarse que se hallaba suspendido sobre el abismo. Axel dió a la balaustrada el nombre de Grane, en recuerdo del célebre corcel. Saltaba sobre sus espaldas, como quien atraviesa los ardientes fosos de un castillo encantado, y allí, permanecía, soberbio y denodado, con sus espesos rizos desplegados al viento, a causa de la furiosa acometida, jugando a la lucha de San Jorge con el monstruo. Hasta entonces no se le había ocurrido nunca al tío Rubén montarse también allí.

Pero no tardó mucho. En el momento en que el dragón se retorcía en las ansias de la muerte, y Axel celebraba con júbilo su completa victoria, oyó gritar a su nodriza:

—¡Axel, no te sientes ahí! Acuérdate de tu tío Rubén, que murió cuando tenía ocho años, como tú tienes ahora, por montarse a caballo sobre una balaustrada de piedra. Es preciso que no te vuelvas a sentar más ahí."

¡Qué viejo envidioso era el tío Rubén! No podía sufrir que Axel matase dragones y roscatase princesas. Si no fuera por ciertas consideraciones, Axel le hubiese demostrado que también él sabía ganar la gloria. Si saltase al piso de piedra que tenía a sus pies y se estrellase contra ellas, se sentiría completamente eclipsado aquel descarado embustero.



—Qué, don Antolín, ¿irá usted al baile de Los Chanchullos?
—¡A mi edad? ¡Quiá! Prefiero la camita.
—¡Nosotras no le preguntamos tanto!

¡Pobre tío Rubén! ¡Pobre criatura que fué a jugar al trompo a la soleada plaza del mercado! Ahora iba a saber lo que costaba ser un hombre grande. Había llegado a ser un espantajo puesto por los de su época para asustar a los del porvenir.

Encontrábase en el campo, en casa de su tío Juan. Muchos de sus primos se hallaban reunidos en el magnífico jardín. Axel se encontraba allí saturado de rencor contra el gran tío Rubén. Quería saber si éste importunaba a alguien más que a él; pero cierto temor no le dejaba preguntar. Parecíale que iba a cometer un sacrilegio.

Por fin los muchachos se quedaron solos. Ninguna persona estaba presente. Entonces le preguntó Axel si habían oído hablar del tío Rubén.

Observó entonces, que los ojos de todos echaban chispas, y que muchos de ellos cerraban los puños con aire amenazador; más parecía que aquellas boquitas habín aprendido a respetar al tío Rubén. — '¡Silencio por el bien de todos!' — dijeron a una.

—"No" — dijo Axel, — "yo quiero saber si hay alguno más que yo a quien encocore, porque a mí me parece que es el más molesto de todos los tíos".

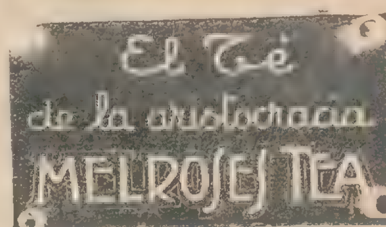
Aquella voz atrevida rompió las barreras que tenían contenida la rabia de aquellos presuntuosos corazones infantiles. Levantóse un fuerte clamor y gritería. Semejaban una turba de nihilistas injuriando a un autócrata.

Entonces salieron a relucir todos los defectos del gran hombre. El tío Rubén perseguía a todos los hijos de sus hermanos. El tío Rubén hacía cuanto le venía la gana. El tío Rubén tenía siempre la misma edad que aquel a quien trataba de molestar.

Y todos tenían que guardarle respeto, a pesar de que no cabía duda de que era un gran embustero. Podían aborrecerlo en lo más profundo de su corazón; pero despreciarlo o mostrarse con él irreverentes, eso nunca.

¡Qué aire adoptaron aquellos mozalbetes al hablar de él! ¿Acaso había hecho algo digno de admiración? Sentarse y morir no era una cosa muy notable. Y cualesquiera que fuesen las proezas que hubiese realizado, era indudable que ahora estaba abusando de su poder. El viejo espantajo se oponía siempre a cuanto querían hacer los niños. Le impedía dormir la siesta al mediodía sobre la hierba. Había encontrado en el parque los mejores sitios para esconderse, y les tenía prohibido ir a él. Ultimamente se había propuesto montar los caballos en pelo y pasearse en la carreta del heno.

Todos estaban convencidos de



que el infeliz no pasó jamás los tres años, y ahora pretendía ser de la misma edad del que iba a cumplir los catorce. Esto era una verdadera provocación.

Parece mentira todo lo que se vino a descubrir de él. Había pescado brecas desde los estribos del puente; había bogado en las barquillas; se había encaramado en los sauces inclinados sobre el agua, en los que tan agradable es sentarse, y hasta se había tumbado y dormido sobre los barriles de pólvora.

Pero todos estaban convencidos de que no había manera de sustraerse a su tiranía. Era un consuelo haber hablado de ello, pero no un remedio. Era imposible una revolución contra el tío Rubén.

Nadie lo diría; pero cuando aquellos niños llegaron a la mayor edad y tuvieron hijos a su vez, empezaron enseguida a hacer uso del tío Rubén, como sus padres habían hecho con ellos.

Esos niños, que son los jóvenes que ahora se están criando, han aprendido tan bien la lección, que ocurrió un verano en el campo que un muchacho de cinco años vino a decir a su anciana abuelita Berta, que estaba sentada en el descanso de la escalera, esperando el carruaje:

—"Abuelita tenía un hermano que se llamaba Rubén".

—"Tienes mucha razón, hijito mío" — dijo la abuela levantándose inmediatamente.

Y los niños de los tiempos modernos se conducen con respecto a él, de una manera completamente distinta que sus predecesores.

Lo critican abierta y francamente Sus padres tampoco encuentran la manera de inspirarles una estúpida y aterradora obediencia. Las niñas pequeñas que van al colegio, discuten al tío Ruben y dudan si era un mito. Un joven de seis años, propone que, por vía de ensayo, alguien pruebe que es imposible coger un enfriamiento fatal en un escalón de piedra.

Pero se trata sólo de un capricho pasajero. Esta generación, en el fondo de su alma, están tan convencida de la grandeza del tío Rubén, como lo estaba la que le precedió; y le obedece lo mismo que la otra.

Tiempos vendrán en que esos burlones vayan a la casa solariega, traten de encontrar el antiguo escalón de piedra y pongan en aquel lugar una lápida con una inscripción en letras doradas.

Ahora se ríen por algunos años del tío Rubén; pero tan pronto como crezcan y, a su vez, tengan hijos a quienes educar, se convencerán de la gran conveniencia y necesidad de ese hombre.

—'¡Oh hijito mío, no te sientes en esos escalones de piedra! La madre de tu madre tuvo un tío que se llamó Rubén, que se murió cuando tenía tu edad, por haberse sentado a descansar en un escalón como ése".

Y así seguirá la tradición mientras exista el mundo.

EL MISIONERO

Por la Baronesa de Wilson

I

En una noche tempestuosa del mes de marzo de 1798, una multitud inmensa se agolpaba a las puertas de la iglesia de la Compañía de Jesús, en Quito (Ecuador) y con curioso respeto contemplaban un sencillo catafalco colocado en el centro de la nave principal.

Entre los concurrentes se encontraba un oficial muy joven, casi un niño, que contaría a lo sumo diez y nueve años.

Era alto, delgado, de rubios cabellos y ojos azules.

Su mirada era dulce y reflejaba bondad y ternura.

Se adelantó hasta cerca del catafalco, y fijándose en un sacerdote, que oraba arrodillado, le preguntó en voz baja:

—Padre mío, ¿quién es el muerto?

—Un misionero: su pérdida nos ha causado profundo pesar: era un héroe, un santo, y ha sido un mártir.

—¿Cómo?

—Ha sucumbido víctima de su abnegación: los salvajes jíbaros le han asesinado: parece que usted se interesa en la historia del padre Montalvo; venga usted más tarde a verme en la sacristía.

Luis Olmo, pues tal era su nombre aguardó a la conclusión de la solemne ceremonia y se dirigió en busca del bondadoso jesuita, quien en breves palabras, le refirió la sencilla y conmovedora historia del misionero.

Manuel Montalvo estudiaba en España, su patria, cuando la muerte de sus padres le hizo heredero de una gran fortuna, que pensó en compartir con una joven a quién adoraba y de la cual era ya prometido esposo.

Concluyó su carrera, y soñando con un porvenir de inalterable felicidad, fijó el día de su matrimonio.

Por aquel entonces se había declarado una epidemia y una de sus víctimas fué la joven que un día más tarde pensaba vestir el traje de desposada.

Los festines y las galas se trocaron en crespones de luto y en dolor profundo. Montalvo, aterrado y loco de desesperación, renunció a toda felicidad y se consagró a Dios, haciendo donación de toda su fortuna para aliviar la miseria de la humanidad.

Ansioso de conquistar corazones, pidió se le destinase a América y fué enviado al Ecuador.

Cuando llegó a Quito, solicitó formar parte de las misiones en Maca, y en ellas hizo prodigios de bondad y abnegación.

Entre los indios jíbaros hubo muchos que se resistían a las exhortaciones del padre Montalvo, y sorprendido en uno de sus viajes, fué colgado de un árbol y muerto a flechazos.

Un compañero logró rescatar sus restos y darles cristiana sepultura.

Tal fué el relato del sacerdote que, conmovido y triste, escuchó Luis Olmo, tristeza que, durante todo el día empañó su noble semblante.

Al salir de la catedral tropezó con un compañero suyo, joven calavera y descreído.

—Sales de las honras como un difunto, — le dijo — ¿qué tienes?

Luis refirió a su amigo la historia de Montalvo.

—No sirves para militar, querido.

—¿Por qué?

Eres demasiado impresionable.

—No sé; tal vez ha sido el sitio, o la situación especial de mi espíritu, pero es verdad que siento una tristeza como si hubiera sufrido una desgracia.

II

Pocos días después, recibió Olmo una carta de España con sobre de luto.

Su mano temblorosa rompió el sobre y ¡oh, dolor! su amante madre había sucumbido, víctima de una pulmonía.

Olmo la adorada y su desesperación no tuvo límites.

En aquella época fué enviado con Gutiérres al interior del Napo para someter a unos tribus de indios que se habían sublevado.

Olmo se batió con denuedo en el primer encuentro y siguió adelante.

—Caminamos a una muerte segura, querido Luis, — le dijo Gutiérrez.

—Antes que la vida es la honra.

—Sin embargo, será una muerte sin gloria.

—¡Quién sabe! ¿Vacilas?

—Sí; te lo confieso.

—¿Por qué no tienes fe?

—La prudencia nos ordena retroceder ante ese número considerable de indios.

—Triunfaremos, no lo dudes: tengo convicción en ello.

Los dos jóvenes, heroicos y valientes, batieron a los indios y tomaron gran número de prisioneros.

—La fe nos ha salvado, — exclamó Olmo, satisfecho del resultado.

—La fuerza de nuestro brazo y nuestro valor.

—Eres ateo: no crees en nada, y sin embargo...

—Calla, Luis; el soldado vence por amor propio y por amor a la gloria; lo demás es disparate.

—Gutiérrez, basta ya; sin mi decisión no hubieras seguido adelante y nuestros soldados hubieran retrocedido.

—¿Me insultas? Me darás una satisfacción, — añadió Gutiérrez lanzando chispas por los ojos.

—La religión rechaza el duelo. Eres soldado.

—Antes soy cristiano y prudente.

Los jefes intervinieron y ambos oficiales regresaron, vigilados, a Quito.

La muerte de su madre había sumido a Olmo en tristeza profunda, y la vida militar menos que nunca estaba de acuerdo con su carácter.

A imitación de Montalvo, se consagró a la iglesia, y, ya ordenado, partió para las misiones de' Napo.

Durante muchos años habitó entre los záparos y los jíbaros, los primeros dosiles y dispuestos a escuchar a los misioneros, serviciales y favorables para los blancos, aun cuando en la guerra hacen alarde de valor e intrepidez; los segundos por su temerario arrojo, por lo altivo de su carácter y por lo indomables y amantes de su libertad, podría llamárseles los "araucanos" del Ecuador.

Aun hoy, sostienen entre ellos, luchas continuas y ha sido inútil cuanto se ha hecho para conquistarlos.

Los españoles, al extender la conquista, los dominaron y vencieron, pero las numerosas tribus que componen la familia "jíbara", hicieron causa común y en un levantamiento general conquistaron su independencia.

El tipo de los jíbaros es simpático y casi bello.

Son generalmente de estatura mediana, ojos negros y pequeños, pero vivísimos y brillantes: de frente despejada, nariz aguileña y actitud altiva.

En la sublevación de 1599, tomaron gran número de mujeres españolas y, cruzándose la raza, hoy se encuentran multitud de indios con tipo europeo.

Son astutos en alto grado, diestros y ágiles y tienen condiciones especiales, características, que son dignas de estudio.

Entre todas las tribus jíbaras y záparas, conquistó Olmo, amor y consideración por su mansedumbre evangélica y su generosa ayuda en las vicisitudes de los indios.

Su abnegación, puesta a prueba, causaba asombro, pues habiendo caído una india en el caudaloso Pastassa, se arrojó sin vacilar y estuvo próximo a perder la vida por salvarla.

El padre Olmo era considerado como una providencia.

III

Pasaron veintidós años. Las colonias americanas, que se creían bastante fuertes para ser libres y con derechos a emanciparse de la madre patria, enarbolaron el estandarte de la independencia: por todas partes pululaban patriotas y se presentaban caudillos, ansiosos de derramar su sangre en aras de ese principio que ha hecho surgir tantos héroes y ha dado tantos días de gloria como históricas páginas escritas con letras de oro.

La ciudad de Quito, la sultana de los "shiris", está recostada en la falda oriental del Pichincha, entre jardines y frescos y verdes "potreros".

Era la neche del 24 de mayo de 1822, célebre en los faustos de la historia por la batalla titulada del Pichincha, ganada por las tropas del general Sucre y fecunda en episodios de valor por ambos ejércitos.

En el campamento de los vencedores, envuelto en una "ruana" y tendido en el suelo de una casita, sobre algunas mantas, estaba un joven con los ojos cerrados, ya casi en la agonía. A su lado, y prestándole cuidados y consuelos, se encontraba un sacerdote.

Era el padre Olmo.

—Vamos, amigo mío, bebe: esto te reanimará.

—¿Para qué? conozco que ha lle-

LAS ESPIGAS

En el mes sobre todos más ardiente
En que la flor se dobla,
Marchita, bajo un cielo sin rocío,
Pero en el cual más goza
El labrador ante sus ricas mieses,
Y su hoz cortadora
Ostenta con placer más afilada;
Una espiga orgullosa
Y de granos vacía, levantábase
Burlándose con sorna
De aquellas de su especie que, agobiadas
Hacia la tierra, todas
Enanas parecíanle a su lado,
Y no cual ella hermosas,
Entonces una al punto sin enojo
Así dijo a la estólida:
—De razón el orgullo, pobre hermana,
A fe te priva ahora;
Tu cabeza, cual ves, está vacía.
Tú misma reflexiona
Que a estar menos ligera, menos alta
Te verías cual nosotras.
—Lo mismo entre los hombres, del que es útil
La fatuidad se mofa.
Todo hueco magín es un asilo
Do el orgullo se aloja.

GUALDRE DE BOILEAR

gado mi última hora, pero muero contento, porque he dado mi vida por la patria.

—Todavía hay esperanza en Dios.

—No: mis horas están contadas.

Y el joven lanzó un grito: sus muchas heridas le causaban atroces dolores y no podía hacer ningún movimiento.

—En el combate había recibido un balazo en el brazo derecho, lo que le obligó a tomar la espada con la mano izquierda: otro balazo le fracturó el hueso del antebrazo: la espada cayó al suelo.

Un sargento la recogió, se la colocó en la vaina a la cintura, y le ligó el brazo colgándoselo al cuello. (1).

El joven guerrero, con el estoico valor de un espartano, siguió a la cabeza de su compañía y arreciando el combate por la indomable resistencia de los españoles, al forzar su última posición en el cerro, recibió otro balazo en el muslo izquierdo, un poco más arriba de la rodilla que le astilló el hueso.

Aun, el heroico joven, cargó con su compañía en el momento decisivo de la batalla, haciendo un esfuerzo superior a su estado desfallecido, y al alcanzar la victoria, recibió otro balazo en el muslo de la pierna derecha que le rompió completamente el hueso y lo hizo caer en tierra, postrado y exánime.

Sus soldados lo condujeron al campamento, en donde lo hemos encontrado. Este héroe era el teniente guayaquileño Abdón Calderón, a quien se le ascendió a capitán, después de muerto.

Durante largo tiempo, la 3a. compañía del "Yaguachi" estuvo sin capitán, y al pasar la revista de comisario y nombrar a Calderón, contestaba la compañía:

"Murió gloriosamente, en Pichincha, pero vive en nuestros corazones."

IV

Tal era heroico herido encomendado a los cuidados del padre Olmo.

—¡Oh, mi madre! pobre madre mía, — murmuró Calderón.

El misionero procuró endulzar los últimos instantes de aquel que era su amigo más querido, de aquel a quien admiraba en aquel momento por su serenidad en el combate y su temerario valor.

Toda la noche permaneció a su lado, apagando la sed devoradora que sentía.

—Sufro demasiado... quisiera morir, — balbuceaba.

Al amanecer lanzó un ¡ay! lastimero y expiró.

—¡Dios te bendiga! — dijo el misionero con la voz quebrantada por el llanto; — he tenido el triste consuelo de acompañarte en el postrer momento, amigo mío, has muerto víctima de la guerra; ¿hasta cuándo los hombres se destruirán unos a los otros y se exterminarán sin piedad?

Conmovido y triste, acompañó el cadáver hasta la última morada, y después continuó su vida de abnegación, de paz y caridad.

Aun se conserva en los campos del Ecuador, el recuerdo del padre Olmo.

———

(1) Detalles históricos publicados por el coronel Manuel Antonio López.

VOCES DEL CAMPO

Por Rosario Beltrán Núnez

He escuchado las voces del bosque, del agua, del campo todo.

Y me dijeron:

I

Mujer, justo sea decirte lo que al agua clara: Regocijo de la tierra, espejo de los cielos! ¡Bendita seas, dulce renovadora de energías! ¡Bendita por los astros que bajas! ¡Bendita por la lengua de susurros que tienes! ¡Sabia en toda caridad, en toda alegría, en toda sencillez!

II

No seas silencio pudiendo ser trino; no seas gemido pudiendo ser silencio.

III

Que el dolor sea a tu energía, lo que la poda al árbol.

IV

Aprende de los pájaros el lírico heroismo de cantar en la tristeza del ocaso, como en la alegría del amanecer.

V

Haya en tí, un íntimo paisaje majestuoso y bello, donde no se disipe tu hartazgo de gentes cuando vuelvas a tí misma.

VI

Confía tu dolor cuando comience a cuajar en flores... cuando empiece a ser belleza... a ser sabiduría! Y no des de él, sino la ternura y la compasión que dejó en tu alma.

VII

No olvides que en la humildad del lago, es donde se duermen las estrellas.

VIII

En cuanto descubras tu verdadera vocación, vive para ella, no digas: fracasaré, no me comprenderán... Piensa: encontrada está mi senda y la fuente clarísima de mi felicidad. Dios me creó para este fin y de nuevo lo hallaré con él.

IX

Olvida la acción de tu bondad como la rama el fruto que dió.

X

No digas: inutilidad del charco en el yermo suelo. Piensa por él, sólo por él, bajan los astros y el azul a la soledad de la estéril tierra.

XI

Aprende del árbol que olvida el irremediable dolor de sus flores caídas y torna de nuevo a florecer

XII

Haz como el río que va hacia la muerte convertido en caudal de bien, despertando energías con su energía.

XIII

Como la raíz, transforma tu escondida amargura en miel de frutos.

XIV

No haya angustia que pase a tu lado sin sacudir tu indiferencia, como no hay brisa que ambule sin estremecer el follaje.

XV

La fe es el centro de todo sistema planetario interior.

XVI

La violeta no es humilde, es tímida, se esconde. Humilde, admirablemente humilde es la semilla, desnuda y hermética, guardando un milagroso principio de eternidad.

XVII

Como el árbol, por el esfuerzo de tu savia, llegue tu naciente sueño a la realidad del fruto, por el constante esfuerzo de tu voluntad.

XVIII

Admira las montañas, más no olvides que hay en ellas cumbres y antros, águilas y orugas.

XIX

La soledad es la sublime maestra que ordena, aclara y eleva las enseñanzas del trato social.

XX

Dí como la esperanza del árbol mártir del invierno, no importa mi dolorosa desnudez de hoy. Ya vendrá la primavera experta en follaje nuevo y en calor de nidos y habrá en mí, la bondad del fruto y la alegría del gorgeo.

Y sean para tí, estas palabras que repito, lector.

Todos los países respetan a la cigüeña.

La fidelidad conyugal entre estas aves.

Durante muchísimo tiempo no se ha podido explicar por qué la cigüeña desempañaba un papel tan importante en el "folklore" de muchos países.

Desde hace siglos se sabe que esta ave se alimento de seres dañinos para el hombre y la agricultura. Esto hace que se la considere como ave útil, y no se la persiga y se la respete; pero no basta para explicar el que se la tenga hasta cariño y tome una parte tan interesante y simpática en las leyendas de muchos países.

La ciencia, por medio de la señora Ana Frank Harar, una de las más conspicuas ornitólogas de Alemania, nos explica ahora el por qué esta zancuda es universalmente respetada y considerada como un bienhechor y protector del hogar honrado.

La citada naturalista, después de cuidadosos estudios y prolongadas observaciones, ha venido a averiguar que la cigüeña es un modelo de moralidad, y que a sus virtudes se debe el que el hombre la haya hecho intervenir en las leyendas domésticas.

Ana Frank Harar en sus escritos nos cuenta de un curioso código que castiga la infidelidad conyugal con la muerte de la hembra cuando ella ha sido la infiel, y del castigo, el desprecio y la desgracia en que cae el macho que ha tenido un desliz.

Es una regla invariable en toda comunidad de cigüeñas — dice la ornitóloga — exigir el cumplimiento de la más estricta fidelidad entre los dos miembros de la pareja alada.

La señora Frank Harar ha tenido ocasión de presenciar varias ejecuciones y castigos públicos llevados a cabo por estas aves.

Al castigar a un macho infiel, los otros le dan tremendos picotazos a la par que agitan sus alas violentamente produciendo fuerte ruido.

El reo no puede lanzar un grito de queja; permanece inmóvil y silencioso, mientras los demás le castigan y protestan, con su constante aleteo, de su ruin conducta.

La hembra que ha sido infiel a su macho sabe todo lo que le espera, y recibe el castigo con la mayor sumisión, sin hacer la menor protesta, sin intentar huir, aunque no ignora que el castigo es la muerte.

La citada naturalista, acompañada del doctor Orthman, médico militar del ejército alemán, presenciaron la ejecución de una cigüeña adúltera en Stylida (Grecia).

Los dos espectadores vieron un medio centenar de cigüeñas que formaban un círculo, volando alrededor de un punto negro que había en un tejado, y observaron con atención para averiguar la causa.

El punto negro era un nido sobre el que se hallaba una cigüeña hembra. Su actitud no era la de una madre empollando los huevos o cuidando sus polluelos. Tenía la cabeza baja; resignada, aguardaba el cumplimiento de la condena.

De repente el círculo se estrechó, y la cincuentena de aves se lanzaron sobre la adúltera y, sin perder tiempo, la atacaron a picotazos tan furiosamente que en pocos minutos dejaron el cuerpo destrozado.

Esta es una de las tres ejecuciones que presenciaron el doctor y la naturalista.

En Holanda, Dinamarca y Alemania la cigüeña se considera como sagrada, y está protegida por las leyes así como por el sentimiento general popular, y se considera como una bendición del cielo el que una de estas aves construya su nido sobre el tejado bajo en el que una familia se cobija. Por eso los holandeses colocan en la parte más alta de sus tejados, viejas ruedas de carro o cajones para atraer a las cigüeñas como lugar a propósito para construir su nido.

En el Norte de Africa se ven con frecuencia nidos de cigüeñas en grandes y pequeños edificios, y en algunas ciudades hay hasta hospitales para estas aves, sostenidos por ricos agricultores.

Con grandes dificultades ha tropezado la estudiosa naturalista, a quien debemos estos datos, para observar en sus expediciones las costumbres de las aves, que han exigido laboriosas preparaciones y construcciones de escondites, desde donde pudieran observar, sin ser vistos ni molestar a las aves.

La ejecución de las hembras infieles a sus machos va invariablemente precedida de preparaciones que no ofrecen duda alguna de lo que se trata de hacer.

Todas las cigüeñas dan muestras inequívocas de gran agitación durante varias horas, y castañetean sus picos con fuerza, mostrando gran descontento y furia. Se van reuniendo, parecen celebrar conferencia hasta que se dirigen al nido donde aguarda la infiel. Levantan el vuelo, forman círculo alrededor de la condenada a muerte y siguen dando vueltas hasta que el ataque de todos los movilizados queda preparado. El ataque es rápido, violentísimo, y apenas dura cinco minutos el cumplimiento de la sentencia.

Azahares tucumanos

Vor Cleofé Pereyra de Goicoa

Al llegar Hugo Sarmiento a la provincia de Tucumán, fué muy bien recibido en todos los círculos sociales; nadie ignoraba allí a la distinguida familia porteña a que él pertenecía, de manera que fácil le fué vincularse con lo principal de aquella ciudad.

Joven y buen mozo, supo granjearse la simpatía de todo el que lo trataba.

En un baile fué presentado a Hortensia Cabral, bella y deliciosa criatura, perteneciente a un viejo tronco de distinguido abolengo.

Poco tiempo después estos dos jóvenes eran novios. Casi diariamente visitaba Hugo a su prometida, pues ya se hablaba de la próxima boda. Poseedores, los dos, de una cuantiosa fortuna, nada había que aguardar para poder realizar su ensueño.

Los esposos Cabral sólo tenían esta hija, la que fué criada en la antigua y sana escuela de provincia, donde se desconoce la falsía y maldad humana.

Hortensia era muy hermosa, de tes morena, y cabello castaño y unos grandes ojazos negros, soñadores, que le daban una expresión de exquisita ternura. Tenía un carácter muy tímido y sensible a toda pena.

Al verse amada por Hugo depositó en él todo su cariño; lo amaba, y no dudaba de ser correspondida en su amor.

Una tarde, al ir Hugo a visitarla, como era su costumbre, le anunció su próximo viaje a la capital. Los negocios requerían su presencia allí. Prometióle regresar dentro de un mes, acompañado de su madre, para presentarle su bella prometida.

Hortensia lo dejó partir, confiando en su promesa; pero Sarmiento ¡jamás volvió por ella!

La pobrecita niña sufría en silencio. Al pedirle sus padres que lo olvidara por no ser merecedor de tal recuerdo, ella exclamaba, apenada:

—No, no; él no puede ser tan malo; ya vendrá. No me pidan que lo olvide, porque nunca podré.

Así seguía esperando, día tras día, y nadie podía convencerla de lo contrario. Ofrecíanle paseos y diversiones de toda clase, pero ella los rehusaba; sólo se le veía algo alegre cuando leía los diarios de la capital. Buscaba en ellos el nombre de su Hugo; estaba segura que sólo muerto pudo haberla olvidado, y esta esperanza la sostenía sin desfallecer. No quería escribirle, pues su orgullo herido se lo impedía. Cierta tarde, en la crónica de un diario porteño leyó el compromiso matrimonial de Sarmiento con una joven de la sociedad bonaerense.

Mostró a sus padres la noticia, sin derramar una lágrima; luego se encerró en su pieza a escribir; nadie quiso interrumpirla, respetando su gran dolor.

Manifestó a sus padres el deseo de pasar unos días en la finca "Los Azahares" para cambiar de aire; aquéllos accedieron, complacidos, al pedido de su hija; y todos marcharon, al día siguiente, para la quinta, que quedaba en las afueras de la ciudad.

Esa misma noche, cuando todo estaba en silencio, se oyó un disparo de arma, y al penetrar la madre en el dormitorio de su hija halló a la pobre ex novia de Hugo sin vida.

Dos cartas había sobre la mesa de luz de la suicida: una era para sus padres y la otra para la futura esposa de Sarmiento.

En la primera les rogaba le perdonaran su falta de resignación, pero ya la vida le era insoportable desde que perdiera la esperanza de casarse con Hugo, y, sabiendo que no hallaría alivio a sus penas, había decidido huir del mundo de los vivos. También les pedía que entregaran a Nini Fuentes la otra carta después de efectuada la boda con el que fué su prometido.

Como Hortensia se quitó la vida, la excomulgaron, no dándosele cristiana sepultura en el camposanto. Fueron depositados sus restos en el fondo de la quinta "Los Azahares", perteneciente a la familia Cabral. Tampoco se le colocó una cruz, no permitiéndosele ni este cristiano consuelo a sus afligidos padres. Así, al pie de un montecito de naranjos, descansa para siempre esa delicada flor, que despreció la vida de tanto amar.

La familia de Cabral se retiró de Tucumán, pues para todos los de allí tenía una mancha aquel apellido que fué, en otra hora, no muy lejana, de tanto brillo.

"Los Azahares" quedó clausurada. Nadie quería pasar por allí de noche; le llamaban la quinta maldita y, al nombrarla, se santiguaban. (1)

La carta que Hortensia escribió a la esposa de Hugo fué entregada a Nini después de su boda.

Poco caso hizo la joven esposa de la carta de la muerta. La leyó con desprecio, y, arrojándola en uno de los cajoncitos de su "toilette", e x c l a m ó, haciendo una mueca:

—¡Pobre histérica! ¡Matarse por un hombre que no la amaba! ¡Y todavía me pide que lo quiera mucho y sea buena con él! — Después, riendo burlonamente, dijo: — ¡Bah, ya la muerta no me puede estorbar!

Han pasado tres años del casamiento de Nini, y ella ya no es feliz. Hugo casi nunca está en su hogar.

Una noche, mientras lo aguarda, piensa:

—Imposible que no venga hoy Hugo, siendo el aniversario de nuestra boda; pero ya son las 23 y no llega.

Oye que se para un auto a la puerta de su casa, y corre a asomarse al balcón, diciendo:

—¡Oh, estaba segura que mi corazón no me traicionaba! Debe de ser él que llega a saludarme; pero... no viene solo. ¡Cuánta gente!... ¿Qué sucede?

Entraron varios hombres llevando en brazos a su marido, con la cabeza vendada y ostentando en el rostro una palidez mortal.

Nini corrió hacia su esposo, preguntando a sus acompañantes lo que pasaba. Nadie le explicó lo sucedido; sólo le dijeron que estaba muy grave, colocándolo en la cama para curarlo. A la mañana siguiente falleció. Entonces, esas amigas que nunca faltan en estos casos, le revelaron el secreto del muerto: Un esposo ultrajado había lavado su honor con sangre.

Nunca supo Nini cómo cayó en sus manos, de nuevo, la carta de la muerta, al abrir un cofrecito. ¿Sería el destino, o su esposo que allí la guardara? ¡Qué coincidencia: ella había muerto por él y él por una mujer!

—¡Pobre Hortensia!... — exclamó Nini. — Yo lo quise mucho a Hugo; pero desde que supe su traición mi cariño disminuyó, y ella, sabiendo que él me amaba y no la recordaba, se quitó la vida por hugo... ¡Yo nunca podría querer así!... ¡Qué falta de amor propio!

Al año escaso de estos acontecimientos, la viuda de Sarmiento frecuentaba los salones porteños, rodeada de sus admiradores, como cuando era soltera...

La tumba donde descansan los restos de la muerta, que la sociedad abandonó bajo los naranjos, no necesita monumentos, ni símbolos, para ser recordada.

Cuando llega la primavera se deshojan los azahares sobre ella hasta cubrirla con un manto blanco, puro y fragante; mientras la tranquila noche, en silencio, derrama con sus gotas cristalinas de rocío su oculto llanto.

Así la Naturaleza oficia su día de difuntos, tributando lo que los mortales olvidaron: flores y lágrimas para el alma penitente de la desdichada Hortensia.

(1) Aunque parezca exagerado aún existe en la actualidad este fanatismo en casi todas las provincias del norte, dándole el nombre de *embrujados* a los que se quitan la vida, no nombrándolos sin santiguarse, o decir "cruz diablo".

PENSAMIENTOS

A tanta estabilidad están sujetas las cosas humanas, como las aguas del mar combatidas por los vientos.

* *

No se han de aplicar a los males medicinas más poderosas de las que puede sufrir la naturaleza de la enfermedad y la complexión del enfermo.

* *

Los que se obligan a gasto forzoso y ordinario sobre fundamento de caudal incierto, o lo prosiguen con daño o lo dejan con vergüenza.

* *

Está ya tan lleno de trampas y de engaños el trato humano, que no da lugar a los hombres de bien a que puedan usar en todo de su natural llaneza.

SETANTI

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18. Sábados: de 9 a 12 — U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

«Parnaso cubano», por Valentín Riva Abreu.- Edición Mauci, Barcelona - (España)

En este nuevo Parnaso — dice el autor en su corto prólogo — hallarás las más bellas poesías de los mejores poetas cubanos antiguos y contemporáneos.

La poesía, que no empezó a florecer en Cuba hasta principios del siglo XIX, tuvo como precursor de la legión de poetas que más tarde surgió, a Manuel Justo Rubalcaba.

José María Heredia, admirable cantor del Niágara, está considerado como un verdadero genio poético. Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por "Plácido", llegó a alcanzar gran renombre, a pesar de su escasa ilustración, debido a su gran inspiración poética. Joaquín Lorenzo Luaces fué épico y trágico; Luis Victoriano Betancourt, jocoso y sentimental; Juan Clemente Cenea añadió a su gloria de poeta el sacrificio del patriota.

Cuba ha dado también excelentes poetisas: Gertrudis Gómez de Avellaneda, viril y robusta en sus composiciones, Brígida Agüero, Rosario Sansores, Luisa P. de Zambrana y Dulce Ma. Borrero.

De José Martí, el apóstol de la independencia cubana, ha dicho Blanco-Fombona: "Martí era un poeta adorable. Un poeta por la estrofa, blanca y alada como Psiquis; poeta por la prosa, urdimbre de seda joyante; poeta por el ideal, que era generoso; poeta por la voz, que era un canto; poeta por la mirada, que era triste; poeta por el corazón, que era grande."

Diego Vicente Tejera y Julián del Casal, desaparecidos ya, fueron exquisitos, sentimentales. De los contemporáneos sobresalen: Luis Rodríguez Embil, Serafín Pichardo, Félix Callejas, José Manuel Carbonell, Ramiro Hernández Portela, Gustavo Sánchez Galanga y Felipe Pichardo Moya.

Baste añadir que todas las composiciones poéticas de este nuevo Parnaso están perfectamente escogidas, por su belleza, y por el modo como caracterizan el estilo de cada poeta, sin que falte ninguno de los más salientes, pudiendo afirmarse que está "al día" y que servirá mucho tiempo para estudiar y admirar la poesía cubana.

«Como ellas caen», por Luis de León Editorial Las Grandes Obras-Buenos Aires-1927;

He aquí un libro que para todos, hombres y mujeres, ha de resultar una novedad. Mucho es lo que, con respecto al amor y los los lances que acontecen a sus devotos y cultores, se ha dicho y escrito, pero poco, escasísimo, lo que, sinceramente, sin aditamentos fantásticos y novelerías rayanas en el mal gusto hemos escuchado de boca autorizada y tan despojada de vanidad como afanosa en expresar la verdad. Porque, es más que misterio este de la forma en que ellas, las mujeres, caen entre los lazos que el amor suele tenderles para su ventura, según algunos, y para su perdición, a ser verdad lo que argumentan los doctos moralistas. De cualquier manera, para bien o para mal, es lo cierto que a todo el mundo interesa saber cómo ellas caen...

Y esto es, en efecto, lo que el novelista español Luis de León nos revela en su última publicación y que, a la vez que un fiel trasunto de lo que es el amor en nuestra época, ha sabido escribir una novela llena de interés pasional, en la que abundan las escenas más sobresalientes de esa eterna comedia que es la del amor, todo ello escrito con un estilo y una elevación de miras poco frecuente en escritores que, como él, no vacilan en afrontar los argumentos más escabrosos para brindarnos sus obras que, por la forma en que están concebidas, pueden despertar más de una aviesa e inmotivada suposición.

COMO ELLAS CAEN es, en el fondo un libro altamente moral, que debe ser puesto entre las manos de todas las mujeres para prevenirlas, precisamente, contra aquellos que del amor han hecho una expresión de bajos impulsos, así como también debe caer en manos de los hombres para que, en contacto con la realidad, den menos expansión a su fantasía y, si alguna vez, — hombres al fin — narran algún lance amatorio, no provoquen en el auditorio femenino decir con esto que el libro de Luis de León sea una cátedra de amor perfecta: pero sí, que es una más que recomendable escuela.

«De Roma al polo Norte en dirigible», por Antonio G. Quatrini, con una nota ilustrativa del General Humberto Nóbile, jefe de la expedición.

¿Quién en sus años mozos no leyó a Julio Verne? La mayor parte de sus elucubraciones científicas las hemos ido viendo convertidas en realidades poco a poco. Los esfuerzos de la inteligencia humana trabajando sobre la pauta del genial novelista francés, han sido dignos del mentor que que soñaba. Ya no son sueños de una imaginación exaltada la navegación submarina, ni la aviación, ni la "dirección de los globos", que a tantos sabios hizo pensar.

La obra que acabamos de leer, cuyo título encabeza estas líneas, nos ha sugerido estas reflexiones, pues en ella encontramos la realidad de una de las famosas novelas del novelista-profeta.

Entrevistados en Oslo, en el verano de 1924, dice el ilustre prologuista y traductor don Gonzalo Calvo, el célebre explorador noruego Amudsen y el coronel Nóbile, acordaron organizar una expedición que, empleando un dirigible hiciera el viaje Roma-Pulham-Tromsoe-mar de Groenlandia-Spitzberg Polo Norte-Alaska. Hasta Spitberg no montaría Amudsen en el dirigible, aunque sí lo haría el resto del personal noruego. Lo primero que se necesitaba era el dirigible, y fué elegido uno de la flota aérea italiana; pero tal como estaba era inadecuado para la empresa, y fué necesario someterle a notables modificaciones.

Muchas fueron las dificultades que hubieron de vencer los valientes nautas, tanto para acondicionar la nave aérea, como después de puesta en acción. En el aire le cogió terrible tramontana, que en algunos momentos hizo parecer inminente la pérdida del dirigible; pero la pericia de Nóbile, manejando maravillosamente, triunfó de los elementos enfurecidos. Envueltos en la niebla, corrieron mucho tiempo, señalando siempre la brújula el rumbo deseado, pero no podía precisarse los grados de desviación perdidos en noche pavorosa. Por una vía férrea se orientaron. Estaban en Estonia... Rectificaron el rumbo, y pudieron llegar a Guttschina, a treinta kilómetros de Leningrado...

Después de un bien ganado descanso, vuelta al dirigible. El primer trayecto es contrariado por un fuerte vendaval. Luego, el paisaje va haciéndose más nórdico. Es el desierto de nieve. No hay señal de vida humana... El mar proceloso y misterioso de las leyendas, fué burlado por el genio y el ardimiento italiano, pasándole por los caminos del cielo, riéndose de sus furias y de sus hielos movedizos. Seguramente, otros motores zumbarán más adelante, sobre aquellas soledades; pero un motor italiano ha sido el primero que ha roto su primitivo silencio.

Y más tarde, el emocionante momento en que Nóbile lanzaba sobre la llanura helada que marca el Polo Norte la bandera de su patria, como fiel testimonio de la empresa realizada...

Esta obra, que será leída con avidez, como la más vívida de las novelas, ha sido perfectamente traducida al castellano por el coronel de Estado Mayor del ejército español, don Gonzalo Calvo, que ha sido editada por la Casa Mauci, que ha puesto en el ella todo el esmero que la caracteriza.

DEFINICIONES

—La necesidad es la falta de bienes.

—La verguenza es el temor de la deshonra.

—La presunción consiste en atribuirse falsamente una o muchas cualidades ventajosas.

—Una falta es una acción contra la sana razón.

—La envidia es el pesar que sentimos por los bienes que poseen nuestros amigos, o las ventajas que la fortuna les proporciona.

—Es impudente el hombre que sufre el desprecio con tal de hacer su negocio.

—La temeridad es la exageración del valor desafiando inútilmente los peligros.

—La ostentación es el hábito de gastar sin juicio la propia fortuna.

—El mal instinto es un mal de nacimiento, una falta de la naturaleza, una enfermedad natural.

—La esperanza es la espera de un bien.

—la locura es un estado que nos impide descubrir la verdad.

—La charlatanería es un desbordamiento insensato de palabras.

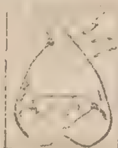
—La oposición es la mayor separación entre objetos del mismo género y, sin embargo diferentes.

PLATON

«Fausto», por Estanislao del Campo

Indiscutiblemente, entre las producciones poéticas que más divulgación han tenido en esta parte de América está el poema de Estanislao del Campo, simple y primitivo si se quiere, en lo que atañe a su contextura; pero lleno de sugestiones y atinadas observaciones sobre la vida ciudadana y, en particular en lo que respecta a las ficciones teatrales. Por esto, "Fausto", a la vez que en el rancho más lejano de la pampa argentina, desde su aparición, ha tenido entrada en los salones más cultos y refinados.

Las ediciones que hasta el presente se han hecho de esta obra que bien podemos llamar inmortal, han sido deficientes, ordinarias y hasta antipáticas a la vista. No parecía sino que los editores, por tratarse de una composición eminentemente popular, consideraban que no merecía un poco de atención en lo que a presentación gráfica y corrección se refiere. Por eso merece consignarse la esmerada y bella edición que ha hecho la Editorial Tor, y que se vende a un precio reducidísimo.



RADIOTELEFONIA



El control a distancia de los móviles

Mucho se ha hablado en la actualidad del control a distancia de los aeroplanos, automóviles, lanchas, etcétera, pero en general, el público ignora en la forma que esto puede hacerse en la práctica. Sin embargo el mecanismo de ello es muy sencillo como lo veremos más adelante, por cierto que es necesario hacer muchos tanteos antes que el elemento funcione en la forma más satisfactoria y que se necesita bastante inventiva para poder combinar todos los movimientos, en forma que ellos se produzcan en el momento oportuno y sobre todo la dificultad de paralizar los movimientos, cuando por cualquier falla los elementos deseados no puedan funcionar.

La dirección de los móviles, por medio de la radio hace ya tiempo, que ha pasado del período de experimentación, y sólo nos basta citar algunos casos de la gran guerra Europea, en la cual se emplearon aeroplanos y lanchas automóviles, cargadas de explosivos, las cuales eran lanzadas contra el enemigo, produciendo así, no sólo los estragos consiguientes, sino también salvándose así vidas, que de otra forma estarían condenadas irremisiblemente.

Es por otra parte muy probable, que en el futuro, las guerras sean sólo a base de elementos químicos y aeroplanos, la mayoría de los cuales serán manejados por medio del radio, desde zonas completamente lejanas y al amparo de los medios ofensivos del enemigo.

Sin embargo, haciendo un paréntesis, debe hacerse notar, que el hecho que los aeroplanos, automóviles, etc., puedan ser manejados a distancia, y por consiguiente tener un enorme poder ofensivo, no indica necesariamente que ellos serán terribles armas, pues a pesar de la inventiva de los hombres es muy grande para hacer estos diabólicos elementos de destrucción no es menos cierto, que también los métodos de defensa estarán adecuados; sin ir más lejos, ahí están los famosos rayos inventados hace poco que paralizaban la chispa de los magnetos de los motores, los cuales podrían aplicarse para este caso, paralizando así la ofensiva de los móviles manejados por radio.

Si bien es cierto que en la guerra es donde se nota la principal aplicación de los móviles controlados remotamente, también en tiempo de paz y para trabajo harto más interesantes está indicado su empleo, así por ejemplo, para exploraciones de lugares inaccesibles a objeto de tomar fotografías o hacer indagaciones de carácter científico.



Las posibilidades que esto puede significar para la industria, a objeto de limitar el personal, son enormes; sólo basta que la mayoría de los industriales, bastante poco científicos por otra parte, se compenetren de las ventajas que este método puede significarles. En principio, el método es aplicable a aquellas operaciones que se repiten constantemente y tienen un período de tiempo exacto para cada operación. La regulación de los distintos elementos para una cosa relativamente sencilla, a poco que la inventiva entrara en juego.

Para los aficionados de radio, la construcción de un relay de radio como el que se indica, presenta posibilidades muy interesantes, no sólo para poder colocar una cinta que permita la recepción a banda, al igual que en el telégrafo de tierra, eliminándose casi la necesidad de un telegrafista de primera clase, sino para poder controlar remotamente a la estación de radio, la cual podría entonces instalarse en el mejor sitio de la propiedad, independientemente de la distancia a que ella se encuentre del sitio del operador, limitada, claro está, a la potencia de operación del mecanismo que mueve el relay.

Para la recepción de estaciones de aficionados que pueden escucharse con cierta intensidad, el relay dará grandes resultados, pues en esa forma será fácil aumentar aún la intensidad de recepción, colocando en los terminales de la batería del relay un buzzer o sonador, el cual amplificará las señales; además cuando hay estáticos, éstos son fácilmente percibibles y separados en las señales que están producidas por el buzzer e igual cosa sucede cuando se trabaja en fuerte interferencia.

A las personas ya algo versadas en radio, les será fácil entonces, aplicar este dispositivo para hacer caminar distintos vehículos y sacar algunas ventajas del método utilizándolo en forma que pueda prestar algunos servicios de eficacia, a menos que no se lo prefiera como simple esparcimiento.

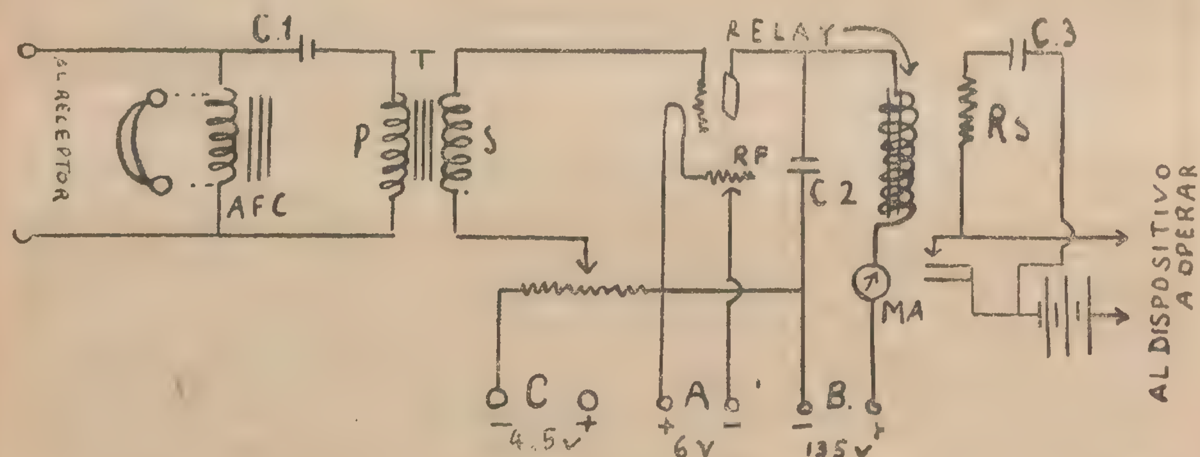
El diagrama del relay está indicado en la figura adjunta la cual no muestra dificultad alguna en su construcción, pues todos los elementos que entran en ella son de los comunes y conocidos en radio, si se exceptúa el relay que es de marca especial en este caso, pero que después de alguna búsqueda en las casas importantes de electricidad de Buenos Aires, será fácil dar con alguno que tenga la resistencia de 150 Omhs requerida para su perfecto funcionamiento.

Debe entenderse, que el diagrama sólo corresponde al relay, pues el aparato receptor deberá ser de los comunes con una o dos etapas de baja a objeto de hacer mayores las señales de manera que puedan impresionar con facilidad el relay. Este se coloca instalando los dos conductores de la izquierda en el lugar que va colocado el teléfono.

El chocke de audio frecuencia AFC y el condensador CL están conectados en la forma que se indica y da mejor resultado que el hecho de conectar directamente los terminales del teléfono al primario del transformador t. Cuando se desea oír las señales que se están detectadas, para poder afinar la sintonía se pueden colocar un par de teléfonos en la forma que indican las líneas de puntos a través de los terminales del Chocke AFC la resistencia Rs está conectada en serie con el condensador C3 y ellos están conectados de manera de eliminar la chispa de ruptura del relay. Debe tenerse presente que al hacer el montaje del aparato, el relay debe ir montado en forma vertical para permitir un mejor ajuste de los elementos vibratiles del mismo.

Para operar el relay, se procede de la manera siguiente: Una vez que se ha encendido el tubo de manera que tenga la temperatura normal, se ajusta el potenciómetro P, hasta que el miliamperímetro que está colocado en la placa marque cero, cuando no haya pasaje de señales, en esa forma, cuando las señales comienzan a llegar, el miliamperímetro deberá marcar alguna defección, cuando se produzca cada punto o raya.

Al llegar a este punto sólo basta con ajustar correctamente el resorte del relay, para que todo funcione en debida forma, pues si bien es cierto que el manejo de tal aparato no es difícil, él presenta en la práctica algunas dificultades, que podrán subsanarse fácilmente a medida que el aficionado haya practicado con el citado elemento.



AFC. — Choke de audio frecuencia de buena marca. — T. Transformador de baja de relación 2:1 — P. Potenciómetro de 250.000 Omhs. — Lámpara UX 112 — R. Reostato de 10 Omhs. — Relay de 150 omhs. — Rs. Resistencia de 100 a 400 omhs. — MA. Milliamperímetro de 0 a 300 milliamperes. — Condensadores. Cl. C2. C3. Condensadores de teléfono de 2mfd. — La batería de la derecha deberá ser del voltaje adecuado para operar el dispositivo que se utilice.





Noticias cinematográficas

Una gran pequeña actriz: Andree Rolane en "Cosette".

Cosette, al principio de "Los Miserables" la nueva y la única versión autorizada por los herederos de Víctor Hugo que ha estrenado MAX GLÜCKSMANN, es la deliciosa niña Andrée Rolane, de edad de siete años.

¿Quién no recuerda uno de los pasajes más tiernos, más humanos, más emocionante de "Los Miserables", aquel en que Jean Valjean encuentra en el bosque a la pequeña Cosette, aterrada por el ulular del viento, el graznido de las lechuzas, el miedo a los lobos, las sombras fantásticas?...

Jean Valjean se conmueve ante la infortunada niña, que carga un balde de agua, más pesado que ella, la acompaña, la defiende de la terrible Thernardier, y luego la "compra" para protegerla.

Ese papel de Cosette está interpretado de manera insuperable por Andrée Rolane. No es posible pedir que una criatura como ella ponga más naturalidad, que comprenda mejor su papel que ella.

Cuando, al entrar al sombrío bosque el terror va a hacerla volver, pero, recordando que la miserable Thernardier, la va a maltratar, y puede más el miedo a esa fiera humana que a las fieras y a los fantasmas del bosque, la niña Rolane llega a emocionar hasta el corazón más duro.

Durante la filmación de esta escena, las personas que la presenciaron se sintieron conmovidos como ante la propia realidad y alguien acercándose a la pequeña actriz le dijo:

—Era de compadecer, verdad Andrée, aquella pobre Cosette tan maltratada?

—¡Oh, sí! contestó Andrée, pero piense que el señor Fescourt, como hace frío, hizo llenar el balde con agua tibia, mientras que la pobres Cosette solita y tan chiquita en medio del bosque, llevaba agua fría, que le caía, seguramente sobre las piernas y en los suequitos.

Es una anécdota que demuestra con qué emoción encarnó su personaje la pequeña artista.

Esta escena, ha sido realizada por Henry Fescourt, en forma que es, aisladamente, un pequeño poema. Es Cosette, aquí, algo así como una Cenicienta real, una Cenicienta extraída del corazón, más que de la fantasía.

"Don Juan", el más famoso amador de todos los tiempos, ha sido interpretado por John Barrymore.

John Barrimore, es, sin duda alguna, una de las más grandes figuras artísticas de los actuales tiempos. Cada nuevo papel interpretado por él en el teatro, servía para añadir una nueva joya a la diadema de sus triunfos. Pero si Barrymore es grande ante las candilejas, es más grande todavía en sus caracterizaciones ante la cámara cinematográfica.

Los admiradores del arte de Barrymore, cuyo número constituye legión — han visto con sorpresa, que el gran actor haya abandonado, por lo menos temporalmente el teatro, en el que alcanzó tanta gloria, para ceder a la atracción de la pantalla. Y es que Barrymore ha encontrado en el arte mudo un campo de acción que no había hallado en el teatro. El más consumado de los artistas se hallaba fatigado de la monotonía de tener que representar un mismo papel durante noches y más noches.

En el cinematógrafo, Barrymore ha hallado amplio campo a su talento y a sus habilidades, mayor oportunidad para sus diversas caracterizaciones, más riqueza y colorido de ambiente, todo lo cual ayuda a dar realce a su figura artística. Aunque no es novicio en el arte de la pantalla, ha adquirido su mayor fama con motivo de sus últimas creaciones. La encarnación de "El hermoso Mrummel" señala uno de los más memorables éxitos de su carrera. Pero donde Barrymore demostró sus más poderosas facultades artísticas fué en la encarnación del Capitán Ahab, de "La bestia del mar". En esta producción, el gran artista llega a las mayores alturas de su arte, alturas que sólo ha superado en su última grande creación, "Don Juan", extraordinaria película, todavía desconocida entre nosotros.

En "Don Juan", personificación del más famoso amador de todos los tiempos, Barrymore ha realizado el más difícil papel de su carrera. Al dar vida a la legendaria figura del más romántico personaje de la literatura, ha llegado a un grado de excelcitud artística que no había conseguido ningún otro artista hasta el presente. Y es que nadie, sino el gran Barrymore, era capaz de encarnar un personaje semejante, con todo su color y sus matices, dando realidad definitiva a una figura un tanto vaga y visionaria.

Para Barrymore, el haber encarnado ante la pantalla el papel de "Don Juan" representa la realización de uno de sus más grandes deseos. Siempre había deseado interpretar el famoso personaje tal como él lo concebía. Y he aquí que la consecución de sus deseos equivale a uno de los más grandiosos triunfos de la cinematografía norteamericana.

Aunque "Don Juan" ha recorrido en triunfo toda la extensión de los barrios neoyorquinos, constituyendo el éxito más clamoroso de la última temporada, aún es desconocida en Buenos Aires; pero el público porteño no va a tardar en conocer esta verdadera maravilla del arte, pues constituirá el primer gran estreno del Programa Ajuria (especial) en la próxima temporada.

"Es una obra en la que todos trabajamos con gran fe".

Tales son las palabras de Gabriel Gabris, el formidable Jean Valjean de la nueva versión de "LOS MISERABLES" de Víctor Hugo.

Recuerdos interesantes. Anécdotas.—Según se ha dicho, Gabriel Gabrio se colocó, con su creación del protagonista de esa inmortal epopeya humana que es "LOS MISERABLES" de Víctor Hugo, en primera fila, entre los más grandes actores cinematográficos de nuestros días.

Entrevistado por el redactor de un gran diario europeo sobre los momentos más interesantes de su brillante carrera, Gabrio declaró:

"Pienso en la sopa y en el vaso de vino de Monseñor Myriel, al comienzo de "Los Miserables".

Henry Fescourt es un director implacable y exigente. Por la menor cosa, por la más pequeña excitación, por el más ínfimo defecto de luz, nos hacía recomenzar una escena. Cuando no se trataba más que de repetir una expresión, un movimiento, la cosa no tiene mayor importancia, al contrario, más se recomienza y mejor sale. Pero en la ocasión que digo, era necesario cada vez, tomar sopa e ingurgitarse un vaso de vino. El director me había prevenido y yo tenía bien liviano el estómago, pero así mismo. ¡Ya no podía más, no obstante mi buena voluntad y salí del "studio" enfermo. Durante más de un mes no probé sopa ni tomé vino.

Como el periodista no pudiera contener la risa, Gabrio riendo también exclamó:

—Sí, hoy nos reímos, pero si Vd. me hubiera visto la cara entonces! La realización de "Los Miserables" os debe haber dejado inolvidables recuerdos, preguntó el redactor.

—Es una obra en la que todos hemos trabajado con gran fe. Nos daba el ejemplo el director M. Henry Fescourt.

—Podría contarle a Vd. — prosiguió Gabrio — emocionantes recuerdos, pero son tantos que no sé cual elegir. Prefiero contarle un caso curioso:

Durante la impresión de una película, topa uno con personas muy interesantes, pero hay otras terriblemente fastidiosas.

Mientras nos hallábamos filmando en Digne, nos seguía un insoportable charlatán que conocía "Los Miserables"... mejor que Víctor Hugo. Nos mostraba el palacio de Monseñor Myriel, el hospital, los jardines, las posadas a cuyas puertas llamó vanamente Jean Valjean. Bien; el día que filmamos el robo del pan en la panadería, apareció el insoportable charlatán en el momento de estar tomando la escena.

—¿Qué diantre hacen Vds.? — exclamó—, no ha sido en la panadería donde robó Jean Valjean, es por la otra parte, allá, en el rincón de la calle grande.

—No es ni allá, ni más allá, le contestaron, pues que el robo fué cometido en Faverolles.

El individuo largó la carcajada y exclamó:

—Es una fanfarronada de Víctor Hugo. ¡El pan fué robado allá. En este pueblo hay viejos que lo recuerdan!

Hubo que darle razón, para quitarse de encima al insoportable pedante.

TEATROS

"PRIMAVERA EN OTOÑO", DE JOSE ANTONIO SALDIAS, EN EL SMART

Es un grave inconveniente, no tener la precaución de medir el argumento de una pieza, antes de escribirla. Hay asuntos que no pueden desarrollarse eficazmente en los breves cuadros de una pieza en un acto. Cuando a pesar de ello quiere hacerse a todo trance la obra, se tropieza con dificultades insalvables y no se logra llevar al auditorio ni las ideas ni las emociones del autor. Se hace más difícil la tarea y se logra menor rendimiento emocional. Hay escenas incompletas, otras inverosímiles y el movimiento de entradas y salidas no puede sujetarse a un ritmo natural y lógico, sino que por el contrario, hay que hacerlo con la precipitación que impone la necesidad del momento y la escasa justificación que permiten unas pocas palabras metidas o embutidas en el diálogo, de improviso.

Algunas de esas deficiencias se advierten en la última pieza de Saldías, estrenada por Blanca Podestá. Un asunto interesante se ha visto en buena parte malogrado por falta de amplitud en su escenización. Es como una hermosa obra arquitectónica, proyectada sobre un amplio terreno y que por necesidades insalvables hubiese que constreñirla a proporciones minúsculas, superponiendo pisos y suprimiendo habitaciones, en perjuicio del efecto estético del conjunto.

Vista en conjunto, la pieza de Saldías resulta una tentativa noble, que no llena por completo su cometido. Es una pieza amable y bien inspirada, que no pasa de ser un boceto plausible.

La compañía de Blanca Podestá trabajó con cariño. La primera actriz encarnó el papel protagonista con el arte y la emoción con que sabe hacerlo Blanca Podestá. Bono se desempeñó muy acertadamente en su macchietta arrancando frecuentes aplausos en los mutis.

Los demás contribuyeron al éxito de la pieza, que fué recibida por el público con muestras de agrado y de franca simpatía.

ARBOL QUE NACE TORCIDO

Con este título, han estrenado en el Buenos Aires con la compañía de Enrique Muiño, un entretenido sainete los Sres. Eduardo Trongé y Juan Fernández. Autores experimentados, han reunido en los tres cuadros de que se compone la pieza, los factores indispensables para obtener un largo éxito de cartel, acentuando particularmente la nota cómica, sobre todo en un personaje ideado para el fácil despliegue de las aptitudes artísticas de la primera figura del conjunto.

No se encuentran en este sainete aspectos nuevos ni han debido proponérselo los autores, pero la habilidad con que se desarrollan las escenas y el aprovechamiento de las situaciones para arrancar la hilaridad del público, dan fe del sentido teatral de los que lo escribieron, proponiéndose hacer una pieza de largo cartel, como ha de resultar a la postre "Arbol que nace torcido", acogido con vibrantes aplausos la noche del estreno y que se viene repitiendo noche a noche con igual aprobación.

Sobresalió en su papel el actor Muiño, quien encarnó un tipo simpático y atrayente.

CINES

GRAND SPLENDID.—Las veladas que se realizan en esta grandiosa sala de la calle Santa Fe atraen numeroso público, formada en su mayor parte por las mejores familias. Los últimos estrenos de películas han gustado sin reparos, preparando la empresa otros no menos importantes para esta semana.

CAPITOL.—La cinta "Los miserables", extraída de la famosa novela de Hugo, congregó en esta bonita sala, una muchedumbre de público selecto. En breve serán ofrecidas otras producciones de gran atracción.

CINE PARC.—La hermosa sala de Palermo sigue siendo la favorita de la circunscripción de Las Heras. A sus funciones concurren las familias seleccionadas, atraídas por la belleza de los films que diariamente se pasan y que son cuidadosamente seleccionados por la empresa.

EN LA COMEDIA SE ESTRENO "LA PEQUEÑA"

Deseando poner de relieve ante nuestro público las aptitudes de actriz dramática de Eva Franco, la compañía nacional de la comedia puso en escena por primera vez entre nosotros, la pieza dramática de Máximo Bontempelli, vertida al castellano por Miguel Di Carlo con el título de "La pequeña".

Su asunto, bastante novelesco, se refiere a una mujer, no tanto por la edad como por su modo de apreciar la vida, que está secretamente enamorada de un hombre que ha sido amante de la madre de la chica. Un día, no pudiendo ocultarlo más, se lo revela y he aquí que al hombre, procediendo con nobleza, le hace saber el pasado y la desilusiona, insinuándole la posibilidad de ser su propio padre. Esta situación dramática es resuelta por la enamorada encerrándose, esto es, renunciando a la vida mundana.

El tipo protagonista femenino de la pieza de Bontempelli responde a una extraña psicología, bastante difícil de precisar. Esa muchacha, muy joven, obra con toda la capacidad de una mujer de treinta años y en sus actitudes audaces y, a veces, arbitrarias, deja una impresión más literaria que humana. Si hay figuras femenilas como esa, en el mundo, creemos que para darles relieve sería menester otra fábula que la ideada por el autor.

Eva Franco, interpretándola, destacó sus condiciones de actriz dramática en los pasajes más interesantes de la pieza, dando prueba de su comprensión y sentido de los matices. Posiblemente, en el curso de la temporada, la referida artista ha de encontrar la obra que pueda darle ocasión a descubrir totalmente su temperamento, rico en colorido dramático.

El público la aplaudió calurosamente en "La pequeña" y fué ella en realidad quien hizo imponer la pieza.

UN BUEN EXITO EN EL NUEVO

Debió estrenarse en el Nuevo, la feerie, "Las desencantadas" inspirada en la popular novela de Pierre Lotti, teatralizada por Ivo Pelay, director del conjunto que actúa en dicho teatro. A juzgar por los ensayos que hemos presenciado, la obra tendrá un resonante éxito, porque cuenta con los factores indispensables para impresionar vivamente al público. Aparte de los atractivos del libro, tiene la pieza muchos números de música tomados de partituras de autores extranjeros de renombre, los que han sido seleccionados y adaptados por el maestro Antonio Lozzi. Decorados lujosos, los elementos de la compañía que son buenos y tienen comprobada su eficiencia, coros femeninos muy completos y artísticos, grupos de baile muy bien disciplinados, un solista coreográfico que se presenta como debutante en esta sala, unido todo ello al interés que siempre ha demostrado el público por la novela en que está inspirada la obra, son atractivos suficientes para que "Las desencantadas" pueda considerarse anticipadamente como un éxito lisonjero.

En el próximo número nos ocuparemos detalladamente de la obra y de sus intérpretes.

YA LLEGO RATTI

El último viernes debió presentarse al público en las tablas del Apolo, el popular César Ratti con su compañía integrada en su mayoría por los mismos componentes que la del año anterior. La presentación habrá tenido lugar con una pieza de mucho éxito, por lo que de ella conocemos, que se titula "Yo quiero un marido criollo" y cuyo autor, Domingo Parra ha demostrado que conoce lo que es teatro. La otra pieza del debut no nos inspira confianza y reservamos la opinión para el número próximo.

Dadas las simpatías de que goza entre el público el trío que integran ambos, Ratti y Chela Cordero, es de presumir que esta temporada que se inicia tardíamente, ha de conseguir también, ser una de las que más perduren y con éxito más seguro.

"ENCARNA LA MISTERIO"

Ha tenido muy buena aceptación en el Mayo, la pieza en tres actos de Calonge y Luque, con música de Sotullo y Vert, titulada "Encarna la misterio"; pieza de costumbres populares, construída sobre un argumento no carente de interés, tiene escenas agradables que facilitan oportunidades a los compositores para una partitura muy feliz, constituída por números de música fresca e inspirada, que fácilmente retiene el espectador. Los elementos de la compañía Casenave-Hernández, dieron realce a la interpretación de esta pieza con el éxito a que nos tienen acostumbrados.

LA FAMILIA DEL LICEO

El señor Pickaempack y su distinguida familia, ocupan todavía la sala a la calle de la esquina de Paraná y Rivadavia. Todas las noches "La familia Pickaempack recibe a sus numerosas amistades y a juzgar por las grandes risas que allí se escuchan, deben realizarse veladas muy divertidas.

Casaux que encarna la mayor responsabilidad, juntamente con Pierina Dealessi, ponen a contribución su ingenio para lograr que esta pieza, cuyos valores son relativos, se mantenga en el cartel con bastante firmeza todavía.

ESTAMOS EN LAS MISMAS

Los del Nacional tardan mucho en preparar sus obras porque les gusta presentarlas con todo esmero. De ahí que venga anunciándose desde hace mucho el estreno de "La proa" de Martínez Cuitiño, sin que hasta el momento de escribir estas líneas tengamos fecha cierta para la primera representación. Es posible sin embargo, que a estas horas ya esté estrenada y si es así, nos ocuparemos de ella en la edición próxima. Caso contrario, la seguiremos anunciando como el estreno más cercano.

DE ROSAS FUE MUY APLAUDIDO EN SU DEBUT EN EL SAN MARTIN

Con una sala repleta, hizo su presentación ante nuestro público el conjunto nacional que encabeza el talentoso actor Enrique De Rosas, últimamente regresado de Europa, en cuyos escenarios obtuvo unánimes aplausos por su desempeño, tanto por parte de la crítica como del público.

Su reaparición coincidió con el estreno de "Todo un hombre", pieza de don Miguel de Unamuno que estrenó en los teatros de la península, atrayéndolo la atención de los auditorios y de la crónica periodística.

Sin espacio en este número para extendernos en su comentario, nos limitaremos por ahora a decir que el público hizo una cariñosa acogida al excelente artista y a la obra, como también a la señora Rivera, que compartió con De Rosas el éxito del estreno.

REAPARECIO PARRA

Con "Una cura de reposo", nueva comedia de García Velloso, se presentó inaugurando su temporada en el Argentino, la compañía del popular bufo Florencio Parravicini, la figura cómica de mayor relieve en nuestra escena.

Una sala de bote en bote saludó con su cálido aplauso al capocómico favorito, quien como es notorio, resultó electo concejal por el nuevo partido de la gente de teatro en las últimas elecciones.

En nuestra próxima edición aludiremos a la obra, no sin adelantar que gustó al público.

LOS PIAMONTESES EN EL MARCONI

A tiempo de cerrar este número, se anunciaba como inminente, el debuto en el Marconi de la compañía dialectal piamontesa Cassaleggio, recientemente arribada de Italia y que dará cierto número de funciones en la sala de Miguelito. Desde luego, se trata de un elenco que trae fama, y se espera que no la defraudará.

"¡QUE LINDO ES ESTAR METIDO!"

Esta frase corresponde al título de una nueva pieza escrita por los autores Domingo Parra y Pascual Contursi, con destino a la compañía de Enrique Muiño y que será estrenada en curso de la temporada.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA

1.

2.

3.

4.

CREACION DRECOLL. — Traje para la tarde, confeccionado en crespón de China, color negro, con delantero de crespón picador blanco con aplicaciones de crespón de China negro, finamente bordado en oro.

CREACION MARTIAL y ARMAND. — Traje para la tarde, de crespón de China negro con drapeado por delante, recortado en forma de dientes redondeados y bordados con una tira de crespón Georgette negro. Una capita en la espalda terminada en dientes redondeados iguales a los de la falda. La pechera y los puños con encajes

CREACION MARTIAL y ARMAND. Traje para la tarde, en crespón de China rojo, adornado de piqué blanco, bordado con una labor de crochet. El cuerpo, muy amplio, va montado con algunas hileras de frunces, blusando sobre la cintura.

Traje que resulta muy sencillo. Se halla confeccionado en crespón de China color negro y crespón de China color blanco, bordado en negro.

El bizcochuelo que contiene mayor porcentaje de huevo

Harina flor, azúcar refinada de primera, yemas de huevos fresquísimos y 60 años de experiencia profesional de BÁGLEY, garantizan a usted la calidad insuperable de este fino bizcochuelo, altamente nutritivo y delicioso.

Gústelo con un vaso de leche fría. No hay nada tan alimentoso, sano y exquisito.

Bizcuelos
BÁGLEY



Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746
INDUSTRIA ARGENTINA